Mundo Uruguayo

ILUSTRACION SEMANAL

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

Año II - Núm. 79 | Montevideo, Julio 15 de 1920 | 5 cent. el ejemplar



ANGELA TESADA

LA CARRERA MAS IMPORTANTE DEL MUNDO—EL DERBY DE EPSOM



Arriba — Largada de la gran carrera. — Llegada de los Reyes — Almirante Beatty y señora. — Primer pasada por las tribunas.
Centro: — Llegada 1.° Spion-Kop, 2.° Archaic, 3.° Orpheus.
Abajo. — El capitán Giles Loder propietario de Spion-Kop llevándole de la brida. — Ultimo codo — Los Reyes de Inglaterra.

CARPENTIER ASTRO DEL CINE

El campeón de box Carpentier rodeado de varias *Girls yankees*, en su primer ensayo cinematográfico. — El futuro campeonato mundial de box anda en peligro para el *"jeune prodige"* — *"Casamiento"* y *"girls"* no pueden producir fuerzas. Carpentier que te pierdes!

Mundo Uruguayo

Semanario ilustrado

Aparece todos los jueves
Editado por la Agencia "Publicidad"
Capurro y C.ª
Calle Juan C. Gómez 1386—Montevideo

Precio del ejemplar ..... $ 0.05
" de suscripción anual " 2.50 oro
En el extranjero Suscripción anual .... " 3.00 "

Los repórters y fotógrafos de la Capital se hallan munidos de una credencial en forma la cual debe exigirse en todos los casos.
Los originales no se devuelven, sean o no publicados.
Las colaboraciones no solicitadas, no se pagan, aunque se publiquen.

Montevideo, 15 de Julio de 1920

La efeméride uruguaya

El pueblo uruguayo conmemorará dentro de tres dias el aniversario de la Jura de su primera Constitución.

Señala el calendario esta fecha trascendental, cuando el Uruguay desarrolla su vida al calor de las conquistas democráticas que le reportó la reforma de las póstulados hechos ley por los hombres de 1830. El correr de los años, ha ido marcando la necesidad de reformar la obra de aquellas patriótas esforzadas y de encauzarlas en los moldes de la legislación moderna de acuerdo con los derechos que acusaban los códigos cívicos a los pueblos libres y progresistas.

La satisfacción conque recibió el pueblo uruguayo la reforma de sus códigos fundamentales y la firmeza y el orden conque supo hacer uso de las prerrogativas que aquella la acuerda, prueban el grado de capacidad y suficiencia cívicas a que ha llegado. El fantasma sangriento de nuestra tradición, vá esfumándose, poco a poco en el horizonte limpido del porvenir alimentado por el derecho, y la concordia y el esfuerzo común arrojan sus semilla fecunda en los surcos trágicos que abrieron las contiendas fraternales.

En tal situación, cuando los pueblos pisan ya con resuelto continente, sobre la ruta definitiva, de su engrandecimiento, se ofrecen más elocuentes y memorables sus fechas históricas y más dignas de gratitud aparecen a través de ellas los figuras de sus próceres.



14 de Julio

Después de las angustias que ya el año pasado dejaron paso al más ruidoso y solemne de los júbilos colectivos, celebrará la humanidad por segunda vez la gran fecha conmemorativa de la implantación de sus derechos y libertades, cuando ya se han afirmado rotundamente los postulados que los alimentan y robustecen.

Fueron cinco años de incertidumbres incomparables, durante los cuales una sombra de inquietud cerníase sobre la conmemoración de esta magna efeméride aun apesar de la fé que siempre se depositó en el triunfo de la justicia. Las desoladoras alternativas que tuvo la contienda, las victorias parciales que alcanzó en su transcurso el bando defensor de las fórmulas de fuerza, sostenido por el empuje irresistible, al pronto, de la máquina férrea formada con el propósito de imponer sus ambiciones, vestian la llegada anual de la fecha gloriosa con un matiz de singular amargura. Mientras el ritmo inmutable del tiempo elevaba cada año el recuerdo inmortal de este día augusto, librábase con éxito variable una batalla sin precedente en la historia, para defender y perfeccionar aquellos postulados que en 1789 lanzaron sobre el mundo las semillas de la democracia.

Ya hace un año que en ese dia tuvo lugar en Francia la solemnización de la victoria final y se rindió homenaje a los ejecutores del anhelo común. El ruído y la significación de aquel acto, expandiéronse por todos los ámbitos del mundo, desparramando el eco glorioso del triunfo definitivo de la libertad, y de la implantación rotunda e indestructible de los postulados de la justicia sobre las ruinas de la última autocracia; nadie que fuera capaz de apreciar la significación de aquellos transportes dejaria de conmoverse, ni nadie podrá borrar de su memoria aquel recuerdo inmortal. Pero por grande que ellos fueran quizá no alcancen a tener la elocuencia de esta segunda conmemoración que sorprende al mundo labrando su futuro bienestar, limando las asperezas que dejara la contienda, confundido en la obra común con la cordialidad en que reside el más elocuente anatema contra los promotores del siniestro como si el tiempo quisiera apresurarse a demostrar que no fueron los pueblos sus causantes.

En esta conmemoración de la fiesta de la humanidad desfilan ante nuestro espíritu, confundidos en un impulso de intensa simpatía, todos los pueblos que en mayor o menor grado concurrieron a esa victoria inmortal, y entre ellos especialmente, la pequeña Serbia causa inocente del incendio; la Unión Americana entrando en la lucha, sin ningún interés material, en nombre de altos principios humanitarios; Inglaterra garante de la libertad de los mares así como del abastecimiento del mundo entero, y firme siempre en el propósito de no deponer las armas hasta no haber rendido la prepotencia alemana; Italia vindicada de su derrota y bastándose a sí misma para soportar todo el peso de la monarquía dual; Bélgica dando a la resistencia, en medio de su pequeñez, el sello de una insuperable grandeza moral, y, sobre todo Francia! Francia!, exhibiendo ante el mundo las virtudes cívicas y guerreras de los días más grandes de su histria, iluminando con su genio inmarcesible todos los abismos, y haciendo surgir, doquiera sus armas aparecian, relámpgos de victoria, hasta coronar el triunfo definitivo, alentando el esfuerzo solidario de la más inmensa coalización que han visto los siglos, con la entereza inquebrantable de Clemenceau y el genio bélico de Foch, pilar de sólida grandeza donde se asentó el edificio magno de la paz universal.

INSTANTANEAS



Dr. DOMINGO VERACIERTO

Hé aquí un raro ejemplo de receptor general de simpatías, de cultor cordialísimo de amistades, al que no rozan esas bruscas oscilaciones que estampa nuestro ardoroso concepto de la política, hasta en los espíritus mejor equilibrados.

El Dr. Veracierto ha sabido sustraerse a ellas gallardamente, sin abdicar de su ideología ni lesionar su independencia. Resuelto y eficaz caudillo genuinamente colorado, en varias y bravas oportunidades, ha combatido contando siempre con el apretón de manos personal, de los prohombres a quienes hacía guerra desembozada. En su sillón secretarial de la Cámara de Diputados se han posado con simpatía todas las miradas y se han inclinado con aprecio todas las cabezas. El, con su austero porte judicial, con sus recios bigotes mosqueteriles, con su gesto grave e impenetrable, dibuja breves saludos amistosos y sigue con naturalidad el sencillo camino que se ha trazado en la vida, y el cual se desenvuelve jornada tras jornada, entre Montevideo y Canelones. En este sector de sus actividades cuenta con muchos amigos que lo siguen; en aquel cuenta otros muchos que lo aprecian, y en los dos juntos se forma la personalidad inteligente, honesta y gentil que hoy ofrecemos a los lectores a través de los trazos furtivos de una instantánea.



Candidato al canasto. — No se le exige el nombre para publicarla, porque no se vá a publicar. En cuanto al presentimiento de que dá cuenta su seudónimo, era ciertísimo.

—

Hé aquí un bonito ejemplar de ritmo y ortografía.

"¡Hay, cómo paso triste la vida! de día me aparecen sombras y de noche me aparece una visión, que me oprime".

¿No se le aparecerán las sombras de noche? Porque sería mucho más natural aunque menos poético. De cualquier manera, las sombras lo cubren.

—

Otro ejemplar aunque de especie prosaica.

"Temes a la muerte?... No amada mía, no temas; allá en el infinito están las estrellas; procuremos que perdure en nuestras místicas almas, el amor puro y sacro!..."

El, no temerá a la muerte, pero que siga escribiendo y la verá de cerca.

—

M. M. — La poesía titulada *Tus ojos*, es bella e inspirada, Mande su nombre y se publicará.

En cuanto al soneto, también merece esa distinción previo el mismo requisito.

José Grancha. — El que rotula ¡Amor..! es un bello soneto, Un poco de paciencia y lo verá en letras de molde.

—

Enrique Robaina — No es mala ni buena. Por consiguiente no tiene cabida en la sección poética, ni en esta sección.

—

Hay un poeta "foot-ballístico que nos envía una lucubración, llamándonos de paso, *"exelentísimos señores.* Justo es corresponder a tanta gentileza publicando una estrofa. Ahí vá:

"Como el soldado que cae cubierto de (gloria
En las trincheras y en las llanuras
En defensa de su patria,
Y siempre cubierto de gloria
Sucumbe en los campos de batalla..."

¿Qué tal? ¿No les gusta? Pues a nosotros sí, pero nos gusta más que nos llamen excelentísimos señores.

—

Otra que ama:

"Mi amor es casto cual son mis pensamientos. Yo no te quiero como quiere la vulgaridad, por eso sueño que no me amas santamente".

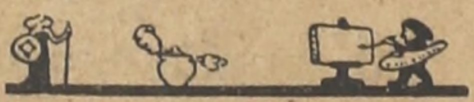
La vida es sueño y los sueños sueños son.

Ya lo dijo Calderón.

—

Easteru — ¿Quiere Vd. una opinión sincera? ¿sincera, sincera? Pues déjese de embromar.

Ahora, no se enoje.



CONCURSO DE CUENTOS CORTOS ORIGINALES

MIS QUERIDAS SOMBRAS

Duérmete, duérmete, — me decía la criada; cuando los niños no se duermen pronto viene el *cucón* y se los lleva. Y, yo que apenas tenía cuatro años, y un miedo horrible al *cucón*, me apresuraba a ponerme bien con ese señor, diciendo a la criada: Ya me dormí, ya me dormí; Pues a callarse entonces, me decía ella; y apagando la lamparilla de la virgen, iba a sentarse en un rincón donde aguardaba inmóvil.

Silenciosamente, para no traicionarme alzaba yo la cabeza y dirigía mis ojos hacia la "Asistencia", que era la pieza contigua. ¿Estaría ya encendida allí la luz? ¿Estrían ya en el muro aquellas queridas sombras que me acompañaban... ¿algunas veces tardaban demasiado otras venían muy pronto. Yo no podía ver la gran lámpara rosa le la "Asistencia" porque estaba colocada sobre una mesita de bronce en un rincón; pero podía ver bien su luz, y alla en el muro del fondo, grandes, negras, bien difinidas, miraba yo las dos sombras amadas.. .

Una de ellas era la de una mujer; parecía estar sentada en un sillón, y su mano subía y bajaba con regularidad, como si intentara coser algunas cosas; ceñia su cabeza una gruesa y hermoso trenza, igual a la de mi madre que llevaba en lo alto del peinado.

La otra sombra, que era la de un hombre, tenia a veces en las manos algo que semejaba a un libro, y otras cosas mucho más grandes, que extendía ampliamente manchando de negro casi todo el muro y parte del cieloraso; aquellas manchas parecían alas de aves que se abrían y se plegaban; y esas alas me hacían recordar a los periódicos que mi padre extendía por la mañana a la hora del desayuno, sentado en uno de los asientos del vestíbulo. Ningún ruido venía de la "Asistencia". La vidriera que cumunicaba con ella estaba siempre cerrada a esa hora y solo através de los vidríos veía yo las sombras amadas. Yo amaba a esas dos sombras, y ellas me acompañaban sin saberlo.

Diadema, decía yo tímidamente a la criada: ¿donde está papá y mamá? respondía Diadema, están dormidos ya en su cuarto, desde que te trajeron a la cuna, se recogieron.—cállate porque si no, puedes dispertarlos, y además, si el *cucón*, oye que estás hablando...

Aquellos era dicisivo para mi; volvía a acurrucarme debajo de la colcha, y volvía quedar callado. Pero mis ojos abiertos por largo tiempo seguián en el muro de la "Asistencia", todos los movimientos de aquellas sombras.

La de la mujer parecía cocer aún; claramente veía yo su mano derecha subir y bajar, detenerse para cortar el hilo con la tijera, alzarse para tomar el carrete... La otra sombra seguía hojeando el libro; aveces se inclinaba apuñando las mejillas en las palmas de las manos. luego las sombras parecían departir amigablemente. Sus manos subían y bajaban en acompasado ritmo, y sus cabezas se movían como grandes carolas negras, movidas por el viento. La sombra del hombre solía acercarse a la de la mujer para pasar su mano sobre los cabellos de ella, y otras veces se inclinaba como para dejar un beso en su frente.

Después iba y venía por el muro, paseando despacio, con las manos atrás; y luego volvía al sillón, colocaba la cabeza sobre el respaldo, extendía los pies y hojeaba de nuevo el libro. Aquel moverse de las sombras en el muro, divertía mis ojos de niño, calmaba mís miedos y ponia una nota de inmensa poesía en un tierno corazón Nunca me entregaba al sueño antes de saber que ya las sombras entraban en la "Asistencia".

Ellas me prestaban confianza; y solo después de verlas en el muro podía dormirme.

Diadema, no sabía que mi sueño dependía de aquellas sombras. Ella como estaba sentada en un rincón no podía verlas, y yo guardaba bien mi secreto, temiendo que al hacerlo saber, las sombras desaparecieran...

Una mañana, sin explicarme el porqué, la criada me vistió precipitadamente y me llevó a otra casa. En aquella casa agena pasé llorando tres días enteros, al cabo de los cuales Diadema fué por mi. Sólo cuando entré a nuestro corredor, pude calmarme. Mi madre, sollozamente me recibió en sus brazos apretándome con vehemencia.

¿Y papá? le pregunté. Salió a un viaje; me dijo volviendo la cabeza hacia el rincón.

¿Viene pronto? insistí. Sí, me respondió Diadema; y va a traer muchos juguetes.

En la noche, como siempre mi querida madre me acostó, y después de arroparme bien y besarme por repetidas veces, salió de la pieza.

Ví que llevaba el pañuelo sobre los ojos; Diadema, apagó la lamparilla de la Virgen, y fué a sentarse en el rincón, triste como por primera vez la había visto.

Yo entonces, ansiosamente, volví mi rostro hacía la "Asistencia": la gran lámpara rosa difundía ya su luz allí, pero las sombras no estaban en el muro. Empecé a esperar, esperar; por largo tiempo con suprema ansiedad, como si mi vida dependiera de aquellas sombras; más, ¡ay! en una noche y en otras muchas, vana fué mi espera: las sombras no vinieron más nunca al muro. habían desaparecido para siempre...

H. Barrientos.



UN ACIERTO MEDICO

El doctor Blair Bell fué llamado para asistir a un niño de 18 meses que había tragado un broche de oro. Se le ocurrió darle un puñado de algodón hidrófilo, en parte con leche, en parte con un sandwich de gelatina de frutas; algunas horas después aceite de ricino. El cuerpo extraño no tardó en ser expulsado, envuelto en el algodón de modo tal que, a pesar de las irregularidades, no fué herido el instentino.

En otro niño que se había tragado un botón muy grande de cobre procedió del mismo modo y con igual éxito.

Después, un médico de Dublín, Johnston, recurrió al mismo procedimiento en un niño que había deglutido una dentadura metálica.



ANECDOTA POLITICA

Ya es sabido que el gran político español Romero Robledo sentía gran admiración y gran cariño por el esclarecido poeta D. Ramón de Campoamor.

En unas elecciones generales, Romero Robledo fué elegido diputado por Antequera y por un distrito de Cuba. Renunció al acta de Antequera, y aquellos de sus amigos que ambicionaban ser diputados no le dejaban en paz un momento. Pero Romero no contestaba nunca categóricamente a las repetidas solicitudes que recibía.

La designación de candidato por Antequera era un misterio.

Llegaron las elecciones, y se supo que había sido elegido diputado por Antequera D. Ramón de Campoamor. Este no había tenido arte ni parte en la elección. ¡Como que fué uno de los sorprendidos!

Y cuando alguien le preguntaba:

—Don Ramón, por qué distrito es usted diputado?

El admirable poeta contestaba invariablemente:

—¿Yo?... Por... Romero Robledo.

Caraguatá!...

(Del libro de cuentos cortos próximo a aparecer).

Al llegar a la estancia, el viejo Sañudo, jinete en un brioso pangaré, fue recibido por la entera jauría de cimarrones.

Bajóse del caballo el hombre, hizo rueda con su látigo de larga trenza diciendo.

—Fuera maulas, a ver, Chirola, Campero! Pucha con la cambraya vieja; mal haiga reventaus!.

Caraguatá, que tomaba mate debajo de la sombra del rancho, le gritó con voz meliflua, suave, de china vieja:

—Arrímese compadre... ¿Qué milagro por aquí? —Y a una mulata que pisaba maíz en un tosco pilón de ñandubay: —A ver ché, gran perra si llamás al gurí pa que cebe mate.

La aludida interrumpió su tarea y gritó con voz hombruna que contrastaba visiblemente con la del comandante:

—Guachito... ¡movete, pues!

Dueño y señor de las fábricas y de las haciendas que componían la estancia lo era el mentado Margaro Balsán,



O. M. CIONE

más conocido en todo el pago por el seudónimo de Caraguatá. Comandante que había ganado los grados a fuerza de admirables botes de lanza en los entreveros de las luchas fraticidas, tenía un alma de tigre y era el caudillo neto de la raza de hombres de armas tomar que habitaban el pago siempre en espera de revolución, palabra que para ellos quería decir: farra corrida, sin cuento. Esperto baquiano, valiente de ese valor brutal, tan común en nuestros caudillos de otrora, incansables en las marchas del caballo reunia aquel mulato todos las vicios del negro, con los de ciertos individuos degenerados de la raza blanca. Caraguatá, por buen nombre, era de estatura baja y fornido tenia muy desarrollado el abdomen que circuia un ancho cinto de cuero de tigre adornado con gran cantidad de brasileras, cóndores y libras esterlinas.

Usaba chiripá de merino negro con franja celeste, y nunca dejaba de llenar el culero de cuero de carpincho. Calzaba bota de potro que dejaban asomar por las puntas de los dedos de los pies fornidos y sucios como raíces de barranca. Casi al mismo tiempo que Sañudo, llegaba a la solera un niño araposo, mugriento, de facciones angelicales y largas güedejas rubias. Sañudo tomó asiento sin ceremonias y dijo:

—Güenas tardes comandante.

—Y sacó la rugosa chupa vieja de vejiga y lió un cigarrillo de chala. Después de encenderlo con el yesquero, le pasó los adminículos al compadre.

Y Caraguatá con su voz afeminada y meloso:

—Guachito... ese amargo... pues..

Intervino la mulata.

—No jorobe, patrón... recien se fué y ya... pucha que es cargoso...

Levantóse Caraguatá tranquilamente, fué hacia la que así le hablaba, descolgó el mango de la daga del grueso arriador, y al asentarle un terrible golpe con el mango en las espaldas le dijo dulcemente:

—¡Ladiate, china!

Sañudo se fijó en la pobre mujer que se revolcaba en el suelo aullando como hiena herida, se sonrió y dijo al guachito que le alcanzaba un mate:

—Se misturó con el pollo...

Ché guacho... recogé ese ovillo... ja... ja... ja.

Después de una pausa Caraguata, miró intensamente a su compadre.

—¿Y...?

Sañudo contestóle con voz baja y como desconfiando que le oyeran extraños:

—Tuito pronto... hoy estamos a martes... pa el jueves... nos alzamos... tuitos los blancos...

—Vaya... vaya... al fin... dende esta noche comienzo a dar parte a los muchachos.

—¿A que no sabe quien es el ayudante de Goyo Geta el salvajón.

— No caigo.— Contestó el comandante después de breve pausa.

—Felumeno...

Los ojos de Caraguatá brillaron intensamente.

—¿M' hijo?

—¡El mesmo!

—Hijo de perra! ¿Por donde había de salir colorao? ¡Que no lo encuentre por delante!

Y se calló.

Sañudo miró intensamente al guachito e interrogó al compadre.

—¿Y este macachín diandre lo trujo?

—Hace cuatro años... ¿Se acuerda del malón que le dimos al coronel Sandoval?

—Vaya si me acuerdo...

—Güeno... casa linda e la venganza... Ya sabe que... Sandoval me había hecho fusilar a Venancito m'hijo mayor dispués de Manantiales.

—Güeno me hize el zonso... le dí piola al hombre y hasta le llegué a decir que tenía razón!

Sañudo se quedó con la boca abierta de puro estupefacto.

—No se admire entoavía, viejo, jue pa asegurármelo. En las carreras que me topé con el le dije: "Mire coronel... usted tiene razón en lo que ha hecho con m' hijo Yo hubiera hecho lo mesmo: en la guerra como en la guerra y en la paz como en la paz". Le dí la mano y quedamos como chanchos, después cuando más seguro estaba una noche me juí con los muchachos y matamos a tuitos al coronel... a la mujer... a los chiquilines... menos a Sinforosa la hija menor que me la traje pa cocinera. Tenía un hijo, este rubio que ahi ve y dije que lo trajera con ella L'he tomau un poco de cariño.

—¿Y que se hizo de la madre?

—Pa mí que se envenenó... hace un año. Siempre me estaba llamando el asesino del padre....

— Sañudo, golpiándose la bota con el rebenque dirigiéndose al guachito:

—¡Eh! mozo. ¿Que es usted?

—Blanco hasta la muerte! — contestó el chico.

Sañudo miró a Caraguatá diciendo: — también tu hijo Felumeno, cuando era gurí decía: "Blanco hasta la muerte" Cra cuervo pa que te saquen los ojos.

El otro contesto tranquilamente.

—No habra caído — y llamando al chico, le dijo con voz zalamera:

—Guachito aflojame las nazarenas.

Mientras el rubro se inclinaba para cumplir la orden el comodante envolvió como jugando las rubias guedejas en la mano izquierda, y con la otra armada de su filosa daga de un solo golpe le separó la cabeza del débil tronco, arrojándola lejos de sí.

—¡Cuentas claras! — dijo Sañudo ahora no se le ocurrir ávengar a su agüelo cuando sea grandle.

Caraguata, con voz dulzona agregó limpiando la daga en el culero:

—¡Y sobre todo, no hay cuidan que salga salvajón como el otro!

NUESTRAS MODISTAS

La ciencia del vestir con elegancia se ha generalizado en nuestra ciudad de tal manera, de unos años a esta parte, que bien puede asegurarse hoy que la silueta femenina ostenta su "chic", tanto en los salones, como en calles y paseos, atariada con los últimos requisitos de la Moda.

Varios factores han contribuido a que esta evolución haya resultado total y beneficiosa... En primer término, el intercambio comercial con las mejores plazas europeas, que permite el continuo arribo a nuestra capital de los modelos más afamados en los diversos componentes de la indumentaria femenina, en segundo lugar, la circunstancia de haber en Montevideo varias inteligentes modistas cuyo buen gusto para la combinación de toilettes y cuya habilidad para dar al traje el corte adecuado a su estilo, han acreditado su fama de "artistas de la Moda".

Entre ellas justo es reconocer en primer término a Mme. Ampelli, directora de los talleres de la antigua y acreditada casa " A la Especial de Lutos" cuya dedicación e inteligente actividad ha dado renombre a todas las confecciones que de su casa emergen.



Mme AMPELLI

Como una prueba de la prosperidad a que ha llegado la casa que dirige Mme. Ampelli, bastará el decir que aún conservando siempre su especialidad en la sección de lutos, ha abierto otra importantísima sección dedicada a los modelos europeos a que hemos hecho alusión más arriba, procedentes de las casas de modas más afamadas de París, cuya segunda remesa acaba de llegar a Montevideo.

Estos modelos, que abarcan trajes de soirée, de medio-vestir, de calle, tailleurs, "manteaux" y sombreros de todos estilos, se exhiben provisoriamente en la casa "A la Especial de Lutos", Juan Carlos Gómez Núm. 1309, pero estarán destinados los que en el futuro lleguen "La Casa de los Modelos", actualmente en construcción, en la calle Buenos Aires, entre Juan C. Gomez e Ituzaingó, propiedad de la misma firma, que será montada con todo lujo y dotada de gran confort, contando además con todos los detalles que el progreso ha ido acumulando lentamente en las casas de importancia, como la que en breve será abierta al público.

SUCEDIDO

Un bromista presenta un amigo al dueño de la casa y le dice:

—El doctor Burrinez, veterinario.

—Discupe usted— replica éste— soy doctor en medicina. pero mi amigo me llama veterinario porque le he curado varias veces.

EN UN TRIBUNAL

Un abogado, que ha tenido un largo debate con uno de sus colegas, exclama, dirigiendose al presidente:

—No es posible encontrar un hombre más insoportable, más pesado, más molesto que mi adversario.

El presidente, con acento bondadoso:

—Señor letrado, en este momento se olvida usted de sí mismo.

CERTIFICADOS

Sr. Dr. Saint Gracy

Yo pesaba ciento veinte kilos, y todos los medios puestos en uso para hacerme adelgazar habían fracasado.

Fué entonces que un amigo (que el Cielo atravesó en mi camino), me recomendó viera a Vd., señor doctor.

He seguido su tratamiento: sus *"ejercicios razonados de marcha"*, y al cabo de siete meses conseguí rebajar alrededor de veintidos kilos.



Quédale profundamente agradecidos
Larthur, empleado de comercio.
(Firma legalizada).

—

Sr. Enrique Dutarse, doctor en medicina yo, el abajo firmado, empleado de comercio, me hago un deber en enviar por medio de estas líneas todo mi reconocimiento al sabio Dr. Dutarse.

Tenía los pies inflamados a raíz de practicar varios meses *ejercicios prolongados de marcha,* y siguiendo sus consejos los sumergí "cada día, durante tres horas en *tierra arcillosa diluída.*

Al cabo de medio año mi inflamación había desaparecido completamente.

Doy fé de lo expresado:
Larthur, empleado de comercio.

—

Sr. Dr. Trachet, jefe de clínica del hospital Saint Paul.

Por haber estado durante largas horas con los pies desnudos metidos en *tierra húmeda,* contraje una grave afección a la laringe.



Tuve entonces la feliz inspiración de dirigirme a Vd. señor doctor, y gracias a su famoso *sistema eléctrico* para la cura de las enfermedades de la garganta, vi satisfecho que el finalizar un año de tratamiento, mi laringe estaba casi por completo curada.

Certifico: Larthur, empleado de comercio.

—

Sr. Dr. Oscar Block, especialista en enfermedades nerviosas.

De meses atrás, yo sufría de ataques de nervios, crisis histéricas, alucinaciones, insomnios, etc. provocados por el *empleo abusivo de la electricidad.*

La providencia me llevó a Vd. honorable profesor, y me sometí a su maravilloso *tratamiento al bromuro.*

Acabo de esperimentar a principios de este año, una muy sensible mejoría.

Eterno reconocimiento de:
Larthur, empleado de comercio.

—

Sr. Dr. Alfonso de Beaupilore.

Mi vida, desde hace un año, habíaseme convertido en un insoportable martirio.

Mi estómago, *arruinado por el bromuro,* no me permitía ver la existencia sinó al través de los más tristes colores.

Dios debe haberse apiadado de mi, al darme a conocer su nombre, pues siguiendo su régimen basado en el *empleo exclusivo de las féculas,.* mis digestiones son ahora bastante menos dolorosas.

Muy agradecido:
Lasthur, empleado de comercio.

—

Sr. Enrique Lemartin, doctor en medicina. Me pide Vd. un testimonio de mi caso para presentarlo a la Academia de medicina, y hélo aquí, pero adviértole que dudo mucho pueda hacer de él buen uso.

Es cierto que fuí a verlo el mes de Marzo último, por causa de que, como *había hecho abuso de los farináceos* en mi alimentación, engrosé enormemente, al punto de pesar más de ciento cincuenta kilos.

Vd. entonces, aconsejóme adquirir un caballo vigoroso, y dedicarme a la equitación.

Pues señor, *al cabo de tres días mi peso había disminuído en veintiseis kilos.*

Ha leido Vd. Bien: *veintiseis kilos,* y puede citar no más mi caso.

Pero hará bien en agregar, para explicar esta rápida disminución de peso, que tengo ahora una pierna menos.

Me la amputaron enseguida de haberme caído del caballo, justo el primer día que monté en él.

Lo saludo:
Larthur: ex empleado de comercio.

Tristan Bernard.



EL SERVICIO DOMESTICO

—Ya te he dicho, que no te entretengas en la carnicería. Parece que tuviera pegapega para tí.
—Es el carnicero el que me entretiene.
—Bueno que no se repita. Sentiría tener que echarte a la calle.
—No lo sienta Vd., señora. Me iría otra vez a la carnicería.

EN EL CUARTEL

Sargento—Un día de arresto por no haber saludado al alférez.
Soldado—Pero si es mi más íntimo amigo...
Sargento—No importa, aunque se tratase de su mismo padre, tendría usted que respetarle.

CONSERVATORIO GRANADOS



Horacio Zito, que acaba de rendir examen de solfeo, ha obtenido el título de profesor con la más alta clasificación. Cursó sus estudios con la profesora María Gallo Ungo.

QUE MISTERIOS!

A un joven que iba a confesarse le preguntó el cura.
—¿Sabe usted los misterios de la Pasión y Muerte?
—¿No, padre; es la primera noticia que tengo.
—¡Hombre, una cosa que sabe todo el mundo!
—Entonces no debe usted decir que son misterios.

MICIANO

A la manera futurista

Cuando en las primeras horas de la noche las calles se inundan de gente —



Miciano

muchedumbre — confusión — ruido — luces — focos — impudor de vidrieras chillonas,—muchedumbres estacionarias en las esquinas sacuden a rato la paciente apatía para tomar por asalto los tranvías, un grito se difunde insistente



Miciano, por Guevara

repetido por mil voces, llevado a la carrera hasta los barrios extremos:

LA NOOOCHE!

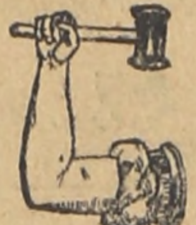
Se agita la inercia—flujo — reflujo—llamadas — todas las manos se tienden y el diario moderno pequeño, — nervioso — extractado — eléctrico — desdobla su silueta por todas partes y desfila multiplicado en la claridad fulminante del eléctrico que pasa.

Así, y durante esa primera hora, toda la población de Montevideo lee sucesivamente: "Cráneos, dibujo de Miciano".

Así producese la unidad espiritual de nuestra población en la atención múltiple concentrada en un

CRANEO

Así lábrase día a día, de cráneo en cráneo, la gloria de Miciano.



Línea firme — estilo definido — humorismo — Parece haber encontrado



El ministro Caviglia, por Miciano

el camino seguro para el desarrollo definitivo de sus cualidades.

En estos últimos tiempos se ha dedicado a caricaturizar ingleses y norteamericanos.

Actualmente tiene 23 años de los que ha pasado parte en España su patria na-



Ovidio Fernández Ríos, por Miciano

tiva — En Buenos Aires fué dibujante litógrafo y en Montevideo es caricaturista.

Guevita dice que si llega a Asunción quien sabe lo que se volverá.

Rada.

El rico pobre

Por León Tolstoi

Hubo un hombre que habiéndose acostado, no pudo dormir en toda la noche. Pensaba:

— Por qué la vida es tan penosa para los pobres? ¿Y por qué los ricos acumulan tanto dinero? Tienen cajas llenas de oro y, sin embargo, prívanse de todo para seguir amontonando.

Si yo fuera rico, no viviría de igual modo; daríame buena vida y procuraría que no fuese peor la de los demás.

De pronto oyó una voz que le decía:

—¿Quieres ser rico? He aquí una bolsa; no hay en ella más que un escudo; pero en cuanto lo saques, otro lo reemplazará. Saca todos los escudos que quieras, y en seguida echa la bolsa al río no gastes ninguno de los escudos, porque el resto se te volverá piedra.

El pobre hombre estaba loco de alegría. Cuando se sintió más tranquilo, cuidóse del regalo.

Y apenas había sacado un escudo, en el fondo de la bolsa vió que surgía otro.

—¡La felicidad es mía!— murmuró.

—Toda la noche pasaré sacando escudos y mañana seré rico. Mañana echaré la bolsa al agua, y desde entonces viviré cómodamente.

Pero llegada la mañana, cambió de parecer.

—Si quiero tener doble — esto se dijo — con estar un día más ante mi bolsa, lo tendré.

Y también pasó aquel día extrayendo escudos Al día siguiente, más, más, al otro más... No podía decidirse a dejar la bolsa...

En esto sintió hambre, y entonces recordó que sólo disponía de alguno que otro pedazo de pan negro.

Ir a comprar otra cosa era imposible; porque habría querido comer, pero de ningún modo separarse de la bolsa; comió, pues, el desgraciado, de aquel pan negro y duro, luego continuó sacando oro

Ni aún por las noches descansaba.

Pasó de esta manera, un mes, un año.

¿Quién se hubiera contentado teniendo cierta cantidad? ¡Todo el munlo quiere acaparar lo más que puede!

El hombre aquel hace una vida de mendigo: ¡ha olvidado que deseó vivir para su placer y el de sus semejantes!

De vez en cuando toma una resolución: aproximarse al río para arrojar la



bolsa al agua; pero se arrepiente y se retira al punto. Hoy está viejo, amarillento como su oro, mas no pudo cesar en su tarea.

Y así muere, pobre, sentado sobre un banco y con la bolsa entre las manos.

Como cada ser suele engendrar su semejante: los empresarios teatrales al uso, engendran también su semejante: un teatro absurdo y grosero.

He ahí una muestra tipo de lo que son algunos arrendadores, empresarios o dueños de teatros de provincias, con el adjunto reciente hecho. Un alquilador de teatros provinciano, después de leer el programa de obras de una compañía en cuyo programa figuran Shakespeare, Molière, Calderón, Lope de Vega, Galdós, Ybsen, etc., dice "que esa lista estará muy bien, pero que faltan autores conocidos, de crédito para una empresa.



LOS EFECTOS DE LA SUPERSTICION

Teófilo Gautier era un hombre extraordinariamente supersticioso, al cual se le había metido en la cabeza que el célebre músico Offenbach era "jettatore", y huía siempre de su presencia.

Una tarde paseaba el autor de "Mademoiselle de Maupin" en compañía de su hija Judit, entonces niña, cuando acertaron a pasar por un portal lleno de fotografías, anuncio de un fonógrafo.

La muchacha, curiosa, se detuvo a contemplar los retratos, entre los cuales figuraba el de Offebanch.

—Vámonos, hija — dijo Gautier, aterrado; — la vista de ese hombre acarrea desgracias.

— Pero, papá; déjame que curiosee un poco.

— ¡Que te va a ocurrir algo malo! ¡No mires a ese hombre! — replicó Gautier, cada vez más nervioso.

—Ahora voy, ahora voy; un momentito nada más.

—Te mando que vengas. Soy tu padre y tienes que obedecer.

—Espera un poco.

— ¡Ah! me desobedeces. Pues toma...

Y Gautier, que se hallaba en el frenesí de la exaltación, aplicó un cachete en las mejillas de la muchacha, que se echó a llorar, acompañando el llanto con modestos alaridos infantiles

El padre agarró de una mano a Judit, la sacó a la calle, y mientras ella seguía gimoteando le dijo:

—¿No te anuncié que el rostro de ese hombre acarrea desgracia? Ya ves lo que te ha sucedido por no hacerme caso.

TEATROS Y CINES



MISS EDITH ASHLEY

Europa, festeja ruidosamente a sus bailarines clásicas y mantiene viva la afición a los espectáculos en que ellas intervienen. El baile ruso, aparecido hace unos años, en los escenarios, con un carácter restringido, ha ido ensanchando poco a poco su campo de acción y amenaza ya convertirse en dueño y señor de la escena lírica.

Las bailes rusos se han convertido así en bailes clásicos, gracias al refinamiento progresivo de sus medios de expresión y al ensanche gradual de sus repertorios. La vieja Europa como la joven América, los acogen con positiva satisfacción y aplauden a las bailarinas más destacadas, pero como no hay sin duda género de teatro en que mayor influencia tenga la belleza física, empiezan ya a primar en el horizonte fecundo de la coreografía,, las mujeres bellas. Para conquistar favor del público en el baile clásico, es preciso poseer el arte exquisito de la Pavlowa, o en su defecto lucir todos los atributos galanes aunque la Naturaleza forma la belleza femenina.

Miss Edith Ashley, que ahora causa el delirio del público londinense, las posee sin duda, según demuestra claramente el grabado que hoy ofrecemos a los lectores. Puede ser muy bien que su arte no resulte tan sugestivo como su silueta pero lo cierto es sin discusión posible, que Miss Ashley, merece ser vista.



MAGDE KENNEDY

Esta joven actriz llamada "la mujer de los ojos de niña", es figura descollante del elenco femenino de la cinematografía norteamericana. Su intención de ingénua, y su actitud picarezca, hacen que se le contemple con sumo agrado al pasear su delicada silueta por la lámina argentada.

Madge Kennedy, nació en California. Forma parte de la "Liga de estudiantes de bellas artes", pues la conocida estrella estudió dibujo, siendo colaboradora artistica de varias publicaciones americanas.

Antes de ingresar al teatro se distinguió como aficionada al mismo, en fiestas y representaciones de estudiantes.

Su carrera cinematográfica comienza en realidad con "Bebe mío", la deliciosa comedia, en la que realizó una verdadera creación. Es casada. Su dirección es "Goldwyn" 16 E. 42 d st. New-York pero teniendo en cuenta su estado civil, consideramos un tanto peligroso dirigirle epistolas de amor.

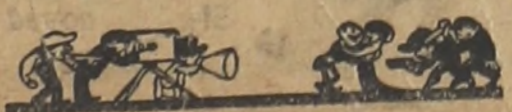
OPINIONES DE JACINTO GRAU SOBRE EL TEATRO

Todo teatro hecho con propósito puramente económico sin más objetivo que el negocio, es un espectáculo repugnante y una invitación al rebajamiento público, que un Estado inteligente debe prohibir, como una industria ilícita. Y algún Estado europeo lo ha prohibido ya con excelente resultado. Y aunque sea transitoria esa prohibición, el progreso humano y la era revolucionaria que se avecina, acabarán con ese teatro insípido y pedrestre, que un pueblo verdaderamente civilizado no podrá resistir nunca.

Un actor es un gran artista y un gran interpretador activo de caracteres, un propagador de grandes emociones, o no es nada.

El aplauso de un público educado es una vergüenza en lugar de ser una gloria.

El público no es nunca responsable de las grandes decadencias teatrales. Es sólo un instrumento que engañan y manejan a su antojo unos cuantos tratantes e intermediarios. Si los teatros fueran del Estado, de un Estado superior se entiende, en cinco años se habría creado un público admirable. De ahí la conveniencia de socializar el teatro. Está en el programa de los revolucionarios rusos intelectuales y lo puso en práctica la reciente revolución húngara. A Rusia se debe la más perfecta realización hasta ahora del arte teatral. No hay necesidad de limitar esta perfección al "balet". Véase el admirable libro de Gordon Graig "On the art of the Theatre.



REENCARNACIÓN

(Cuento de Dana Burnet)

Tomás Buchanan Biggs era el edictor del "Buchanan Magazine", el fenómeno periodístico de la época con 150 páginas de avisos que producían millones de libras esterlinas todos los años.

El éxito de Mr. Buchanan era merecido. Conocía a sus lectores y había llegado a la conclusión de que lo que el público necesitaba era:

1o Amor.

2o Negocios.

Su literatura se reducía pués a cuentos de amor y de negocios, que le escribían cuentos a máquinas, tan rápidamente como la agilidad de sus dedos se lo permitía y el triunfo del "Buchanan Magazine era completo. Sus tirajes eran enormes .... varios millones de ejemplares.

Durante el transcurso de la Gran Guerra, Mr. Biggs ordenó a sus artistas que dibujaran para la cubierta una joven con un uniforme aliado distinto para cada número, y amplió su fórmula literaria hasta admitir cuentos que hablaban de la guerra. Pero una vez firmado el admisticio, volvió a los cuentos de amor y de negocios, con una confianza que fué justificada ampliamente por los resultados. La circulación del "Buchanan" aumentó otro cuarto de millón. El mismo Biggs comenzó a sentirse impresionado por este éxito y a considerar a sí mismo con nuevo respéto por no decir reverencia. Se vió, por fin, llevado a la conclusión, como ocurre a la mayor parte de los hombres, más tarde o más temprano, que era un instrumento de la Providencia, y un instrumento de bastante importancia Nunca le habían interesado particularmente las religiones, pero comenzó a buscar una creencia que conviniera a su situación. Uno de sus autores se enteró de ello y le envió un libro sobre reencarnación.

Mr. Biggs leyó tres o cuatro capitulos del libro, y se convenció absolutamente de su verdad. Se convirtió en un creyente ardiente y positivo de la teoría de la reencarnación. O, mejor dicho, Biggs empleó esta teoría como base de una religión propia, una religión que inventó por entero.

Su religión era ésta: creía que si un hombre tiene un gran éxito durante la vida, su alma una vez muerto, adquiere una forma nueva, de acuerdo con la importancia que tenía en la tierra. Mr. Biggs no imaginaba que forma revestiría su alma, pero estaba seguro que sería algo muy grande, respetable, aislado, soberbio. No porque fuera vanidoso pues era bastante demócrata y no evitaba el contacto con sus empleados. Almorzaba todos los miércoles en el lujoso restaurant Tremany, con sus autores y los agentes de éstos (todo autor tiene hoy día un agente para atenderle los negocios y las invitaciones para comer) y en esas ocasiones Mr. Biggs, después de encargar diez o doce cuentos a un autor de nombre, solía volverse a algún autor humilde, que en su vida había recibido más de una libra esterlina por un cuento y le decía:

—Cuándo tendremos el gusto de ver algo suyo?...

Y se sentaba a su lado, hablándole de la manera más afable, mientras devoraba una masa de chocolate al ron.

Mr. Biggs había descubierto muchos genios, mientras consumía masas de chocolate al ron.

En todo Londres había un solo autor a quien Biggs trataba con severidad, un poeta, que vivia en el fondo de un barrio pobre, y pretendía ser literario en una forma melancólica y anticuada. Se llamaba Cátulo Beebury, y, como era poeta, carecía de agente y debía hacer todo por sí mismo. Solía ir de vez en cuando a las regias oficinas de Biggs, las cuales le deslumbraban e intimidaban. Tenía ojos grises redondos, cabellos rubios y una boca grande que, cuando hablaba, le daba un aspecto cavernoso.

No escribia nada más que poesía. Era poesía mejor que la corriente. Algún crítico afirmaba que era buena poesía y que a Cátulo Beebury no le faltaban cualidades.

Pero Biggs lo conocía mejor: Cátulo Beebury era un tonto: no quería dejar de escribir versos.

Cierto día Mr. Biggs habló a Cátulo sobre el asunto, con toda franqueza:

—Vemos con mucho gusto lo que usted escribe—le dijo Biggs—pero, como Vd. comprende no podemos pagar mucho por sus poesias. En realidad no tienen para nosotros ei valor de los cuentos... son demasiado cortos y no sirven para amenizar las páginas de avisos.

—Tengo también poemas largos—replicó Cátulo Beebury, alentado por un rayo de esperanza. He escrito un largo poema que se podría publicar como folletin...

—Cómo folletin!—exclamó alarmado Mr. Biggs—está usted loco?

—Puede ser—contestó Cátulo suspirando pero creí que la idea pudiera convenirle por ser muy original.

—La originalidad—repuso Mr. Biggs, no es mala, con tal que no sea, cómo le diré?... demasiado original...

En fin, Vd. comprende lo que quiero decirle.

—Sí, sé lo que quiere decirme, señor Biggs, quiere decirme que la originalidad no debe ser original, que la individualidad no debe ser individual, que la habilidad no debe ser hábil, que...

—Discúlpeme, señor Beebury—le interrumpió Mr. Biggs, poniéndose de pie. Tendré el gusto de verle en otro momento en que no esté tan ocupado. Buenos días, señor Beebury!

—Buen día, señor Biggs—replicó el poeta y salió del despacho triste y desalentado.

Veinticuatro horas después había muerto.

En uno o dos diarios aparecieron tres líneas que aseguraban al público que Cátulo Beebury, poeta, había muerto. Dejaba un baúl lleno de manuscritos inéditos.

El joven médico llamado por la dueña de la casa donde vivía el poeta, declaró que la muerte había sido causada por una prolongada falta de nutrición.

El miércoles siguiente, Tomás Buchanan Biggs almorzó, como de costumbre, en lo de Tremano. En el curso de la comida descubrió un nuevo genio. Era un hombre del oeste, que dictaba sus cuentos en un dictafono, y por consiguiente, podía producir dos veces más que los escribas de dos dedos, es decir, los que escribìan a máquina.

Mr. Biggs se entusiasmó tanto con este prodigio, que comió rápidamente siete masas de chocolate al ron, una tras otra, y, aparentemente, no le hicieron mal.

Pero a las tres de esa misma tarde cayó gravemente enfermo. Fueron llamados varios médicos eminentes, y se informó a los diarios de que Tomás Buchanan Biggs se hallaba moribundo. Todos enviaron repórteres.

En presencia de los repórteres, de sus autores y de los agentes de los autores, auxiliado por dos médicos eminentes, llamó a una de sus más lindas dactilógrafas y dictó tranquilamente su última voluntad.

—Afronto el término de la vida—dijo—lleno de fe en los decretos de la justicia eterna. Tengo confianza en que recibiré la modesta recompensa que humildemente he merecido y que mi alma entrará a una existencia aún más noble que la que voy a abandonar... El dibujo de la cubierta del próximo número del "Buchanan" debe aparecer con la muchacha vestida de luto... Autores, agentes, artistas, público y demás personas: ¡adiós!

En seguida murió. Los diarios publicaron columnas enteras sobre su muerte, su vida, sus obras, su grandeza, el importe de su sueldo, el tamaño de su sombrero, el número de sus dactilógrafas, su afición fatal a los genios nuevos y a las masas de chocolate al ron, etc.

Los médicos famosos que habían sido llamados a consulta, pusieron sus nombres al pie de un documento formal que atestiguaba que Tomás Buchanan Biggs había fallecido á consecuencia de un crecimiento adiposo en los tejidos del corazón, ocasionado por **exceso de nutrición.**

En resumen, había muerto por exceso de masas de chocolate al ron.

Pero la muerte era sólo una fase.

Como uno que emerge de un sueño profundo, Mr. Biggs despertó, abrió los ojos y miró a su alrededor. Se hallaba en un medio nuevo y extraño, un medio que no era ni tierra ni aire, un curioso medio, líquido alumbrado con un resplandor muy débil y limitado a ambos lados por paredones oblicuos.

Biggs abrió la boca y probó el nuevo medio. Era agua!

Se sintió un poco turbado. A fin de enterarse mejor, resolvió dar una vuelta por los alrededores.

Inmediatamente hizo un descubrimiento más sorprendente: no tenía piernas.

Dirigió una mirada a la parte de su cuerpo donde solia llevar los pies y las piernas, y descubrió un solo órgano de forma de abaniquitofl que se movía vivamente a un lado y otro cuando intentaba avanzar. Fué entonces cuando que poseìa una cola advirtió.

Un rubor de confusión y de indiguación se le asomó a las mejillas. Extendió las manos fundo horror advirtió que sus manos eran... para palpar ese curioso órgano, y con proaletas.

Miróse de nuevo el cuerpo: no había lugar a dudas: era un pez, de una especie u otra

—Posiblememente soy un pez notable, un pez de una especie regia — pensó el señor Biggs, que poseìa siempre un carácter optimista. Aletando un poco por esta reflex'ón, comenzó a nadar, en busca de alguien que le confirmara esta opinión de sí mismo. De pronto vió un monstruo, veinte o treinta veces más grande que él, que se ocultaba en una grieta de la orilla. Este monstruo, al ver al señor Biggs, abrió tremendas fauces, con la intención de atraparlo. Biggs movió ágilmente la cola y se volvió rápido como una luz. Su propia agilidad le asombró. Nunca había sido capaz de nadar con semejante ligereza.

Pero, ¿qué clase de monstruo era? Parecía... pero no, los cangrejos no tienen ese tamaño. El había comido canrgejos en lo de Tremano, y no eran así.

Elevóse hasta la superficie del agua, y vió agazapado en la orilla otro animal también de proporciones gigantescas, con grandes ojos prominentes y una expresión de acritud y temible severidad. Parecia una rana. Pero las ranas no son gigantes. Uno solía comer patas de rana en lo de Tremano, antes que las tortas de chocolate...

—Si no le es molesto, ¿quiere decirme qué clase de pez soy?,—preguntó Biggs cortésmente a ese coloso.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó el coloso con voz grosera y ruda y riendo a la vez.—¿Usted un pez? ¡Esto si que está bueno! ¡Un pez! Usted es sólo un vario. Apenas si es un pez. A lo sumo será un pececillo insignificante y ridículo.

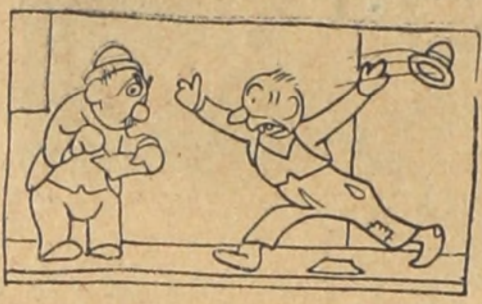
—¡Un vario!—exclamó Biggs, y luego de lanzar un sollozo, se hundió hasta el fondo del río.

Por largo rato permaneció oculto debajo de un guijarro, llorando amargamente. Le era imposible comprender que Tomás Buchanan Biggs, el director del "Buchanan Magazine", se hubiera convertido en un pececillo insignificante. ¿Era esta la recompensa que había merecido? ¿Era ésta la nueva forma de su alma?

Se sintió horriblemente abatido, y sobre todo, decepcionado en su religión. Sentíase solitario, abandonado, engañado, traicionado. Y más que todo eso, sentìase con hambre.

Nadó lentamente hasta la superficie, balanceando su odiosa cola. Cierto número de pececillos iguales a él jugueteaban entre las ondas, se precipitaban de pronto y atrapaban los mosquitos que caían en la superficie.

—¡Jamás comeré mosquitos!—dijo Biggs, y pensó trágicamente en aquellos días que, siendo gran director, almorzaba en lo de Tremano. En eso, un gordo mosquito se posó delante de la boca del señor Biggs. Impulsiva



e instintivamente, Biggs lo atrapó y se lo tragó. Experimentó un cosquilleo en la garganta y luego una sensación agradable en el estómago.

Había comido un mosquito.

—Después de todo—dijo el señor Biggs—mientras uno es pez, puede hacer lo que hacen los peces... Y los mosquitos no son tan malos que digamos...

Hizo un buen almuerzo de mosquitos y se sintió mejor. Hasta condescendió a jugar con los otros pececillos. Poco a poco comenzó a conocerlos más íntimamente y se enteró de su pasado. Uno había sido primer ministro, otro un pintor, retratista famoso; el tercero, presidente de banco; el cuarto habìa escrito comedias livianas; el quinto había sido humorista profesional, el sexto había hecho una fortuna con el petróleo, el séptimo había figurado brillantemente en los círculos sociales. Eran un grupo más bien frívolo, pero Biggs los trató cortésmente y aceptó con gusto su amistad, aunque el primer ministro, que hablaba alto y sin cesar, resultaba un tipo insoportable.

Un día, después de escuchar durante largo rato las opiniones del primer ministro sobre la política europea de Bismarck, Biggs se sintió, hastiado y se alejó de allí, nadando. Pero el primer ministro le siguió, hablándole siempre de la política europea de Bismarck. Mr. Biggs nadó más rápidamente. El primer ministro le seguía. Biggs redobló sus esfuerzos huyendo cada vez más lejos. La voz de persecutor se hacia cada vez más débil y por fin se extinguió.

Cuando por fin Biggs se detuvo y miró a su alrededor, advirtió, asustado que se había perdido en aguas profundas. Se hallaba completamente solo. No se veía ningún otro pececillo de su clase. Un triste presentimiento se apodero de él.

—Maldito primer ministro!—murmuró. En ese instante volvióse pálido de terror.

Del fondo de un cañaveral, en el agua, acaba de surgir una enorme perca, una perca de proporciones heroicas, una perca como sólo se encuentra una en cada generación. Se dirigía derechamente el señor Biggs, con redondos ojos grises que brillaban ansiosos de deseo y una gran boca abierta que le daba un aspecto cavernoso y ... familiar.

Biggs se precipitó nadando hacia la superficie, mas con terror y todo se le hizo patente la convicción de que de alguna manera y en alguna parte había visto antes a esa perca.

Hesitó y miró hacia atrás un segundo. Esta pausa le fué fatal. La perca le alcanzó y su boca grande se abrió aún más grande como para lanzar una carcajada.

Biggs sabía que estaba perdido. Mas no podía reprimir su curiosidad. Dióse vuelta y miró, bien a la cara, a la perca que se precipitaba. Un segundo después se sintió apresado por esas mandíbulas hambrientas, pero poco antes de perder la conciencia, había advertido súbitamente la identidad de esa cara. Pereció lanzando un grito de ignominia.

Era la cara de Cátulo Beebury!



De "PASAR...", por Mateo Magariños Solsona

Mauricio llevaba el propósito de desmontar la casa que poseía en la elegante capital, contratar especialistas en vinificación y adquirir reproductores para el Oasis.

Enemigo de la soledad, desde el instante de su llegada, se procuró una compañera transitoria y el capricho de la suerte le proporcionó una hermosa maniquí que ocultaba su verdadero nombre bajo el de Marcelle D' Anieres, con apóstrofe y todo.

Esta amable persona pidió un buen día a su amante ocasional que la llevara a visitar la manufactura de Sévres.

Sin duda faltaba alguna chuchería en la estufa de la salita de la calle Castellane y pretendía obtenerla de aquella manera. ¡Quién visita Sévres con una dama, sin ofrecerle algún recuerdo!

Mauricio estaba tan cansado de este género de giras como de su amiga Marcelle; pero como estaba de por medio su íntimo Dardo Lacerda, que visitaba Europa por primera vez en compañía de su familia y no disponía sino de las horas del día para esas escapatorias que constituyen la delicia de los maridos tenidos a rienda corta, aceptó realizar la excursión y rogó a Marcelle que les buscara otra compañera.

—Justamente tengo lo que les hace falta. —Había contestado la hermosa. Se trata de una amiguita mía. Trabajamos en la misma casa: es linda y alegre, merece todo lo que ustedes hagan por ella. Imagínense! La pobrecita acaba de ser abandonada por su amante con un hijo a cuestas!

—¿Sabe comer? —preguntó Mauricio sin mayores cumplimientos.

—Oh!... La pregunta!!. Se trata de una amiga mía! —Repuso la joven haciendo un mohín de fingido enojo.

—Entonces nada tengo que observar, —dijo Mauricio inclinándose. Y resuelta la elección, se combinó programa: se almorzaría en el Pavillon Bleu, se visitaría la fábrica y luego se regresaría por el Sena oyendo música sobre un yacht automóvil.

El programa no era malo, pero lo que no acababa de convencer a Mauricio, era la presencia, en la fiesta, de una midinette, especie de la que había huído toda la vida, por miedo a los enredos sentimentales. Les temía de veras a las heroínas de Mürger. No obstante, como en el caso no se trataba de él y a Lacerda le cuadró la aventura, no puso inconvenientes: la chica sabía comer y con eso bastaba.

—Las cosas que tiene el destino, —pensó Mauricio, recordando que Lacerda, víctima tal vez de su nerviosidad, había despertado aquel día las sospechas de su bella esposa y había tenido que renunciar al paseo proyectado para evitar un serio disgusto familiar, que no entraba en sus cálculos.

¿Por qué no se excusó él a su vez? Jamás sabría la causa. El caso fué que al día siguiente era el primero en llegar al café Garnier, donde se había dado la cita.

Como se hubiera adelantado a la hora fijada, para hacer tiempo pidió un chocolate con tostadas y mientras lo preparaban, se entretuvo en observar el hormigueo de la calle.

Empezaba a animarse aquel barrio de París.

Filaban los autos por el centro de la calzada, siempre a punto de chocar y esquivando casi siempre el choque, mientras los *fiacres* desvencijados y sórdidos, cuyos caballos sudorosos patinaban con destreza sobre el limo del asfalto, circulaban por la orilla de las aceras provocando las protestas de los peatones, obligados a soportar las salpicaduras de lodo arrojadas por las ruedas y por los cascos.

De la estación vecina, coincidiendo con el silbato de las locomotoras que iban llegando, surgían, a intervalos regulares, animados grupos que se aglomeraban en las aceras a la espera de que la policía detuviese el tráfico para permitirles atravesar la calzada, subirse a los autobuses, enfilar por las calles adyacentes o desaparecer por la boca del Metropolitano situada en la misma esquina de Garnier.

Eran en su mayoría habitantes de la *banlieu* que venían a la capital a sus tareas cuotidianas.

Entre ellos había gente de todas las categorías sociales: obreros, empleados de comercio, modestos y altos funcionarios, simples burgueses y hasta personajes, unos y otros confundidos con damas elegantementes puestas, con mujeres del pueblo y con alegres jovenzuelas de carita picaresca y mirada curiosa que se escurrían entre la multitud poniendo en salvo sus cajas de cartón con tanta habilidad como gracia.

Era un espectáculo cambiante, bullicioso de animación creciente. Tan pronto solicitaba la ateción del observador un clásico grupo de turistas que aparecía jadeante y angustiado por el temor permanente de no llegar a tiempo, como el corrillo formado en torno de un *camelot* que preconizaba las excelencias de su mercancía, o la disputa en tono mayor de dos cocheros que se interceptaban el paso, aparentemente dispuestos a no ceder un ápice de su derecho, pero resignados de antemano, por larga experiencia del oficio a seguir su camino a la más leve presión del gendarme.

Una mujer gruesa se detuvo en la puerta de Garnier para cantar con voz cascada una alegre canción de Café-Concierto al son de un viejo violín, mientras su compañero, hombre joven de gorra y pañuelo negro anudado al cuello, pregonaba la partitura de la canción por diez céntimos, agotando las escasas sonoridades de su voz aguardentosa:

..*Cousine, Cousine*
Qu'est-c' que j vois sur ta poitrine?
Cousine, Consine
On dirait deux mandarines...

De pronto la cantora y su ayudante se esfumaron entre la multitud que los rodeaba y a poco andar, un agente con semblante interrogativo, ocupó el sitio abandonado por los músicos, mirando desconfiado a una pareja de *trottins* que atisbaba su presa.

—*Monsieur Padurrá?* —dijo a la sazón redoblando muho las erres y acentuando la última sílaba, una joven de humilde aspecto, pero de rostro agraciado y festivo, cuyas grácilles formas hacía resaltar su modesto pero bien ceñido trajecito azul.

—*Pas du rat, mademoiselle*, Pa-dura, — repuso Mauricio festivamente, corrigiendo la pronunciación de su apellido.

Entonces ella, segura de estar en presencia de la persona que buscaba y riendo del juego de palabras que, sin quererlo, había hecho con el apellido del caballero, explicó con gentil donaire que era la amiga de Marcelle a quien ésta había rogado que se adelantase para excusarla de la demora a que la obligaba una comisión impostergable.

—Ah! Perfecamente. Me felicito de conocer a una jovencita tan linda y tan simpática, —dijo Mauricio agradablemente impresionado por la gracia natural de la recién venida. — Cómo va a lamentar mi amigo el inconveniente que le impide acompañarnos! —añadió.

—¿Cómo?... ¿No viene su amigo? —interrogó ansiosa la joven, palideciendo rápidamente, cual si de improviso cayera un velo gris sobre las rosas de sus mejillas —Entonces estoy de más, —añadió, poniéndose de pié. Y sin esperar respuesta, agregó con voz velada: —*Je m'en doutais monsieur. Non, vraiment, je n'ai pas de chence!* —Luego no pudo contenerse más y le brotaron las lágrimas.

Mauricio adivinó el drama oculto en aquellas sencillas palabras y un sentimiento de viva simpatía le movió a consolar a la joven.

—Pero, criatura, no llore! No se aflija!... Ni usted está demás, ni nada se ha perdido con la momentánea ausencia de mi amigo. Véngase con nosotros. Pasaremos el día alegremente y luego o mañana el hombre se desocupará y tendrá, sin duda, un gran placer en conocerla... No hay que llorar por tan poca cosa... Qué diablo!

La sincera afectuosidad con que habló Mauricio debió impresionarla gratamente porque la joven esbozó una sonrisa detrás de sus lágrimas.

—Apareció el arco iris. —dijo Mauricio palmeándole cariñosamente la mano y riendo para infundirle ánimo.

Entonces ella, experimentando un gran bienestar, sin saber por qué, rió a su vez y avergonzada de la escena, se apresuró a secarse los ojos.

—Qué criatura impesionable, —pensó Mauricio al observar tan rápidas alternativas, sin dejar de comprender que se hallaba en presencia de una mísera personita prematuramente torturada por la vida.



EL GUSANITO Y LAS ARAÑAS

(Cuento Infantil)

Una vez había una araña fea y negra que vivía sola como una bruja en un rincón.

De noche, cuando nadie podía verla, salía despacio de su escondrijo y se ponía a trabajar, haciendo de nuevo la tela que, de día, la escoba le había deshecho de un golpe.

Ataba con fuerza los hilos a las paredes del rincón, y no paraba hasta acabar la red espesa que hacía temblar al pasar.

Las moscas que se acercaban, volando, libres,con sus alas de colores, eran atraídas por la magia de aquel velo. A veces alguna caía en él. Estaba perdida. Saltaba, se revolvía de todos lados. Hacía zumbar las alas de un modo horrible, inútilmente. La tela flotante se sacudía de arriba abajo, elástica, sin romperse, y la pobre mosca, medio ahogada, resignada a no defenderse ya, moría en las convulciones más espantosas, en la tela sucia.

Entonces la araña, que estaba en acecho, salía de golpe de su agujero, corría hacia ella rápidamente, la aferraba entre sus potentes patas velludas, la apretaba gozosa, le estrujaba las alas, la estrangulaba y la arrastraba a su cueva con avidez, para que no la ,robaran.

Un día pasó por allí un gusanito blanco que caminaba y caminaba siempre solo, sin saber adónde, sin saber porqué, arrastrándose siempre, sin detenerse más que para comer las hojitas nuevas, verdes, de las plantas.

La araña fea, llena de envidia y de astucia, lo vió y le dijo: Gusanito, ven a mi rincón para que el frío del invierno no te mate. Ven a mi tela. Este velo te cubrirá y te abrigará. Es muy útil. No es como otras que cubren los ojos y el cuerpo y ocultan la realidad porque no dejan ver.

Diciendo esto, lo cubrió con los hilos de su tela espesa y fué enseguida a llamar a sus compañera, mientras el gusanito luchaba con todas sus fuerzas para libertarse del poder del hechizo. Muchas arañas no necesitaron ser llamadas; vinieron apresuradamente.

Unas eran finas, con patas tan largas y delgadas que parecían sostener en el aire, su cuerpo chico y liviano. Otras eran negras, velludas y caminaban pesadamente, balanceándose deteniéndose a cada momento como fatigadas, o corriendo a lo largo de la pared.

Pero la araña ignoraba el destino del gusanito blanco. Este, viéndose perdido, empezó a envolverse en su propia tela, burlando así a las arañas que, cuando llegaron, lo encontraron completamente cubierto. Después de un tiempo, salió de golpe, convertido en una mariposita preciosa, con unas alitas finísimas, todas cubiertas de un polvo de oro, y como hechas de un rayo de sol.

Y sin mirar atrás, a las arañas negras de la tela sucia, voló por la ventana del jardín, afuera, como a un paraíso lleno de flores ,lleno de luz, lleno de sol.

Charles Ephraim.

LA ADMIRACION POR EL ARTE

Decía Haydn que la primera vez que oyó tocar a Haendel se hubiera arrodillado ante el gran artista, poseído de emoción y que, mientras lo aplaudía, sintió dentro de su alma despertar al compositor musical, quien siempre admiró al maestro como a un ser superior.

El arte verdadero no convive con las pasiones mezquinas, y por eso Beethoven admiraba a Cherubini y se descubría ante las composiciones de Schubert.

Otro ejemplo semejante nos lo da Northcote, que, siendo muy joven aun, veneraba al notable pintor Reynolds, y cuentan que decía: "El día que por vez primera oí hablar a Reynolds, concebí todo género de esperanzas en el porvenir.

Historieta flamenca

Almorzábamos, Tony Rotterdam y yo, en la hostería "El Caballo de Bronce" de Amberes.

¡Famoso tipo, el tal Rotterdam! — Dos metros de alto por setenta y cinco centímetros de ancho, las manos como la muestra de un guantero, y roja la cara, — palabra de honor — al igual que los farolitos de peligro.

¡Y parecía el muchacho una tabaquería ambulante! — Llevaba siempre consigo medio kilos de tabaco, y nunca menos de cinco o seis pipas diseminadas por los vastos bolsillos de esa especie de gran gabán, que él llamaba modestamente su americana.

Rotterdam, cuando no fuma, come, y cuando no come, bebe.

Después que ha estado cinco minutos sin beber:

—Es extraordinario, dice, tengo el gaznate arrugado como un traje viejo. ¿Que te parece si tomáramos alguna cosita, eh?

Y agrega, una vez despachados su ginebra o su chopp:

—Hallo fantástico como se vacían facilmente los vasos, en esta taberna.— Jamás he visto cosa parecida!

"Colosal", y "fantástico" son los dos calificativos favoritos de Rotterdam. Cuando una cosa no es a sus ojos colosal, puede tenerse la seguridad de que la encuentra fantástica.—Lo demás no le interesa.

Almorzábamos, como ya he dicho, en el "Caballo de Bronce", (allí se está cómodo, y se come bien), y visto que acababan de traernos las tres docenas de ostras pedidas, Tony, engulléndose cuatro de un golpe, recalcó:



—Estas ostras son colosalmente buenas.

—Jamás, le repliqué, jamás he comido mejores.

—Y como se trataba de la verdad pura y neta creí propio añadir:

—¡Es algo fantástico!

Durante diez minutos saboreamos en silencio los deliciosos moluscos. — Al cabo de ese tiempo, Rotterdam, elevando la vista, apercibió el calendario.

—¡19 de Marzo, exclamó súbito. pero si hoy es San José! — Oye, ¿no quieres que te cuente una historieta sobre el tal San José?

—Naturalmente; con mucho gusto.

—Bueno, tú sabes, continuó Rotterdam, que soy un buen católico, pero sin embargo me gustan las bromas alusivas al Paraíso. Es cosa alegre, infantil, y no hace mal a nadie.

—De acuerdo ...

—Entonces prosigo. — Por esta época hará poco más o menos dos años que se inventó la ginebra de Shiedam, y San José, que hasta ese momento había sido siempre persona juiciosa, empezó a desarreglarse. — Sucede que el burgomaestre de Shiedam se llamaba justamente José, y como te imaginas, no olvidaba jamás al santo en sus oraciones. "San José, decía, haz que obtenga esto o aquello; haz que mi suegro sea menos avaro; haz que mi mujer no se detenga nunca frente a los escaparates de los modistos, y yo, en pago, te regalaré un tonelito de rica ginebra"

Desde la fecha, San José ya no fué más el mismo. Todas las tardes regresaba borracho al Paraíso, con los ojitos colorados y redondos como cuentas de coral.

Esto fastidiaba enormemente a San Pedro.

—Mira José, de dijo una ocasión, si las cosas continúan así por algún tiempo, me voy a ver en el trance de advertir al Todo Poderoso; no es vida eso de estar siempre borracho igual que un chivo.



Pero José no le llevó el apunte, y al otro día invadió la sagrada mansión aún más adobado que de costumbre.

Entonces San Pedro, furioso, grítole:

—José, el Todo Poderoso está indignadísimo contigo. — Una vez pase, me dijo; sí, pase por una vez; pero si mañana regresa borracho no le abras la puerta.

Déjalo dormir afuera.

Al oír esto José se puso blanco como un papel.

—¿Que? ¿qué? respondió. ¿Dormir afuera, yo? ¿Acaso estoy en el desierto, todavía?

—No, no estás más en el desierto pero ¡te juro por mi corona de santo que dormirás donde dije!

—¿Sí, eh?

—Sí señor, lo dicho, dicho.

—¿Y eres tú, Pedro, el que me lo asegura?

—Yo en persona.

—¡Quieres echarme a dormir afuera, a mi, José, tu viejo camarada! Pues bien, pruébalo. Pruébalo y verás!!! — Enseguida saco de aquí a mi hijo Jesucristo, y me establezco al lado con otro Paraíso!!!.

¿Y que harás tú entonces con tu portería?

¿Que harás, vamos a ver, viejo infeliz?

George Auriol.



EL ORIGEN DE LOS RELOJES

Los relojes de bolsillo, o, mejor dicho, los relojes pequeños de mano, fueron inventados siglos después que los relojes de torre. Lo primero fueron fabricados en Nuremberg, en 1477. Por cierto que se parecían muy poco a los actuales, tanto por su forma como por su utilidad. Algunos de ellos eran muy pequeños, tenían forma de pera, y se los llevaba engarzados en el puño de un bastón. Marcaban el tiempo con relativa arbitrariedad, pues la exactitud en la marcha de los relojes sólo se consiguió con el resorte de espiral de acero, inventado en 1658.

Las cataratas más grandes del universo son las de Kaiter, en la Guayana Inglesa. Miden 224 metros de altura y exceden en mucho a las célebres cataratas Victoria y del Niágara, que tanto se nombran continuamente.

Los huevos de faisán tardan alrededor de 25 días para incubarse.

En la Argentina funcionan alrededor de 10 mil establecimientos de enseñanza.

La luz de Asia

Nuestro Señor Buda descansaba en esta apacible morada de vida feliz y de amor, sin saber nada de la necesidad, del dolor, de la melancolía, de la vejez y de la muerte; sin embargo, así como al dormir vaga uno en sueños por mares obscuros, y llega, extenuado, a las riberas del día, trayendo extraños recuerdos de este viaje sombrío, así también, mientras descansaba su graciosa cabeza adormecida en el pecho moreno de Yasodhara, cuyas manos amantes abanicaban dulcemente sus párpados cerrados, se levantaba repentinamente ,gritando: "¡Mi universo! ¡oh universo! ¡escucho! ¡sé! ¡voy!" Y ella le preguntaba: "¿Qué tenéis, mi Señor?" con los ojos dilatados por el terror; porque en estos momentos la compasión que expresaba la mirada del Príncipe inspiraba temor y su rostro se asemejaba al de un dios. Entonces sonreía de nuevo, para calmar las lágrimas de su esposa, y pedía que le tocasen una melodía de vina; pero una vez colocaron en el umbral un calabazo con cuerdas templadas, en un sitio en que el viento pudiese suspirar sus notas y tocar a su sabor—porque el viento arranca a las cuerdas de plata una música extraña —, y los que se encontraban en torno de él no escuchaban más que esto, pero el príncipe Siddartha escuchó a los Devas, y he aquí las palabras que cantaron a su oído:

"Somos las voces del viento vagabundo, que suspira después del reposo, y no puede hallarlo jamás; ¡ved; tal es el viento, y tal es también la vida mortal: un lamento, un suspiro, un sollozo, una tormenta, una lucha

"No podemos saber la razón de nuestra existencia, ni su origen, ni el manantial de la vida, ni su objeto; somos, como vosotros, los fantasmas de la nada; ¿qué placer tenemos en nuestro dolor, que cambia sin cesar?

"¿Qué placer tienes en tu felicidad inmutable? ¡Ah! Si durase el amor, podría dar la felicidad, pero la vida es como el viento; todas las cosas no son sino voces pasajeras que soplan sobre cuerdas vibrantes.

"¡Oh hijo de Maya! Porque vagamos sobre la tierra es por lo que gemimos en estas cuerdas; no cantamos la alegría, porque vemos muchos dolores en muchos países, infinidad de ojos que lloran y de manos que se tuercen de desesperación.

"Pero nos burlamos en medio de nuestros gemidos, porque si pudiesen saber los hombres que esta vida a la cual se aferran sólo es una vana apariencia, sería para ellos tanto como ordenarle a una nube que se detuviera, o contener el curso de un río.

"¡Pero tú, que debes ser el Salvador, tu hora se acerca! El triste mundo espera en su miseria, el mundo ciego gira bamboleándose en su círculo de dolor; ¡levántate, hijo de Maya! ¡despierta! ¡cesa de descansar!

"Somos las voces del viento vagabundo; vaga también ¡oh Príncipe! para encontrar tu reposo; abandona tu amor por el amor de todos los seres amantes; ten piedad del dolor y deja tu jerarquía, para aliviar la angustia y llevar a cabo la liberación.

"Así suspiramos, al pasar, por las cuerdas de plata, para ti que no conoces todavía nada de las cosas de la tierra; así hablamos, y nos burlamos, al pasar, de estas apariencias con las cuales juegas".

Algún tiempo después, una ocasión que estaba sentado en medio de su corte magnífica, teniendo de la mano a la dulce Yasodhara, una muchacha contaba, para hacer agradable esta hora crepuscular, una vieja historia — con intermedios de música en los momentos en que su voz armoniosa se apagaba—. Era un cuento de amor; se trataba de un caballo sorprendente y de países prodigiosos, lejanos, donde vivían pueblos pálidos en los que el sol, al acercarse la noche, se hundía en el mar. Entonces dijo él suspirando: "Tchitra me recuerda la canción del viento en las cuerdas. con su bella historia: dale tu perla, Yasodhara, para recompensarla. Pero tú, perla, mía, dime: ¿existe un mundo tan inmenso, hay un país que vea al gran sol rodar en las olas, se encuentra allí corazones como los nuestros, innumerables, desconocidos, desgraciados quizá, que pudiéramos socorrer si los conociéramos? A menudo, cuando el sol, al elevarse por el oriente, hace su regio camino de oro, me pregunto con asombro cuál es, en el extremo del mundo, entre los hijos del Levante, el primero que saludó sus rayos; a menudo, aún en tus brazos y sobre tu seno, ¡oh encantadora esposa mía!, mi corazón palpitó dolorosamente, al declinar el sol, por el deseo de seguirlo al ocaso empurpurado, para ver a los pueblos del Poniente. Deben existir allí muchos corazones que amaríamos; ¿cómo podría ser de otro modo? Aun en este momento, tengo una cuita, que un beso de tus labios dulces no podría disipar. ¡Oh, joven! ¡oh Tchitra! tú conoces los países encantados, ¿a dónde está el rápido corcel de tu relato? ¡Que no puedo yo, por un día, poner sobre su espalda mi palabra y cabalgar,, cabalgar, para ver la extensión de la tierra; o mejor, si tuviese las alas de este buitre joven—, esta carroña que debe heredar reinos más vastos que el mío —, como tendría el vuelo hacia las cimas del Himalaya, donde brilla la nieve teñida de rosados reflejos, para buscar con la mirada los países que en su redor se extienden! ¿Por qué nunca ví ni traté de ver? Dime lo que se encuentra fuera de nuestras puertas de bronce."

Entonces, alguien respondió: "Desde luego la ciudad, Príncipe feliz, los templos, los jardines y los bosques, en seguida campos y más campos todavía, con nullahs, mercados, el juncal, koss y koss hasta desaparecer en el horizonte; luego, el reino del rey Bimbasara, y por último las vastas llanuras del mundo, con miriadas y miriadas de habitantes". "Bien — dijo Siddartha —, haz decir a **Tchanna que** unza mi carro; mañana al mediodía iré a ver lo que está fuera del palacio". Entonces dijeron al rey: "Señor quiere tu hijo que sea uncido su carro mañana al medio día, para que pueda salir y ver la Humanidad!"

"Sí — dijo el sabio monarca — ; es tiempo de que la vea. Pero ordenad, por medio de los pregoneros, que adornen ni ciudad, de modo que no se encuentre ningún espectáculo aflictivo, que no salga ningún ciego o estropeado, ningún enfermo, ningún hombre cargado de años, ningún leproso." En consecuencia, barrieron los pisos; los aguadores, con sus odres, regaron todas las calles; los criados regaron polvo rojo en los umbrales de las casas, colgaron nuevas guirnaldas y colocaron una rama de tulsi en sus puertas. Con grandes pincelazos restauraron las pinturas de las murallas, llenaron de banderas los árboles, redoraron los ídolos; en las encrucijadas, Survadeva y los grandes dioses brillaron sobre altares de follaje; de manera que la ciudad parecía la capital de algún reino encantado. Los pregoneros recorrieron las calles con el tambór y el gong,gritando en voz alta: "¡Escuchad, ciudadanos! El Rey ordena que ningún espectaculo triste pueda ser visto ahora; no dejéis salir ningún ciego, ningún lisiado, ni enfermo, ni hombre cargado de años, ni leproso ni achacoso. Que nadie queme un muerto o lo saque hasta la caída de la noche. Porque tal es la orden de Sudhodana."

De modo que todo era agradable a la vista, y las casas estaban adornadas en Kapilavastu cuando el Príncipe llegó en su carro de bellos colores, tirado por dos novillos blancos como la nieve que balanceaban sus cuellos y flotaban sus anchos hocicos en el yugo esculpido de laca. Era grata a la vista la alegría del pueblo aclamando a su Príncipe, y Siddartha era feliz al contemplar a todos sus fieles súbditos vestidos con trajes de fiesta, y riendo, como si la vida fuese buena. "El mundo es hermoso — dijo — y me agrada, y estos hombres que no son reyes son hermosos y amables, y suaves son mis hermanas que trabajan y cuidan la casa; ¿qué he hecho a estas gentes para volverlas así? ¿Como saben estos niños si yo los amo? Dejad, os lo ruego, que suba en el carro esta joven Sakya que nos arroja flores. ¡Qué bueno es reinar en un reino como éste; qué placer tan puro si esta gente está contenta porque voy entre ella! ¡Cuántas cosas me son útiles si estas casitas contienen bastante alegría para llenar de sonrisa nuestra ciudad! ¡Ve más de prisa, Tchanna! Pasa las puertas, y hazme ver desde luego este mundo encantador que desconocía." Entonces pasaron las puertas en medio de una jubilosa multitud que se aglomeraba en las calles; algunos corrieron delante de los bueyes, arrojándoles coronas; otros acariciaban sus flancos sedosos ; otros más les traían arroz y pasteles, y todos gritaban: "*¡Djai! ¡Djai* nuestro noble Príncipe!" De modo que todo el camino estaba lleno de rostros felices y de agradables espectaculos, siguiendo las ordenes del Rsy, cuando un miserable desarrapado, hosco y mugroso, salió tambaleándose del agujero en que se ocultaba, se arrastró a la mitad del camino; era viejo, muy viejo, y su piel arrugada, curtida por el sol se pegaba como un pellejo de bestia a sus huesos descarnados ; su rostro se encorvaba al peso de los largos años; sus órbitas rojizas estaban roídas por viejas lágrimas; sus ojos eran turbios y legañosos; sus mandíbulas desdentadas estaban contraídas por la parálisis y el espanto de ver tanta gente y tanta alegría. Una de sus manos flacas se apoyaba en un bastón gastado para sostener sus piernas vacilantes, y con la otra oprimía su pecho flaco, del que se escapaba un soplo penoso. "Dadme una limosna, buenas gentes — gemía —, porque moriré mañana o pasado." Luego le sacudió la tos, mientras continuaba con la mano tendida, parpadeando y refunfuñando en medio de su espasmo: "¡Una limosna!" Entonces los que le rodeaban lo arrastraron violentamente fuera del camino, diciendo: "¡Que no lo vea el Príncipe! ¡Vuelve a tu agujeso!" Pero Siddartha gritó: "¡Dejadle! ¡dejadle! Tchanna, quién es este ser que se parece a un hombre, pero del que seguramente tiene la apariencia nada más, tan encorvado está, tan miserable, horrible y espantoso? ¿Hay hombres que nacen hechos así? ¿Qué quiere decir con esas palabras: "moriré mañana o pasado. ¿Por qué no encuentra alimento están sus huesos tan visibles? ¿Qué desgracia hirió a este ser lastimoso?" Entonces el conductor del carro, respondió: "Príncipe encantador, sólo es un hombre viejo. Hace ochenta años su espalda estaba recta, claros sus ojos y sano su cuerpo; sin embargo, los años rapaces agotaron su savia, doblegaron su vigor y hurtaron su voluntad y su espíritu; su lámpara perdió el aceite, la mecha se carbonizó; lo que le resta de vida no es más que un vago fulgor que vacila antes de extinguirse: tal es el efecto de la edad; ¿Por qué se fijó en él Vuestra Alteza?" El Príncipe dijo entonces: "¿Pero esto les sucede a otros hombres, o a todos, o bien es raro que alguien llegue al estado de éste?" "Noble Señor — replicó Tchanna —, todas las personas presentes se tornarán como éste, si viven tan largo tiempo." "¿Pero —preguntó el Príncipe — si vivo tanto tiempo seré así, y si Yasodhara vive ochenta años, la vejez producirá en ella los mismos efectos? ¿Y le sucederá lo mismo a Djalini, a la pequeña Hasta, a Gautami, Gunga y las demás?" "Sí, Señor", respondió el conductor del carro. Entonces dijo el Príncipe: "Da vuelta y condúceme al palacio. Vi lo que no pensaba ver."

Y reflexionando en esto, Siddartha, pensativo, regresó a su corte encantadora, triste de humor y de semblante; no gustó a los blancos pasteles ni de los frutos servidos en la comida de la noche, ni concedió una mirada a las mejores bailarinas del palacio, que se esforzaban por cautivarle, y no despegó los labios si no fué para proferir estas tristes palabras, cuando Yasodhara, afligida, se arrojó a sus pies: "¿No tiene mi Señor la felicidad en mí?" "¡Ah! Querida esposa — dijo —, es la felicidad que mi alma padece al considerar que terminará, que los dos nos tornemos viejos, Yasodhara, sin amor, deformes, débiles, encorvados. Sí; aunque nuestros labios hayan unido nuestra vida y nuestro amor tan íntimamente que noche y día nuestros alientos se confunden, pasará entre nosotros el tiempo para llevarse mi pasión y tu gracia, como la noche negra borra los rayos rosados que brillan en la cima de los montes y poco a poco los cubre con su velo sombrío. He aquí lo que descubrí, y mi corazón se obcureció por completo de espanto a esta idea, y mi corazón entero no piensa sino en medio de preservar el amor de los ataques del tiempo implacable que envejece a los hombres." Y así pasó toda la noche, sin poder dormir ni consolarse.

Edwin Arnold.

EL ORIGEN DE LOS NAIPES

Con motivo de las representaciones en París, de la opereta bufa "Rapatipatoum", cuya acción se desarolla en el país de los naipes, en un país de 56 habitantes, con cuatro reyes, cuatro reinas, cuatro caballos, etc., se ha vuelto a hablar del origen de la baraja.

El abate Rive afirma que los naipes estaban en uso en España hacia el año 1330.

Consta así en un documento suscripto por la Orden de caballeros de la Banda, instituída en 1332, por Alfonso XI, en el cual se prohibe jugar dinero a las cartas.

Otros atribuyen la invención a los antiguos egipcios; pero la mayor parte de los autores que de este caso tratan suponen que el descubrimiento se debió a un francés cortesano, que con ese juego pretendía distraer en sus momentos lúcidos al demente Carlos VI.

El pintor Jacquenin Gringonneur, fué el primero que compuso naipes coloreados de oro, rojo, azul y verde.

Como ya se ha dicho muchas veces, el as (moneda romana) representa dinero, riqueza; el trébol indica producción; los corazones, el símbolo del amor.

David, Alejandro, César y Carlomagno, son los cuatro jefes o reyes. David representaba a Carlos VII.

Las damas eran Agnés Sorel, María de Anjou, Juana de Arco y Judith, la emperatriz, esposa de Luis.

Los caballeros son Ogier y Lancelote, del tiempo de Carlomagno, y La Hire y Héctor, dos grandes capitanes de Carlos VII.

Los cuatro caballeros representaban la nobleza, y los diez, los nueves, los ocho y los sietes, designaban los soldados.



La flor de la salud

—No lo oude usted — declaró el médico, afirmándose las gafas con el pulgar y el anular de la abierta mano izquierda. — He realizado una curación sobrenatural, milagrosa, digna de la piscina de Lourdes. He salvado a un hombre que se moría por instantes, sin recetas ,ni píldoras, ni directorio, ni método... sin más que ofrecerle una dosis del licor verde que llaman esperanza.... y proponerle un acertijo...

—¿Higiénico?

—¡Botánico!

— Y quién era el enfermo?

—El desahuciado, dirá usted; Norberto Quiñones.

—¡Norberto Quiñones! Ahora sí que admiro su habilidad, doctor, y le tengo más que por médico, por taumaturgo. Ese muchacho, que había nacido robusto y fuerte, al llegar a la juventud se encenagó en vicios y se precipitó a mil enormes disparates, apuestas locas y brutades regodeos: tal se puso, que la última vez que le vi en sociedad no le conocía: creí que me hablaba un espectro, un alma del otro mundo.

—El mismo efecto me produjo a mí— repuso el doctor. — Difícilmente se hallará demacración semejante ni ruina fisiológica más total. Ya sabe usted que Norberto, rico y refinado, vivía en un piso coquetón, muy acolchadito y lleno de baratijas: su cama, que era de esas antiguas, salomónicas y con bronces, la revestían paños bordados del Re-



nacimiento, plata y raso carmesí. Pues le juro a usted que en la tal cama, sobre el fondo rojo del brocado, Norberto era la propia imagen de la muerte: un difunto amarillo, con la tez de cera y ojos de cristal. Para contraste, a su cabecera estaba la vida, representada por una mujer mórbida, ojinegra, de cutis de raso moreno, de boca de granada partida, de lozanísima frescura y alarmante languidez mimosa — la enfermera que manda al diablo a sus favoritos, para que les disponga según conviene el cuerpo y el alma.

Norberto me alargó la mano, un manojo de huesos cubiertos por una piel pegajosa que ardía y trasudaba, y mirándome con ansia infinita, me dijo cavernosamente:

—No me deje usted morir así, doctor. Tengo veintiseis años y me da frío la idea de invernar en el cementerio. Es imposible que haya usted agotado todos los recursos de la ciencia.

¡El ruego me conmovió, y eso que la práctica nos endurece tanto! Tuve una inspiración; sentí un chispazo perecido al que debe percibir el creador, el artista... y con los ojos hice seña de que la individua estorbaba.

—Vete, niña, — orden sin más explicaciones Norberto; y nos quedamos solos.

Le apreté la mano con energía, y sacando el pomo del consabido licor verde, lo derramé en sus labios a oleadas.

—Animo — le dije. — Usted va a sanar pronto. Volverá usted a tener vigor en los músculos, hierro en la sangre, oxígeno en el pulmón; las funciones de su organismo serán otra vez normales, plácidas y oportunas; el ritmo de la salud hará precipitarse el torrente vital, rápido y gozoso, de las arterias al corazón, y subiéndolo luego al cerebro despejado, engendrará en él las claras ideas del presente y los dorados sueños del porvenir... Estoy seguro de lo que prometo, seguro, ¿lo oye? usted sanará. No debo ocultarle a usted que la ciencia, lo que se dice la ciencia, ya no me ofrece recurso alguno nuevo, ni útil. Humanamente hablando, no tiene usted cura; pero donde acaba la naturaleza principia lo sobrenatural y portentoso, que no es sino lo *desconocido o inclasificado*... La casualidad me permite ofrecer a usted el misterioso remedio que le devolverá instantáneamente todo cuanto perdió.

Cualquiera pensaría que al hablarle así a Norberto, iba a mirarme con honda desconfianza, sospechando una piadosa engañifa. ¡Ah, y qué poco conocería el que tal imaginase la condición de nuestro espíritu, en cuyos ocultos repliegues late permanentemente la *credulidad*, dispuesta a adoptar forma superior y llamarse *fe!*

Los ojos de Norberto se animaban: un tinte rosado se difundía por sus pómulos. Ansioso -incorporado casi, se cogía a mi levita, interrogándome con su actitud.

—Hay — le dije — una flor que devuelve instantáneamente la salud al que tiene la fortuna de descubrirla y cortarla por su propia mano. Esta condición ineludible y el no saberse dónde ni cuándo se produce la tal flor, son causa de que hasta hoy se hayan aprovechado de ella poquísimos enfermos. Digo que no se sabe dónde ni cuándo se produce, porque si bien suele encontrarse en las más altas montañas, también afirman que brota en la orilla del mar, a poca profundidad, entre las peñas; pero a veces, en leguas y leguas de costa o de monte no aparece ni rastro de la flor. En cambio tiene la ventaja de que no puede confundirse con ninguna otra: ¡imagínese usted la alegría del que la ve! Es del tamaño de una avellana: su forma imita bastante bien la de un corazón; el color, encarnado vivísimo; el olor, a almendra. No la equivoca usted, no. Pero si va usted acompañado; si es otro el que la coge... entonces, amiguito, haga usted cuenta que perdió malamente el tiempo.

No afirmo que Norberto creyese a pies juntillas lo que yo iba diciéndole con imperturbable seriedad y calor persuasivo. Si he de ser franco, supongo que dudó, y hasta me tuvo a ratos por un patrañero, un visionario o un socarrón importuno. Sin embargo, yo sabía que mis palabras no habían de caer en saco roto, porque a la larga siempre admitimos lo que nos consuela, y más en la suprema hora en que nos invade la desesperación y quisiéramos agarrarnos aunque fuese a un hilito de araña. La expresión del rostro de Norberto cambió dos o tres veces; le vi pasar del escepticismo a la confianza loca, y por último, tomándome la mano entre las suyas febriles, exclamó trémulo de afán:

—¿Puede usted jurarme que no se está burlando de un moribundo?

No sé si usted conoce mi modo de pensar en esto del juramento. Le atribuyo escasísimo valor: es una fórmula caballeresca, romántica e idealista, que entraña la afirmación de la inmutabilidad de nuestros sentimientos y convicciones —de que se derivan nuestros actos, — siendo así que la idea y la acción nacen de circunstancias actuales, vivas y urgentes. No dando valor al juramento, mi moral tampoco se lo da al perjurio. Juré en falso, pues, con absoluta frescura, calma y convencimiento de hacer bien: y juré en falso invocando el nombre de Dios, en la seguridad de que Dios, que es benigno, también quería que el milagro se hiciese...

Y empezó a hacerse desde aquel mismo punto. Norberto, electrizado con la certeza de poder vivir, se irguió, se echó de la cama, sin ayuda de nadie fué hasta la puerta, llamó a su ayuda de cámara, y le ordenó preparar, inmediatamente, maletas y mantas de camino...

—¿Solito, eh? —le repetí. — ¡No olvidarse!

¡Solito! Ya lo creo que se fué solito Norberto. Desde su partida todas las mañanas me desperté con miedo de recibir la esquela orlada de luto. Pasó, sin embargo, año y medio; encontré a los amigos del enfermo; averigüé que nada se sabía de su paradero, pero que vivía. Y al cabo de dieciocho meses, una tarde que me disponía a salir y ya tenía el coche enganchado para la visita diaria, entró como un huracán un fornido mozo, de traje gris, de hongo avellana, de obscura barba, de rostro atezado, que me estrujó con ímpetu entre los brazos musculosos y recios.

—¡Soy yo!—repetía en voz sonora y alegre.—¡Norberto! ¿No me conoce usted? No me extraña; debo estar algo variado... ¿Qué le parezco? ¡Cuánto se ha reído usted de mí! Y lo peor es que ha hecho muy bien, muy bien. Si no es por usted, no encuentro la flor de la salud. ¿La ve usted? Aquí la traigo.

Abrió un estuche de cuero de Rusia y vi brillar sobre raso blanco un alfiler de corbata de un solo rubí, cercado de brillantes, en forma de corazón, que me entregó entre empujones amistosos y carcajadas.

—La he buscado primero a orillas del mar. Todos los días registraba las peñas. Al principio me cansaba tanto, que me daban síncopes largos en que pensé quedarme. Pero me sostenía la ilusión le descubrir la flor. El aire del mar y el perseverante ejercicio me prestaron alguna fuerza. Ya no me arrastraba: andaba despacio. Registré bien la costa,



peñón por peñón: la flor no la vi. Entonces me interné en un valle muy rústico y retirado. Me pasaba todo el día agachadito, busca que te buscarás. Vivía entre aldeanos. Comía pan moreno, bebía leche. A cada paso me encontraba mejor... ¡Usted adivina lo demás! De allí subí a las montañas, nevadas y fieras, que en otro tiempo me parecían horribles... Trepé a los picachos, recorrí los desfiladeros, evité los aludes, cacé, tuve frío, dormí a dos mil metros sobre el nivel del mar... Y un día, embriagado por el ambiente purísimo, sintiendo carnes de acero bajo mi piel de bronce, recuerdo que caí de rodillas en una meseta, y creí ver entre el musgo nuevo, húmedo y escarchado por el deshielo, la roja flor!

—¡Pues ahora — advertí al mozo — que se ha cogido la flor, a cuidarla! ¡Que no se seque!

Norberto volvió la cara... Al anochecer del día siguiente le vi por casualidad de lejos; acompañaba a una mujer, y me pareció que se escurría entre callejuelas, para no tropezarme. Entonces (me había dejado sus señas) le escribí este lacónico billetito:

"El santo Doctor*** no repite milagros."

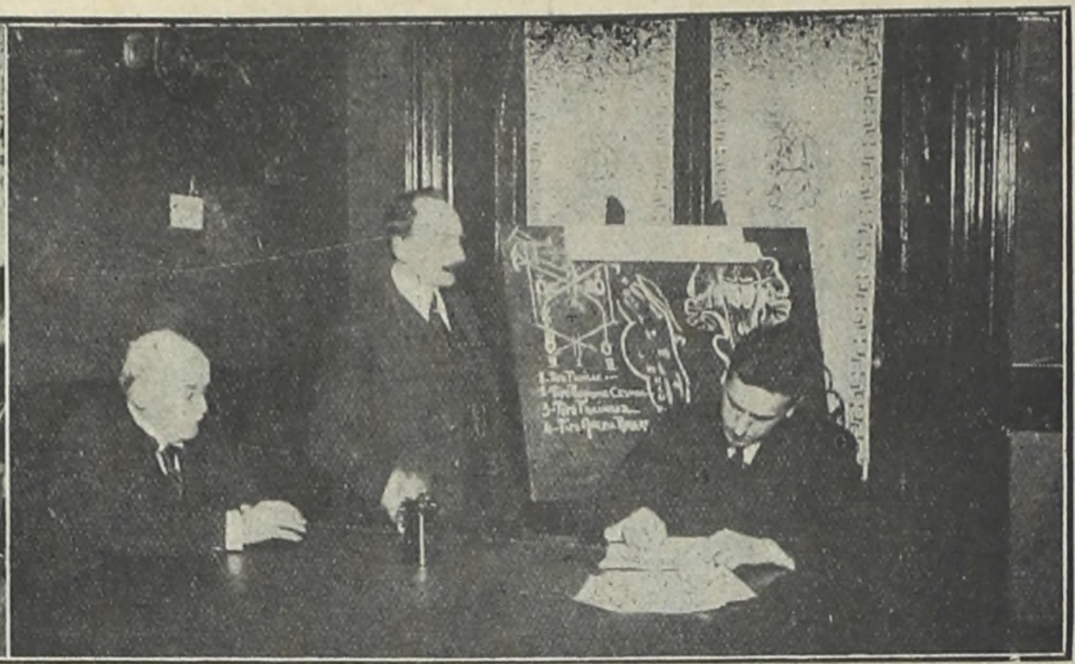
Emilia Pardo Bazán

Alejandro Magno fué el que descubrió que las chauchas son comestibles e introdujo en Grecia las cebollas para alimento de sus tropas

En tiempos de Enrique VIII, una de las penas capitales que se usaban en Inglaterra era la de hervir a los delincuentes



Grupo de damas en el The Danzante de "Entre Nous" a beneficio de los premios a la Virtud



El Dr. Ricardoni dando su conferencia en el Ateneo sobre encefalitis letárgica, donde hizo también uso de la palabra el Dr. Isola



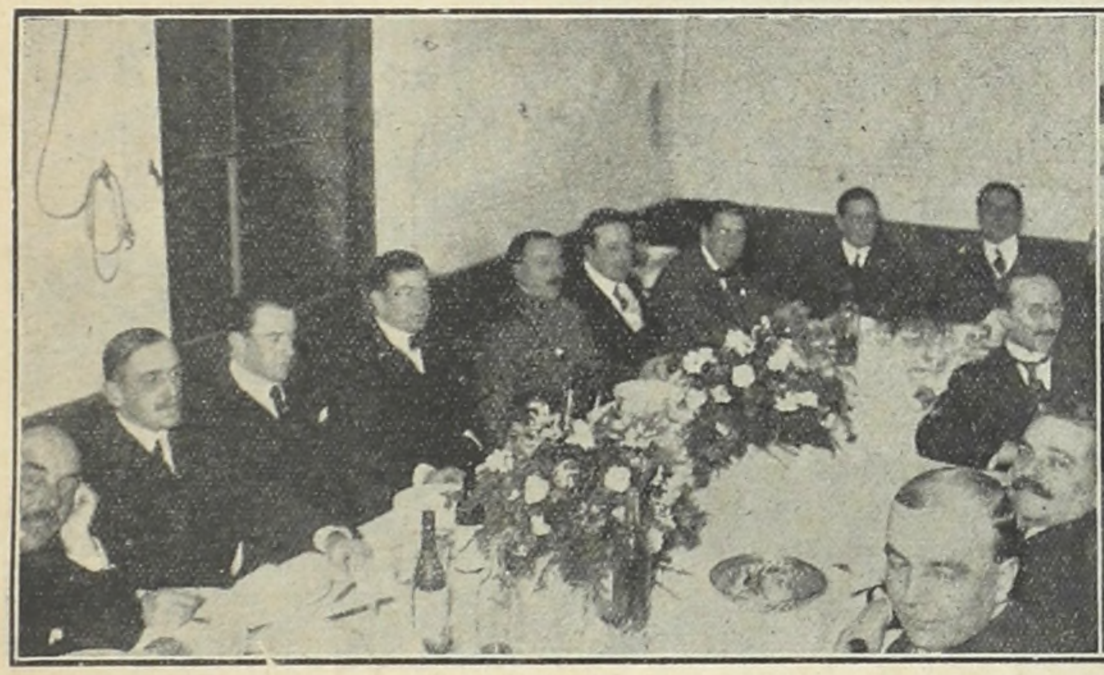
Alegoría expuesta en el altar mayor de la Cadetral durante la ceremonia.



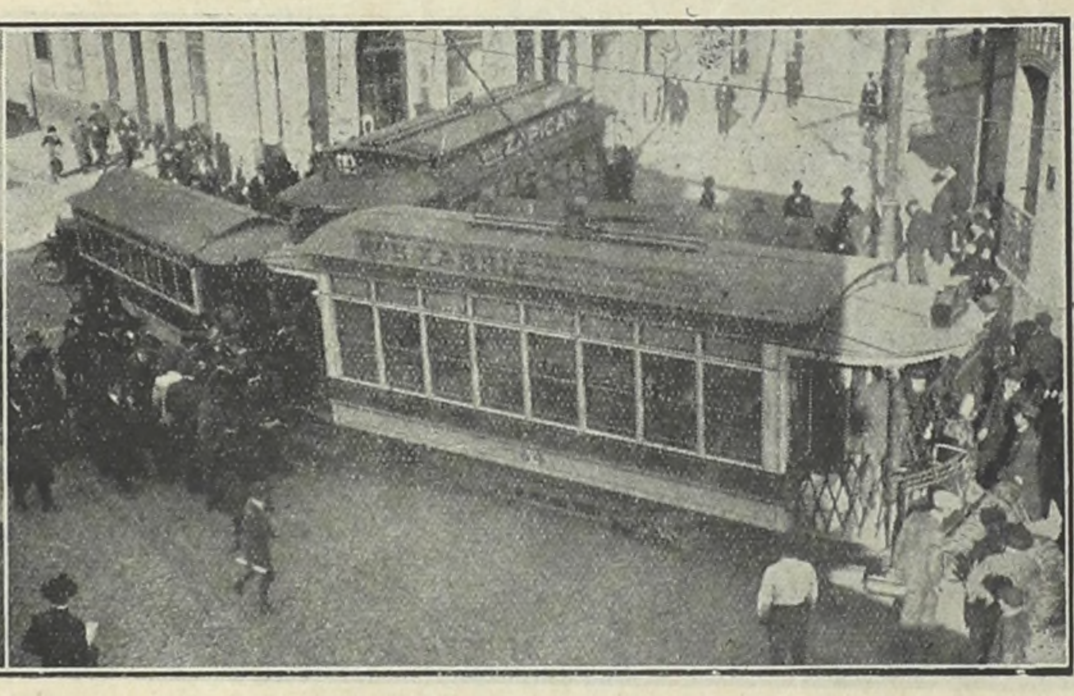
Frente a la Catedral después de la misa celebrando la canonización de Juana de Arco



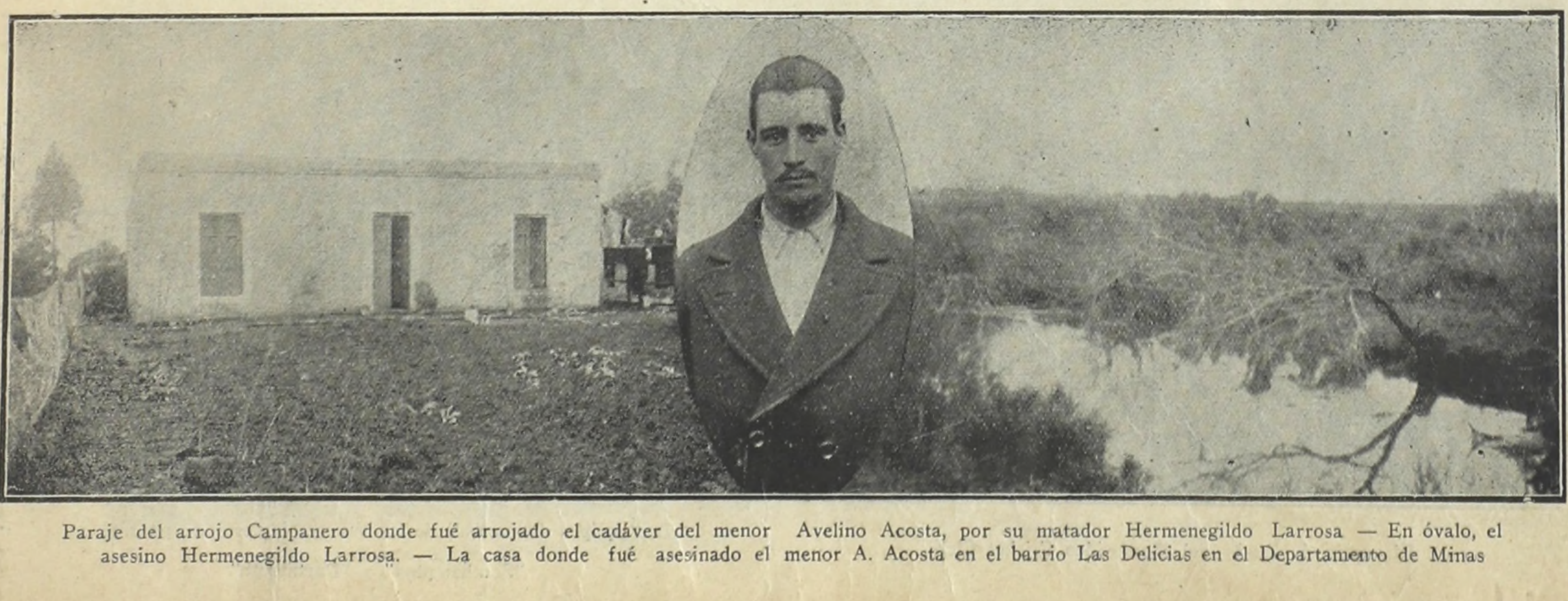
Enlace Cortinas - Ilarraz



Cabecera del banquete ofrecido por los socios del Círculo de Armas en honor a los señores Domingo Aphesteguy y Anibal Falco despidiéndolos de la vida de soltero

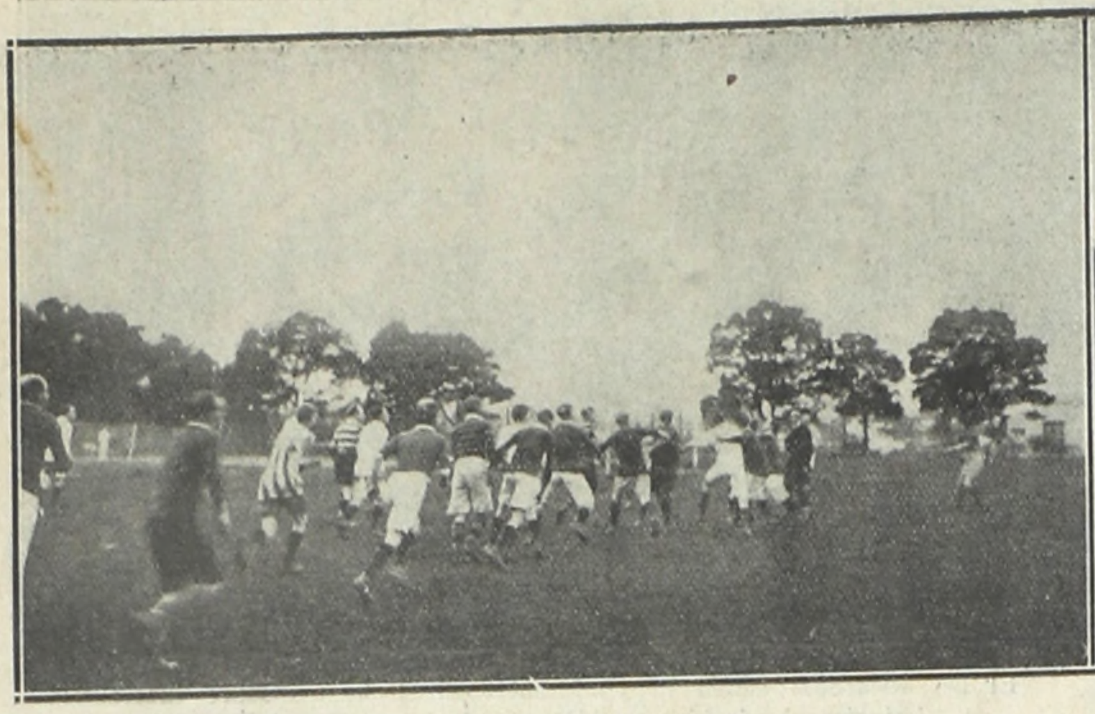


Choque de tranvías en que uno de los guardas se fracturó una pierna en la calles Paysandú y Andes



Paraje del arrojo Campanero donde fué arrojado el cadáver del menor Avelino Acosta, por su matador Hermenegildo Larrosa — En óvalo, el asesino Hermenegildo Larrosa. — La casa donde fué asesinado el menor A. Acosta en el barrio Las Delicias en el Departamento de Minas

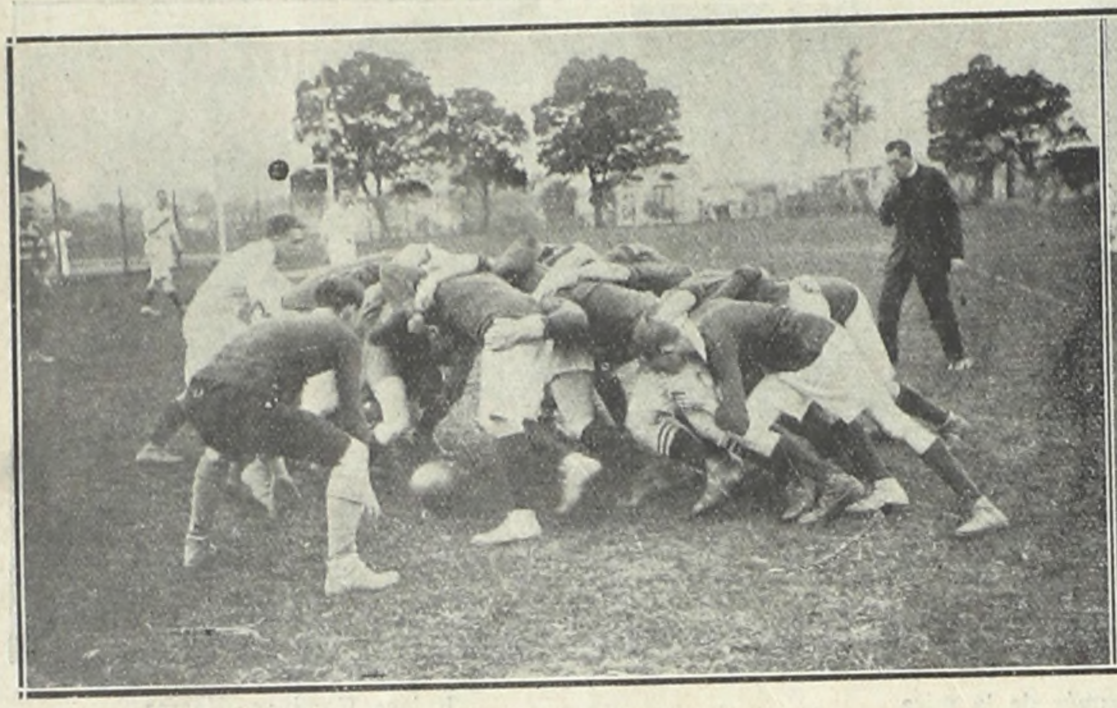
EL RUGBY EN MONTEVIDEO



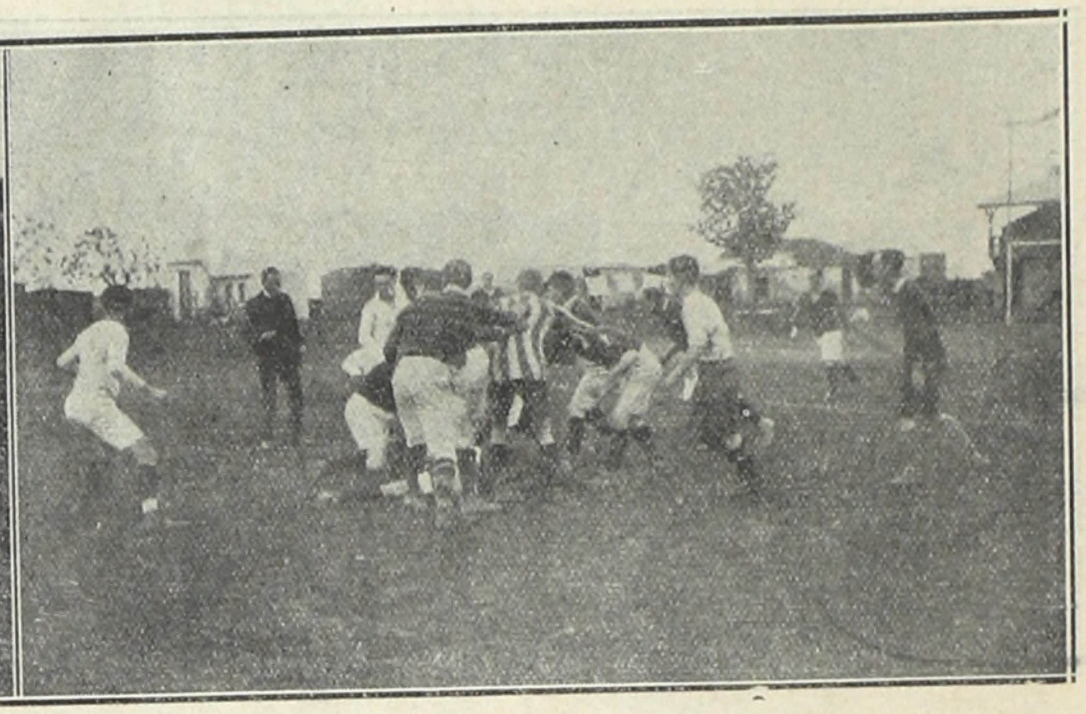
Juego en media cancha



Una pelea por la pelota



Un "Scrum"



Uu "Scrum" abierto



Un avance de los forwards



El equipo de Rugby del vapor de guerra británico "Dartmouth"
ganador del equipo del M. C. C.



El equipo de Rugby del Montevideo Cricket Club



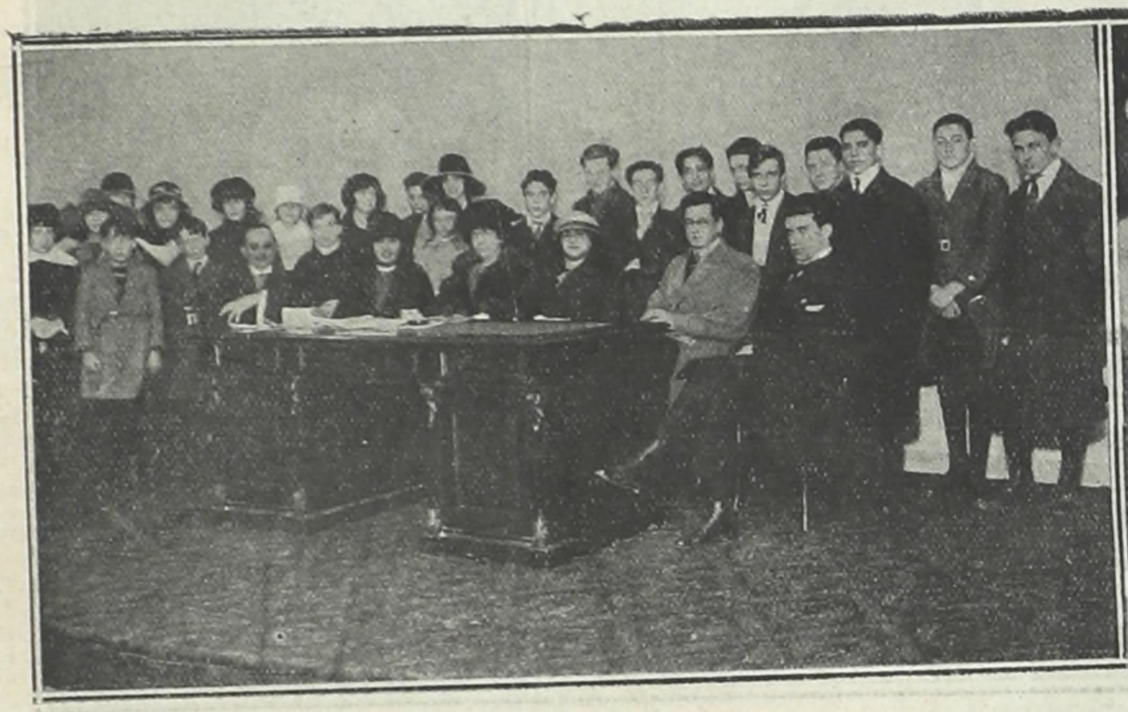
Los equipos de football de los vapores ingleses de guerra
"Southampton" y "Dartmouth"



Los estudiantes de Economía Política con su catedrático Dr. Manini y Ríos y alto personal del Frigorífico Swift en pose para nuestra revista



Aspecto de la mesa durante el banquete ofrecido por el Frigorífico Swift a los estudiantes de Economía Política



Algunos de los Teams que recolectan fondos en las escuelas para el monumento a Rodó



Los niños organizadores de la colecta pro monumento Rodó en las escuelas entregando el dinero recolectado



La conferencista Mlle. Bontoux rodeada por damas de la Unión Jeaune D'Arc después de la conferencia en el Cine Doré



Uno de los Kioscos en la Kermesse del Club Oriental



Bodas de oro de los esposos Reinoso - Vinelli



Concurrentes a la fiesta ofrecida por los esposos Giuria Vitale



Grupo de amistades de la Sta. Panchita S. Barceló que asistieron a la fiesta de su cumpleaños



Aspecto del biógrafo Paso de Molino en la fiesta de la Sociedad "Cristobal Colón"



Enlace Traivel - Odila Larroque



Cabecera del banquete de los socios del "Club Suizo" en la primera de una serie de reuniones invernales



María Julia Rela Jaumagena



Grupo de damas en el recibo del "Club Italia"



Grupo de invitados en casa de la familia Latorraca en el onomástico de la señorita María Angélica



Miembros de la Asociación Cultural Española con el Director de Diario Español rodeando al sabio señor Blás Cabrera



Señores Pereira Rodríguez (N.º 1), Américo G. Vila, Director (N.º 2) y señor Sierra Caracciolo (N.º 3) del Liceo de Melo acompañados por algunos discipulos.



EL TERROR DE LOS MINISTROS

Por Pedro de Novo Colson

I

En el año 1853, el Sr. Caraveco era un digno empleado con seis mil reales en la provincia X. Nunca había discutido sobre política, y elogiaba a todos los gobiernos; su preocupación única consistía en mantener a su mujer y a sus hijos, de nómina a nómina, sin solución de continuidad. Trabajador concienzudo, no tenía ambiciones y se juzgaba feliz.

Pero un día le llamó su jefe y díjole entristecido: —¿Sabe usted, Sr. Caraveco, que ha cambiado la situación política?

—Sí, señor.

—¿Y que ahora tenemos de presidente del gobierno y ministro del ramo al señor conde de San Luis?

—¡Ah! ¡excelente persona!

— Pues esa excelente persona le deja a usted cesante, mi buen amigo. Vea usted la comunicación... y créame que lo siento en el alma.

El Sr. Caraveco abrió los ojos y la boca, palideció y dejó caer su sombrero.

—¡Cesante! — murmuró cuando pudo. — Pero el señor ministro ignorará que tengo mujer y seis hijos?

—Eso asegúrelo usted.

— Pues lo sabrá, sí, lo sabrá... ¡iré a Madrid!

Y el Sr. Caraveco, consternado, pero resuelto, salió de la oficina, entró en su casa, recogió las migajas de su hucha, besó a su media docena de vástagos y ocupó un asiento de la diligencia que salía para la corte.

II

El Sr. Caraveco había estado en Madrid durante cuatro o cinco años de su juventud, pero no conocía a ninguna persona de valimiento político

Esto le inquietaba poco a poco, pues confiaba en su buena causa, y en que un ministro honrado no había de condenarle a la miseria.

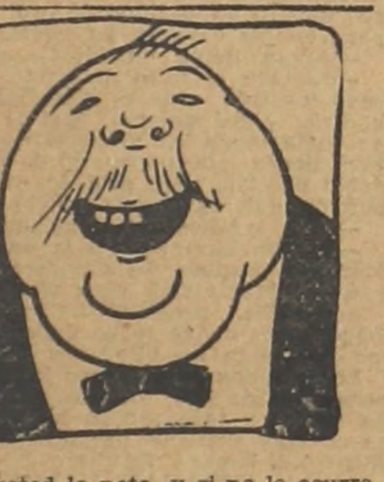
— Lo malo es que esos señores necesitaban memoria, mucha memoria, y no todos gozan de la que han menester — solía repetirse.

Nuestro hombre pidió una audiencia al conde de San Luis, y la obtuvo.

—¿Quién es usted y qué desea?—le preguntó el conde.

— Señor, soy Caraveco; empleado cesante, con mujer, seis hijos y buenos informes. Deseo mi reposición, si vuestra excelencia se digna...

—Procuraré complacerle, ya veremos si es posible — contestó el ministro se-



— Deje usted la nota, y si no le ocurre otra cosa...

Pero transcurrieron cuarenta y ocho horas y... nada para el Sr. Caraveco! Este le halló explicación muy fácil.

—La pícara memoria... eso es.

Por consiguiente, nuestro hombre se trasladó al patio del ministerio de la Gobernación, y allí estuvo de centinela hasta que llegó el coche del presidente. Apenas se detuvo aquél, corrió Caraveco, y anticipándose, abrió con una mano la portezuela, y con la otra se quitó el sombrero. El conde, al bajar, le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Señor, soy empleado cesante, con mujer y seis hijos.

—¡Ah! sí, ya recuerdo; pero he dicho a usted que haré lo posible...

—Mil gracias, excelencia.

Pero no culpemos a Caraveco de la rebelde memoria del ministro, y como ésta era el único escollo, pues su voluntad estaba bien vista y expresada, aquél fué a encontrarlo algunas noches después en la escalera de su propia casa, y con la misma actitud humilde le dijo saludándole:

—Señor, soy Caraveco; empleado cesante, con mujer y seis hijos...

—¿Otra vez? — exclamó el conde reconociéndole. — No necesita usted molestarse más, señor...

—...Caraveco... Caraveco... Cara...

—¡Bien, bien, le tendré presente! — replicó el ministro apretando el paso.

En aquellos días el conde cayó enfermo de un enfriamiento, que a nadie preocupó por lo leve; pero cada mañana le llevaban al lecho con los periódicos una tarjeta concebida así:

Al Excmo. Sr. Presidente de Ministros
B. L. M.
J. CARAVECO
(empleado cesante, con mujer y seis hijos) que hace votos por su preciosa salud.

Estas tarjetas ayudaron a sudar al conde y a restablecerse.

Mas cuando salió de nuevo, halló en la puerta al cesante que le felicitaba, y no pudo contener su enojo.

—Señor mío: agradezco tantas atenciones; pero siento decirle terminantemente que nunca me será posible colocarlo.

Y mientras el ministro partía en su coche, el pobre Caraveco murmuraba:

—¿Qué oigo? El señor conde tiene ya buena memoria; mas ahora le falta vo-



luntad... ¡Yo la conquistaré con paciencia!

Y puede decirse que entonces fué cuando comenzó su campaña Caraveco.

Si el ministro iba a la iglesia, allí estaba nuestro hombre colocado entre aquél y el altar, e inevitablemente visible. Si iba al teatro, al entrar y al salir, murmuraban a su oído:

"Señor Caraveco, cesante, con mujer y seis hijos..."

En el Congreso y el Senado, siempre encontraba el eterno Caraveco, primeramente en la puerta y luego en la tribuna de orden, celebrando con palmas los elogios dirigidos al gobierno.

El conde de San Luis había agotado todos los medios para librarse del de Anjou, uana de Arco y Judith, la importuno: ni el desdén, ni la burla, ni el enfado, ni la amenaza, fueron eficaces. Era impotente contra aquel hombre fantasma, siempre humilde, respetuoso, suplicante. ¿Qué había de hacer con él? ¿De qué delito podría acusarle?

Pero es lo cierto qué el conde no podía apartar ya de su imaginación al cesante, y que a veces le preocupaba más el fastidio del próximo encuentro ineludible, que un negocio del Estado. Llegó a repetir a solas maquinalmente aquel nombre que le ponía nervioso, y aun al acostarse, miraba debajo de la cama, inseguro de que el cesante no se hubiera escondido allí para dirigirle su plegaria.

Por último, desesperado, aburrido, el conde tomó una resolución heroica.

Aquel día, al bajar del coche en el ministerio, en vez de increpar duramente a Caraveco, le dijo:

—¡Sígame usted!... ¡Venga usted a mi despacho!

El cesante obedeció temeroso, y poco después se hallaba en frente del ministro, que ocupaba su poltrona.

—¿De qué sueldo gozaba usted?

—Señor, de seis mil reales.

—Bueno, pues tome usted esta credencial de diez mil reales para las islas Canarias. Pero le advierto y le juro que si dentro de veinticuatro horas está usted aún en Madrid, le meto en la cárcel. Lo mismo le ocurrirá si se atreve a volver. Puede usted marcharse.

Caraveco, aturdido, confuso, emocionado, no respondió palabra; recogió su credencial y escapóse como una saeta.

El ministro supo por la policía que aquella misma tarde había salido Caraveco de Madrid.

Y entonces respiró.

III

Once años después de este verídico suceso, era Narváez jefe del gabinete y D. Luis González Brabo ministro de la Gobernación. Un día vióse éste compelido con urgencia a remover varios empleados para colocar otros, y a fin de no dar *palos de ciego*, esto es, sobre los amigos de sus amigos, pidió el libro registro de recomendaciones.

—Vamos —dijo al jefe del personal, —¿cuáles son, entre los más antiguos, los menos acorazados?

Del examen resultó que el más débil poseía las conchas de un caimán.

Sólo uno aparecía huérfano de toda defensa.

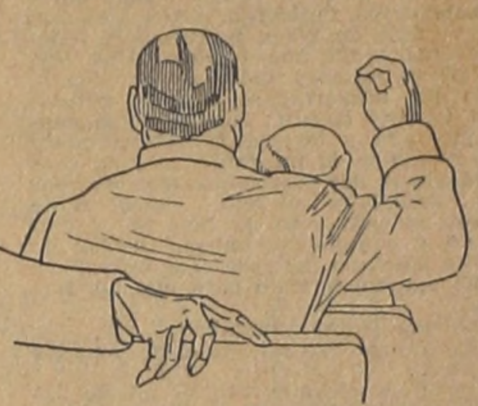
—Y a este Sr. Caraveco, ¿nadie le ha recomendado? — preguntó el ministro.

No, señor... y si a V. E. le parece...

—Sí, hombre, sí, desde luego.

Fuése el jefe del personal, y González Brabo quedó buscándole explicación al fenómeno de que aquel empleado hubiera permanecido once años en su puesto.

Con efecto, desde 1853 a 1864 habían sido ministros de la Gobernación los Sres. Santa Cruz (D. Antonio y D. Francisco), Huelbes, Escosura, Ríos Rosas,



Nocedal, Armero, Bermúdez de Castro, Ventura Díaz, Fernández de la Hoz, Posada Herrera, Calderón Collantes, el marqués de la Vega de Armijo, Rodríguez Vaamonde, el marqués de Miraflores, Cánovas del Castillo y D. Alejandro Mon. ¿Cómo es que ninguno se había visto en la triste precisión de sacrificar al inofensivo Sr. Caraveco?

El gran estadista y hombre de mundo, más curioso cada vez, inclinóse sobre el libro y entonces distinguió algunas palabras medio borrosas escritas con lápiz, de puño y letra del conde de San Luis, a continuación del nombre de Caraveco. Estas palabras decían:

—*¡Ay de quien le toque!*

Apenas las hubo leído González Brabo, oprimió el timbre con fuerza y escribió también al margen:

—¡No seré yo!

El hipocampo de oro

I

Como la cabellera de una bruja tenía su copa la palmera que, con las hojas despeinadas por el viento, semejaba un bersaglieri vigilando la casa de la viuda. La viuda se llamaba la señora Glicina. La brisa del mar había deshilachado las hermosas hojas de la palmera; el polvo salitroso, trayendo el polvo de las lejanas islas, había'a tostado de un tono sepia y, soplando constantemente, había inclinado un tanto la esbeltez de su tronco. A la distancia nuestra palmera dijérase el resto de un arco antiguo suspendiendo aun el capital caprichoso.

La casa de la señora Glicina era pequeña y limpia. En la aldea de pescadores ella era la única mujer blanca entre los pobladores indígenas. Alta, maciza, flexible, ágil, en plena juventud, la señora Glicina tenía una tortuga. Una tortuga obesa, desencantada, que a ratos, al medio día despertábase al grito gutural de la gaviota casera; sacaba de la concha facetada y terrosa la cabeza chata como el índice de un dardo; dejaba caer dos lágrimas por costumbre, más que por dolor; escrutaba el mar; hacía el de siempre sincero voto de fugarse al crepúsculo y con un pesimismo estéril de filosofía alemana, hacíase esta reflexión:

—El mundo es malo para con las tortugas.

Tras una pausa agregaba:

—La dulce libertad es una amarga mentira...

Y concluía siempre con el mismo estribillo, hondo, fruto de su experiencia.

Metía la cabeza bajo el romo y facetado caparazón de carey y se quedaba dormida.

II

Pulcro, de una pobreza solemne y brillante, era el pequeño rancho de la señora Glicina, cuyas pupilas eran negras y pulidas como dos espigas, y tan grandes que apenas podía verse un pequeño triángulo convexo entre estas y los párpados. Sus ojos eran en suma, como los de los venados. Blanca era su piel como la leche oleosa de los cocos verdes; más con ser armoniosa como una ola antes de reventar, se notaba en la señora Glicina una belleza en camino, una perfección en proceso, algo que parecía que iba a congelarse en una belleza concreta. Se diría el boceto en barro para una perfecta estatua de mármol.

III

Mas la señora Glicina, no era feliz: viuda y estéril. Decir viuda no es más que decir que su amor había muerto, porque en aquella aldea de la costa marina el matrimonio era cosa de poca importancia. Un día había aparecido en el lejano límite del mar un barco extraño. Era como un antiguo galeón de aquellos en que Colombo emprendiera la conquista del Nuevo Mundo. Cuadradas y curvas velas, pequeños mástiles proa chata y áurea sobre la cual se destacaba un monstruo marino. La nave llegó a la orilla en el crepúsculo pero no tenía sino un tripulante, un gallardo caballero, de brillante armadura, fiel retrato del Príncipe Lohengrin, el rutilante hijo de Parsifal. Aquella noche el caballero pernoctó en la casa de la señora Glicina. Durmió con ella sin que ella le preguntara nada, porque ambos tenían la conciencia de que eran el uno para el otro, se habían presentido se necesitaban, se confundieron en un beso, y, al alba, la dorada nave se perdió en la neblina con su gallardo tripulante. Aquel amor breve fué como la realización de un mandato del Destino. Y la señora Glicina fué desde ese momento la viuda de la aldea.

IV

Pasaron tres años. Tres meses. Tres semanas: Tres noches, y al cumplirse esta fecha, la señora Glicina se encaminó por la orilla, hacia el sur. Poco a poco fué alejándose de su vista el caserío. Las chozas de caña y estera fueron empequeñeciéndose; las palmeras, a la distancia, parecían menos esbeltas y se difuminaban en el aire caliente que salía del arenal brillante como en acción de gracias al sol. Las barcas, con sus velas trianguladas, se recostaban sobre la línea del mar y aparecían pequeñas sobre la rizada extensión. La señora Glicina iba dejando sobre la orilla húmeda las delicadas huellas de sus pies breves.

—¿A dónde vas, señora?— le dijo un viejo pescador de perlas—No avances más porque en este tiempo suele salir del mar el Hipocampo de oro en busca de su copa de sangre...

—¿Y cómo sabré yo si ha salido el Hipocampo de oro? — interrogó la señora Glicina.

—Por las huellas fosforescentes que deja en la arena húmeda, cuando llega la noche...

Avanzaba la viuda y encontró a un pescador de corales:

—¿A dónde vas, señora? — le dijo. — No tienes miedo al Hipocampo de oro? A estas horas suele salir en busca de sus ojos, — Agregó el mancebo.

—Y cómo sabré yo si ha salido el Hipocampo de oro?

—En el mar se oye su silbido estridente cuando cae la noche y crece el silencio...

Caminaba la viuda y encontró a un niño pescador de carpas:

—¿A dónde vas, señora? — le interrogó. — No tardará en salir el Hipocampo de oro por el azahar del Durazno de las dos almendras....

—¿Y cómo sabré yo dónde sale el Hipocampo de oro?

—En el silencio de la noche cruzará un pez con alas luminosas antes que él aparezca, sobre el mar...

Caminaba la viuda. Ya se ponía el sol. En la tarde de púrpura, su silueta se tornaba azulina. Caía la noche cuando la viuda se sentó a esperar en una pequeña ensenada. Entonces comenzó a encenderse una huella en la húmeda orilla. Un pez luminoso brilló sobre las olas, un silbido estridente agujereó el silencio. La luna cortada en dos por la línea del horizonte se veía clara y distinta. Un animal rutilante surgió de entre las aguas agitadas y, en las tinieblas, su cuerpo parecía nimbado como una nebulosa en una noche azul. Tenía una claridad lechosa y vibrante. Chasqueó las olas espumosas y empezó a llorar desconsoladamente.

—Oh, desdichado de mí—decía — soy el más infeliz de mi reino. ¡Cuánto más dichosa es la carpa más ruin de mis estados!

—Por qué eres tan desdichado, señor? —Interrogó la viuda. — Un rey bien puede darse la felicidad que quiera. Todos sus deseos serán cumplidos. Pide a tus súbditos la felicidad y ellos te la darán..

—Ah, gentil y bella señora—repuso el Hipocampo de oro — Mis súbditos pueden darme todo lo que tienen, hasta su vida que es suya, pero no la felicidad. ¿Qué me va en estos criaderos de perlas negras que me sirven de alfombras? ¿De qué me sirven los corales de qué está fabricado mi palacio en el fondo de las aguas sin luz? Para qué quiero los innúmeros ejércitos de lacmas que iluminan el oscuro fondo marino cuando salgo a visitar mi reino? ¿De qué los bosques de yuyos cuyas hojas son como el cristal de mil colores? Yo puedo hacer la felicidad de todos los que habitan en el mar, pero ellos no pueden hacer la mía, porque siendo yo el rey tengo distintas necesidades y deseos distintos de mis siervos; tengo distinta sangre. —¿que necesidades son esas, señor Hipocampo de oro? —interesóse la señora Glicina.

—Es el caso, señora mía—agregó éste —que tengo una conformación orgánica algo extraña. Solo hay un Hipocampo, es decir, solo hay una familia de Hipocampos. Se encuentran en el fondo del mar toda clase de seres; verdaderos ejércitos de ostras, carpas anguilas, tortugas... Hipocampos no habemos sino nosotros...

—Y vuestros siervos saben que vos padecéis tales necesidades?

—Esa es mi fortuna; que no lo sepan. Si mis siervos supieran que su rey podía tener deseos insatisfechos, cosas inaccesibles, perderían todo respeto hacia la magestad real y me creerían igual a ellos Mi reino caería hecho pedazos. Y, apesar de todos los dolores, señora mía ser rey es siempre un grato consuelo, una agradable preeminencia...

Y agregó con una profunda tristeza:

—No hay más grande dolor que ser rey, la sangre y por el espíritu y vivir rodeado de plebeyas gentes, sin una corte siquiera, capaz de comprender lo que es el alma de un rey.

—¿Y se puede saber, señor Hipocampo de oro, en qué consisten esas necesidades y cuál es la causa de tan doloridas quejas?

Acercóse a la orilla el Hipocampo de oro; alióse a las aletas de plata incrustadas de perlas grandes como huevos de paloma y a flor de agua, mientras su cola se se agitaba deformándose en la linfa, dijo:

Me ocurre, señora, una cosa muy singular. Mis ojos mis bellos ojos — y se los acarició con la cresta de una ola - mis bellos ojos no son míos...

—¿No son vuestros, señor Hipocampo de oro?- exclamó asustada la viuda.

—Mis bellos ojos no son míos — agregó bajando la cabeza mientras un solloso estremecía su dorado cuerpo — Estos ojos que véis no me durarán sino hasta mañana, a la hora en que el horizonte corte en la mitad el disco del sol. Cada luna, yo debo proveerme de nuevos ojos y si no consigo estos ojos nuevos volveré a mi reino sin ellos. No solo es esto. Cada luna yo debo proveerme de mi nueva copa de sangre, que es la que da a mi cuerpo esta constelada brillantez; y si no la consigo volveré sin luz. Cada luna debo proveerme del azahar del durazno de las dos alendras que es el que me da el poder de la sabiduría para mantener sobre mí la admiración de mi pueblo y si no lo consigo volveré sin elocuencia y sería el último de los peces yo que soy el primero de los reyes. Mis súbitos no necesitan la sabiduría e ignoran dónde se nutre, de dónde viene la luz; no comprenden la belleza e ignoran donde reside el secreto de los ojos...

La señora Glicina guardó silencio un breve instante y el Hipocampo continuó:

—Mi vida, señora, es una sucesión de dolor y de felicidad, es una constante lucha. Mi placer, mi inefable placer consiste en buscar nuevos ojos; buscarlos, mirarlos, amarlos y luego... robarlos, tenerlos para mí, poseerlos. Gozarlos durante una luna íntegra! Mas luego viene la tortura; en los últimos días mi felicidad se opaca, tengo el temor de perderlos, sé que van a concluirse, que sólo han de durarme un tiempo determinado, y que tendré que sufrir, que buscar otros que comenzar de nuevo. ¡ Y si solo fuesen los ojos! Pero y la copa de sangre! Y el azahar del durazno! Ya véis qué tortura! Un dolor que se renueva cada veintiocho días. Pero creedme: bien vale el placer, tal sacrificio. Bien cierto es que no hay angustia más grande que la mía mientras estoy buscando los nuevos ojos, pero cuando los encuentro, cuando gozo con aquel estado de duda, cuando veo los que son para mí — porque yo comprendo cuáles ojos me están predestinados desde que los veo — cuando recibo su primera mirada, cuando a través de la distancia los nuevos ojos clavan en los míos sus rayos inteligentes, elocuentes, fascinantes...

—Habéis cambiado ya muchos ojos?

—Tantos como lunas llevo vividas. Sabed que los Hipocampos somos más longevos que las tortugas. Yo he tenido ojos azules, azules, azules como el cielo, como el agua clara, como esas noches que dejan ver la vía láctea, azules como el borde de las conchas que crecen en la desembocadura de los grandes ríos. Con ellos veía yo todo azul, azul, azul... Yo veo la vida, señora, según el color de las pupilas que llevo... ¿Os ocurre lo mismo?— preguntó con una cortesía verdaderamente real.

—Continuad, continuad...

—He tenido ojos verdes como las algas que crecen al pié de los muros de mi palacio y que son las que dan al mar ese color verde que admiráis tanto señora. Los he tenido negros, negros como el fondo del mar, como un pecado, como la noche, como la germinación de un crimen, como una deslealtad, como el alma de la sombra, negros como esta perla en la cual termina mi cuerpo torneado — dijo con vanidoso acento — Y amarillos, y pardos y... ¡todos eran tan bellos!

¡Se acostumbra un tanto! ¡Después de haber encontrado las pupilas nuevas ya es imposible la paz. Es tan dulce alcanzarlas, que nada importa la angustia que cuesta conseguirlas.. Pudiera sufrir diez veces más en este empeño y siempre la felicidad excedería al sufrimiento. El mismo sufrimiento cuando es por un par de pupilas nuevas llega a parecerme una felicidad. Es como... no sabría deciros, señora... pero es el amor, es más que el amor, más, mucho más. Tenéis vosotros lo seres de la tierra, un concepto tan limitado de las cosas!...

Luego, cambiando de tono, recostada la cabeza sobre un banco de arena abandonando su cuerpo al vaivén de las olas entre las cuales su cola se movía mansa y tranquila como un péndulo, agregó, mirando fijamente a la viuda:

—A propósito, qué ojos más bellos tenéis, señora mía.

—Os parecen bellos — repuso la señora Glicina — porque vos los necesitáis, pero a mí solo me sirven para llorar. A veces pienso, — agregó — que si no tuviéramos ojos, no lloraríamos: no tendrían por donde salir las lágrimas...

—Oh, entonces saldrían del lado izquierdo del pecho o de aquí, de la frente — dijo — señalando la suya donde brillaba una perla rosada.

—Y qué haréis si mañana a la hora en que el horizonte corte por la mitad el diso rojo del sol, no habriés encontrado nuevos ojos, nueva copa de sangre y nuevo azahar de durazno?

—Ya lo veis moriré. Moriré antes que volver a mi palacio donde no me reconocerían y donde me tomarían por un mondacarpas....

Y sollozó, larga y conmovedoramente.

—¿Qué daríais oh rey de oro, por conseguir estas tres cosas?

—Daría todo lo que me fuera solicitado. Hasta mi reino!

Y qué cosas podría dar! Podría dar el secreto de la felicidad a todos los que no fustan de mi reino. Todo lo que los hombres anhelan está en el fondo del mar. Del mar nació el primer gérmen de vida. Aquí, un Hipocampo de oro antecesor mío, fué rey de los hombres cuando los hombres solo eran protozoarios, infusorios, gérmenes, células vitales. Aquí, en el mar, están sepultadas las más altas civilizaciones, aquí vendrán a sepultarse las que existen y las que existirán. El mar fué el origen y será la tumba de todo. Vuestra felicidad, que consiste en desear aquello que no podéis obtener, existe aquí, entre las aguas sombrías. Yo os podía dar todo lo que me pidierais. Tengo yo en la tierra un amigo a quien mi más antiguo abuelo hizo un gran servicio. El, si él pudiera caminar, vendra a mí y me daría lo que tengo menester cada luna. Pero él es inmóvil y está pegado a la tierra. El debe la vida y posee una virtud, merced a uno de mi familia. Vos nececitáis algo?

Sí—dijo la señora Glicina—Yo amé a un príncipe rutilante que vino del mar Le amé una noche. Y me dijo: Cuando pasen tres años, tres meses, tres semanas y tres noches, vé hacia el sur, por la orilla y nacerá el fruto de nuestro amor como tú lo desees... Y he venido y aquí me veis. Yo os daría mis ojos, os llenaría la copa de sangre y buscaría el durazno de las dos almendras, si vos me dierais el secreto para que nazca el fruto de mi amor tal como yo lo deseo....

Brillaron en la noche los ojos ya mortecinos del Hipocampo de oro, alegróse su faz y tembló de emoción.

—Pues bien—dijo el Hipocampo de oro.—Vuestro hijo nacerá. Oidme y obedecedme. Iréis caminando hacia el oriente. Encontraréis un bosque, penetraréis en él, cruzaréis un río caudaloso y terrible y cuando éste os envuelva en sus vórtices direis: "La flor del durazno de las dos almendras, la copa de sangre y las pupilas mías son para el Hipocampo de oro" y llegaréis a la orilla opuesta. Lo demás vendrá solo. Cuando tengáis la flor de los tres pétalos, vendréis con ella, me entregaréis vuestras pupilas, me daréis la copa de sangre y la flor del durazno, y moriréis enseguida, pero vuestro hijo habrá nacido ya. Estais resuelta?

—Estoy resuelta, dijo la señora Glicina.

Y marchó hacia el punto señalado.

V

Tal como se lo había dicho el rey, la señora Glicina llegó a la orilla del río caudaloso. Pero había llegado con las carnes desgarradas con las uñas fuera de los dedos, y apenas podía tenerse en pié. Sentóse bajo la capa de un árbol y cayeron sobre ella, como alas de mariposas blancas los pétalos de un durazno en flor.

—Donde estará el durazno de las dos almendras?—exclamó.

—¿Quién me quiere?—susurró entre la brisa una dulce voz¿

—El rey del mar, el Hipocampo de oro, me manda a tí, vengo por el azahar de los tres pétalos que crece en el durazno de las dos almendras.

—Es lo más amado que tengo, dijo el Durazno, pero es para el rey que fué bueno conmgo. ¡Córtalo!

—Y la señora Glicina cortó el azahar y el durazno se quedó llorando.

VI

Muy poco faltaba para que la línea del horizonte cortara por la mitad el disco del sol cuando llegó la señora Glicina. El Hipocampo de oro la esperaba llena de angustia.

—Llena mi copa de sangre!—dijo.

Y la dama sin lanzar un grito de dolor, se abrió el pecho, cortó una arteria y la sangre brotó en un chorro caliente haciendo espuma hasta llenar la copa del rey que la bebió de un sorbo.

—Dame el azahar del durazno de las dos almendras! — dijo.

Y la dama sin lanzar un grito de dolor le dió los tres pétalos que el rey guardó en el corazón de una perla.

—Damé tus ojos que son míos!—dijo.

Y la dama, sin lanzar una queja, se arrancó para siempre la luz y entregó sus ojos al Hipocampo de oro, que se las puso en las cuencas ya vacías.

—Ahora dame mi hijo!—exclmó.

—Llévate el tallo del cual has arrancado los tres pétalos y mañana tu hijo nacerá. ¿Qué quieres que le dé? Puedo darle todas las virtudes que los hombres tienen, puedo ponerle de un de ellas doble porción, pero solo de una.... ¿Cuál porción quieres que le duplique?

—Sea, ¡Adios! Tú lo quieres así.

—La del amor!—dijo la dama.

Mañana, después del crepúsculo morirás pero tu hijo vivirá para siempre.

—Gracias, gracias, ¡oh rey del mar! ?Qué vale lo que te he dado cuando tú me has dado un hijo?

Las últimas palabras no las oyó el Hipocampoo de oro porque ya su cuerpo rollizo y torneado se había hundido en el mar dejando una estela rutilante entre las hondas frágiles.

ABRAHAM VALDELOMAR



"LOS CILICIOS" DE PABLO SUERO

DALETH

¿Qué razón hay para que yo no vea
más que dolor, dolor, bajo este cielo
azul, azul; para que yo no sea
el alegre y trivial que ser anhelo?

¿Qué pócima fatal vertió en mi vaso
el Supremo al hacerme criatura?
¿Para qué me munió de tan escaso
poder, con estas alas de locura?

¡Más me valiera disfrutar la calma
bovina, idiota, de tener un alma
tranquila, humilde, sin tortuosidades,

que este implacable ardor, este afán loco
de vivir, cuando queda ya tan poco
digno de amor entre estas fealdades!

HE

¡Nadie a quien interese el ánima transida,
qué condolerse pueda ante el dolor ajeno!...
Todo dolor que sufras surgió para tu vida
y tuyo será siempre aunque hallares al bueno.

Toda miseria implora para sí tu piedad,
todo llanto en tu pecho se derrama al caer,
y a tí en todo jolgorio te hiere la crueldad
y de tu sed se burla todo labio al beber.

Si pudieras ser mártir, hermano, lo serías,
lo sé; tu corazón abismo es de bondad.
Si sangre no tuvieras, por darla matarías...

Dime, ¿porqué te hicieron blando como la cera?
¿porqué no hallaste alas para tu libertad,
besos para tu boca, madre a tu cabecera?

¡Dime, si basta crearte fué una gran impiedad!...

VAV

Con los brazos abiertos anda hacia tus destinos
sin que estremezca el miedo tu cuerpo pecador;
ellos pasan serenos, sin sentir el horror
de los males que enlodan los terrenos caminos.

Piensa que no eres sólo barro que torna al suelo,
que no en vano en tu carne arde celeste llama;
oye el hilo de voz que en tus silencios clama:
vive profundamente, ahí está el gran consuelo.

Mas no esquives tu vida de las rutas malsanas;
preciso es que conozcas las pendientes humanas
del pecado, y si eres te herirá un prematuro
cansancio de las cosas; pero sigue viviendo,

que a medida que avances, en la sombra irás viendo
sonreir a esa esfinge que sabe del Futuro.

LAS BARCAS

¿Nunca te fijaste, hermano,
en esas viejas barcas solitarias
que hay en todos los puertos,
vacías y quietas sobre la mar en calma,
cuando hay luna en el cielo?...

Yo he visto anoche una de esas barcas.
Y había tal misterio
y un algo tan humano
en su triste abandono,
que me sentí angustiado,
hermano mío, como
si tras una larga ausencia
te viese ante mí de pronto,
privado del habla y
sanguinosas y vacías
las cuencas
de tus verdiazules ojos.

¡Oh¡ la barca parecía
una de esas almas lívidas
que han renunciado ya a todo
lo poco que da la vida.

Parecía más... parecía
un incurable doliente
de ese aciago mal de alma
que nos hace amar la muerte,
que tal vez es el sendero
de la nada.

Parecía más... parecía
la barca donde la Intrusa
lleva a su arcana heredad
la materia pestilente,
la flora
que acaba de guadañar.

Más aun, ¡oh!, parecía
la misma Muerte que hastiada
de su propia eternidad,
se hubiese echado en el mar
como un espectro, a la espera
de la ruda oleada cósmica
que la habrá de devorar.

. . . .

Divago, hermano...
Lo que yo he visto no es más
que una barca desolada,
vieja, inservible, que sueña
con un país ideal,
en un remoto archipiélago,

mientras llega
la fría noche invernal,
en que una bárbara ola
su quebrantada y dolida
armazón destrozará

Hermano, pero tenía
la barca una vida tal
que afluyó el llanto a mis ojos
y sentí una gran piedad
por esas lívidas almas,
que en la vida
son como estas viejas barcas,
quietas, solas sobre el mar,
que hacia lejanos países
a otros barcos ven zarpar

Pablo Suero.



DAÑOS CAUSADOS POR LA AVIACION EN LONDRES, DURANTE LA ULTIMA GUERRA

Se estiman en unos quince millones de libras esterlinas, las pérdidas que ha experimentado Londres durante la guerra, a consecuencia de las excursiones aéreas realizadas por los alemanes.

Así lo declara un informe oficial.

Sólo en un almacén de Wood-Street, los daños ascendieron a 260.000 libras, y en otro, a 274.000. Una tienda de guantes ha perdido 75.000 libras.

Ninguno de esos establecimientos estaba asegurado.

En Basinghall-Street, una casa de seis pisos, en donde había vastos almacenes, quedó completamente destruída por una bomba incendiaria.

Los daños más considerables fueron ocasionados por tres bombas incendiarias y una explosiva, lanzadas simultáneamente sobre West Smithfield y Bartholomew, en donde 121 almacenes de gran extensión quedaron destruídos.

Una bomba explosiva que cayó sobre Coleman-Street, hundió dos magníficos edificios de piedra, que valían tres millones de libras. Solo el ataque de los zepelines, el 7 de Julio de 1917 causó daños por valor de tres millones quinientas mil libras.

LOS ACAPARADORES EN LA ANTIGÜEDAD

En el siglo XVIII las autoridades francesas se mostraban muy severas para los tratantes y acaparadores que realizaban ganancias extraordinarias o hacían fortuna muy rápidamente.

A estos sujetos se les imponía la comparencia ante la cámara de revisión, que examinaba sus operaciones y les infligía duros castigos.

Uno de los procesos más célebres fué el del tratante Le Normand, a quien condenaron el 16 de Julio de 1717 a una indemnización de 90.000 libras en favor de la Comunidad de Artes y Oficios; a 100.000 libras de multa en beneficio del rey, a la confiscación de sus bienes y, por si fuera esto poco, a galeras para toda su vida.

Según cuenta Buvat en su "Diario", Le Normand fué conducido a la plaza de Nuestra Señora descalzo, descubierto, en camisa y con una antorcha en la mano. Sobre el pecho y la espalda llevaba un cartel que en grandes caracteres decía: "Por robar al pueblo".

Cuando apareció en el tablado, desde el cual debía pedir perdón, la gente acogióle a gritos de: "¡Ladrón! ¡Colgadle! ¡¡Colgadle!!".



LA LITERA DE ARRIBA

por F. Marion Crawford

Francisco Marion Crawford autor americano de obras fantásticas, nació en Italia en 1854. Durante estos últimos años sus novelas han alcanzado en Norte América, seguramente, mayor circulación que las de ningún otro escritor de los que aun viven. Es un autor sumamente fecundo y ha publicado las obras siguientes: "El doctor Claudio" (1883); "A sotavento" (1883); "Un político norteamericano" (1884); "Un cantor romano" (1884); "Zoroastro" (1885); "La fábula de una parroquia solitaria" (1886); "El amor ocioso"; "Catalina Lauderdale'; "Casa Braccio" "Una rosa de ayer"; "Taquisara"; "Greifenstein"; "El señor Isaacs"; "El crucifijo de Marzio" (1887); "Pablo Patoff"; "Con los inmortales", y otras. Muchas de sus obras se publicaron periódicamente, en las principales revistas, antes de ser editadas en forma de libros.

Soy marinero viejo, y como he de cruzar muy a menudo el Atlántico, tengo mis preferencias. Hay gente así. He visto a un hombre estar durante tres cuartos de hora esperando en una taberna en Broadway a que pasase cierto tranvía que a él le gustaba. Me parece que el tabernero realizó por lo menos la tercera parte de sus ganancias con la preferencia de aquel individuo. Yo, por mi parte, tengo la costumbre de aguardar a ciertos barcos cuando me veo obligado a cruzar el charco.

El "Kamtschatka" era uno de mis barcos favoritos, y digo *era* porque, para mí, ya no existe. No creo que ningún aliciente me pueda inducir a hacer otro viaje en él. Es extraordinariamente limpio en la parte de popa, bastante alto de proa para que esté siempre seco, y las literas bajas, en su mayoría, son amplias. Tiene una porción de ventajas, pero yo no quiero volver a hacer una travesía en él por nada del mundo. Perdonad la disgresión. Cuando me fuí a embarcar llamé a un camarero cuya enrojecida nariz y patillas más coloradas aún estaba harto de conocer, "El ciento cinco, litera de abajo", le dije en el tono breve peculiar a los que creen que cruzar el Atlántico no tiene más importancia que tomar vermut en Delmónico. El camarero cogió mi maleta, mi gabán y mi manta. Nunca olvidaré la expresión de su cara: no es que se pusiese pálido, pues los teólogos más eminentes declaran que ni aún los milagros pueden cambiar el curso de la naturaleza; y yo no dudo en afirmar que no se puso pálido, pero de su expresión deduje que estaba a punto de echarse a llorar, de soltar un estornudo, o de dejar caer la maleta.

— Bueno; ¡por vida de...! — dijo en voz baja, y continuó andando.

Yo supuse que mi Hermes, al conducirme a las regiones inferiores, había bebido alguna copa de más; pero no dije nada y le seguí. El ciento cinco estaba al lado de babor, muy metido en la popa. No había nada de notable en la cámara.

El camarero dejó mi equipaje y me miró como dándome a entender que se marchaba (probablemente en busca de más pasajeros y de más propinas). Siempre es convenłente ganarse las simpatías de estos individuos, y por consiguiente dí algunas monedas en el acto.

—Procuraré que esté usted lo más cómodo que se pueda — dijo, metiéndose el dinero en el bolsillo. No obstante, advertí en su voz una entonación dudosa que me sorprendió. Quizás se había imaginado que la propina sería mayor y no estaba satisfecho; pero a mí me parecía bastante para "tomar una copa" como él mismo hubiera dicho. Me equivoqué, sin embargo, al juzgarle, y fuí injusto en mis apreciaciones.

Nada digno de mención ocurrió durante aquel día. Dejamos el muelle a la hora prefijada, y resultaba muy agradable la navegación, porque, como el tiempo era bochornoso, el movimiento del barco producía una brisa refrescante. Todos saben lo distraído que es el primer día a bordo. La gente se pasea sobre cubierta, mirándose mutuamente en silencio, y alguna vez se encuentra uno con conocidos que ignoraba por completo que estuviesen embarcados. Hay la natural inquietud por saber cómo será la comida de a bordo, hasta que, después de concurrir al comedor un par de veces, desvanécese la duda; y en cuanto al tiempo, no sabe nadie a qué atenerse, hasta haber rebasado la altura de la Isla del Fuego. Las mesas se ven al principio muy concurridas, y de repente se quedan casi vacías; muchos pasajeros, con los rostros pálidos y desencajados, se levantan de sus asientos y se dirigen precipitadamente hacia la puerta, dejando a los viajeros aguerridos más espacio para moverse y respirar a sus anchas, y con dominio absoluto sobre el tarro de mostaza Todas las travesías por el Atlántico se parecen, y los que cruzamos el mar con frecuencia no hacemos el viaje buscando novedades Claro está, que siempre son objetos de interés las ballenas y los bancos de hielo, pero después de todo, todas las ballenas son más o menos iguales y los bancos de hielo no se ven de cerca. Para la mayoría de los pasajeros el momento más agradable del día a bordo de un trasantlántico es aquel en que han dado su última vuelta, fumado su último cigarro y, cansados de pasear por la cubierta, se encuentran en disposición de recogerse con la conciencia tranquila. La primera noche, como me sintiera bastante fatigado, me fuí al camarote ciento cinco más temprano que de costumbre. Al entrar me sorprendió ver que tenía un compañero. Una maleta muy parecida a la mía estaba en un rincón, y lío de mantas cuidadosamente dobladas en la litera de arriba había dejado un das, con un bastón y un paraguas. Esperaba estar solo, y me contrarió ver que no era así; pero deseando averiguar quién podía ser mi compañero de camarote, me propuse echarle una ojeada. No hacía mucho que me había acostado cuando entró. Era un hombre muy alto, muy delgado y muy pálido, de pelo ensortijado y patillas rizosas y de inexpresivos ojos grises. Iba vestido con dudosa elegancia, y tenía el tipo de los parroquianos del Café Inglés, solitarios siempre y bebiendo champagne, o de los habituales concurrentes a Wall Street y a las carreras de caballos, donde se les encuentra sin poderse averiguar qué hacen en una u otra parte. Uno de esos tipos algo cursis y algo raros de los cuales siempre hay tres o cuatro en todos los trasatlánticos. Me propuse no trabar conocimiento con él y cerré los ojos, formando in mente mi plan de conducta: si él se levantaba temprano, yo me levantaría tarde; y si él se recogía tarde, yo me acostaría temprano. Así no había modo de iniciar trato amistoso alguno. ¡Pobre hombre! No tenía necesidad de preocuparme tanto haciendo proyectos, pues nunca le volví a ver en el número ciento cinco después de aquella noche.

Dormía profundamente cuando de repente me despertó un fuerte ruido. A juzgar por el golpe, mi compañero había dado un salto desde la litera de arriba al suelo. Le sentí buscar a tientas el picaporte y el cerrojo de la puerta, que abrió de pronto, y después oí que con pasos precipitados se alejaba por el pasillo dejando el camarote abierto. Como el barco se balanceaba un poco, pensé que tropezaría, o caería al suelo; pero siguió la carrera como si en ello le fuese la vida. Con el movimiento del buque la puerta se movía rechinando los goznes; el chirrido me molestaba; me levanté, pues, cerré, y me volví a la cama, durmiéndome de nuevo. Cuando desperté estaba obscuro todavía, y experimenté una sensación desagradable de frío y humedad. Ya conocen ustedes el olor característico de un camarote humedecido por el agua del mar. Arropéme lo mejor que pude y me volví a adormecer, preparando una serie de quejas para la mañana siguiente y escogiendo para exponerlas los calificativos más enérgicos del vocabulario. Me pareció oir a mi compañero revolverse en su litera. Sin duda había vuelto mientras yo dormía. Una vez creí que le oía suspirar y deduje que estaba mareado, lo cual resulta muy desagradable para el que duerme debajo. A pesar de todo me adormecí, como digo, y no desperté hasta la madrugada.

El barco tenía un vaivén mucho más acentuado que el de la tarde anterior y la luz tenue que penetraba por la puerta adquiría tono diferente según reflejaba la superficie del mar o la del cielo.

La temperatura era muy fría e impropia del mes de junio. Volví la cabeza y miré hacia la porta, viendo con sorpresa que estaba completamente abierta. Lancé una sonora interjección y me bajé para cerrarla. Al vover dirigí la vista a la litera de arriba, cuyas cortinas estaban completamente cerradas; sin duda mi compañero había sentido frío como yo. El camarote resultaba incómodo, aunque no sentí la humedad que tanto me había molestado por la noche. Me pareció que ya había dormido bastante, y como el otro individuo seguía descansando, se me presentaba una excelente oportunidad para no encontrame con él, por lo cual me vestí y me dirigí sobre cubierta. El día era cálido y nublado y el aire estaba cargado de emanaciones marinas. Eran ya las siete, mucho más tarde de lo que yo hubiera creído; y, mientras paseaba, encontréme al médico, que disfrutaba también de la primera brisa matinal.

—Hermosa mañana — dije por vía de introducción.

—¡Oh! tal cual — me contestó mirándome con aire de marcado interés. — No me gusta este tiempo por la mañana.

—Efectivamente no es muy alegre — dije.

—Es lo que yo llamo tiempo solapado — replicó él.

—Me parece que la noche pasada ha sido muy fría — observé yo, — porque cuando me desperté estaba la porta completamente abierta, cosa que no había notado cuando me recogí, y el camarote estaba muy húmedo

—¿Húmedo? ¿Dónde está usted?

—En el ciento cinco.

Con gran extrañeza mía, el médico se quedó parado, mirándome fijamente.

—¿Qué ocurre? — le pregunté.

Nada, sino que todos se han quejado de ese camarote en los tres últimos viajes.

—También yo pienso quejarme, porque realmente no está ventilado como debiera, y es una vergüenza.

(*Continúa a la vuelta*)

LA LITERA DE ARRIBA

(Continuación de la página anterior)

—No creo que pueda evitarse — contestó el médico, — pero me parece que hay hallí algo... bien, no debo meterme a asustar a los pasajeros.

—No tema usted asustarme — repuse; — yo no hago caso de la humedad. Si cojo un enfriamiento, ya acudiré a usted para que me cure.

Ofrecíle un cigarro, que aceptó, y dsepués de examinarlo con atención, me dijo:

—No es tanta la humedad, de modo que me atrevo a asegurarle que en cuanto a eso no ocurrirá novedad. ¿Tiene usted algún compañero de camarote?

—Sí, un endiablado sujeto que de repente, a media noche, salta de su litera y deja la puerta abierta.

De nuevo me miró el doctor con fijeza, y encendió el cigarro.

—¿Y ha vuelto? — me preguntó en seguida.

—Sí; yo estaba durmiendo cuando él regresó, pero al despertarme le sentí moverse en la cama; luego, como hacía frío, me arropé y quedé dormido.

—Mire usted — me dijo el médico con lentitud, — este barco no me importa mucho; se me da un ardite de su reputación, y lo que voy hacer es lo siguiente: Yo tengo ahí arriba un camarote muy espacioso, y, aunque nuestro conocimiento sea tan reciente, voy a permitirme ponerlo a su disposición para que lo comparta conmigo.

Me sorprendió mucho aquella proposición, porque no podía explicarme la causa de un interés tan repentino por mi bienestar Además, el gesto que puso al hablar del barco fué particular.

—Es usted muy bondadoso, doctor — le dije, — pero yo nocreo que seguramente se podrá ventilar el camarote, o limpiarlo, o hacerle cualquiera otra cosa. En todo caso, ¿podría saberse por qué no le importa a usted el barco?

—Los médicos no somos supersticiosos, pero el mar hace a la gente así; yo no intento infundirle a usted ninguna prevención ni asustarle; pero si quiere seguir mi consejo debe usted marcharse de ahí. Si no — añadió, — pronto voy a ver como le echan a usted a la mar; a usted o a cualquiera que duerma en el ciento cinco.

—¡Qué gracia! ¿Por qué?

—Precisamente porque todos los que han dormido ahí durante los tres últimos viajes, están ahora en el fondo del océano.

Confieso que la explicación era emocionante y desagradable en extremo, y me quedé mirando al doctor fijamente por si se chanceaba, pero su aspecto nada tenía de chancero Le dí las gracias efusivamente por sus ofrecimientos y le dije que me proponía ser la excepción de la regla por la cual todo el que dormía en aquel extraño camarote iba a parar al agua. No insistió, pero me dió a entender que acaso dentro de poco recapacitaría yo sobre sus proposiciones. Después nos encaminamos al comedor, que estaba poco concurrido. Marchéme luego a mi camarote para coger un libro, y todavía continuaban cerradas las cortinas de la litera superior, sin que se oyese el menor ruido. Sin duda mi compañero dormía aún.

Cuando salía me encontré al camarero encargado de mi servicio, que me dijo en voz baja que el capitán deseaba verme, y se escabulló precipitadamente como para evitar mis preguntas. Fuí en seguida a la cámara del capitán y hallé a éste esperándome.

—Caballero — dijo, — necesito pedirle un favor.

Le contesté que estaba a su disposición.

—El compañero de camarote de usted ha desaparecido. Se sabe que se recogió temprano la noche pasada. ¿Notó usted en él algo de particular?

La pregunta, que venía a confirmar los temores que media hora antes me había expuesto el médico, me hizo vacilar.

—¿No querrá usted decir que se ha caído al mar? — dije al fin.

—Lo temo mucho — respondió el capitán.

—En verdad que es bien raro...

—¿Por qué?

—Porque ya es el cuarto. — Y contestando a otra pregunta del capitán manifesté, sin mencionar al médico, que conocía la historia del número ciento cinco, cosa que pareció contrariarle bastante. Le dije también lo que había ocurrido durante la noche

Eso que me dice usted — replicó,— coincide exactamente con lo que me han contado los compañeros de dos de los tres desaparecidos. Saltan de la cama y corren por el pasillo. A dos los vió el vigilante arrojarse al agua, y aunque se detuvo la marcha y se echaron los botes, no pudimos dar con ellos. Pero por lo que se refiere al desaparecido, nadie lo ha visto ni oído. El camarero, que es muy supersticioso y esperaba que algo desagradable iba a ocurrir, fué esta mañana a llamarle, y encontró la litera vacía, aunque las ropas estaban allí, tal como las había dejado al acostarse Ese camarero era el único que le conocía de vista a bordo y le ha estado buscando por todas partes. ¡Ha desaparecido! no cabe duda. Ahora bien, ruego a usted que no entere de ello a ninguno de los pasajeros; no quiero que el barco adquiera mal nombre, y nada perjudica tanto a un trasantlántico como la historia de suicidios. Usted puede escoger para el resto de la travesía el camarote de cualquiera de los oficiales, incluso el mío, que más le agrade. ¿Es un trato aceptable

— Mucho — dije yo, — y le estoy muy agradecido; pero puesto que me quedo solo y tendré todo el camarote para mí, prefiriría no moverme y que el camarero sacase el equipaje de ese desgraciado. No diré nada a nadie; y creo poderle prometer a usted que no seguiré el ejemplo de mi compañero.

—Después de todo, está usted en su derecho de continuar allí si le agrada— me replicó con cierta impaciencia, — pero me gustaría más que se mudara a otro sitio.

No quise seguir discutiendo el asunto, y me separé del capitán después de prometerle guardar silencio respecto a la desaparición de mi compañero. Este no tenía relaciones a bordo y no le echarían de menos en el transcurso del día. Por la tarde volví a encontrar al médico, quien me preguntó si había cambiado de oponión Mi contestación fué negativa.

—Ya cambiará usted — me dijo con aire grave.

Por la noche jugamos al *whist* y me retiré tarde. Ahora confieso que experimenté una sensación desagradable cuando entré en el camarote. No podía apartar de mi memoria la imagen de aquel hombre alto, que en el momento presente estaría muerto, sumergido o flotando en medio del agitado oleaje a doscientas o trescientas millas a popa. Veía claramente su rostro mientras me desnudaba, y llegué hasta a descorrer las cortinas de la litera de arriba, para convencerme aún más de que ya no existía. Eché el cerrojo a la puerta. De pronto reparé que la porta estaba abierta y asegurada. Esto es más de lo que podía tolerar, y envolviéndome apresuradamente en mi bata, salí en busca de Roberto, el camarero. Cuando lo encontré, echéle mano y lo llevé hasta la puerta del ciento cinco.

—¿Qué diantre significa el que se deje usted todas las noches la ventanilla abierta? — le dije en el colmo del enojo. — ¿No sabe usted que es contra el reglamento? ¿No sabe usted que si el barco escorara y el agua empezase a entrar no bastarían diez hombres para cerrarla? Daré cuenta al capitán de que es usted un bruto que pone en peligro el buque.

El hombre, todo pálido y tembloroso, empezó a asegurar el cristal atornillando la tuerca de cobre.

— Por qué no contesta usted? —dije con brusquedad.

— Con permiso de usted, señor — balbuceó, — no hay nadie a bordo que pueda hacer que esta ventana esté cerrada por la noche. Mire usted, ahora voy a cerrarla lo mejor que pueda. Pruebe usted: ¿está segura?

Probé, y la encontré perfectamente cerrada.

Bueno, pues yo, señor, en el lugar de usted, no titubearía en irme a dormir al camarote del médico o al de otro cualquiera; porque apuesto mi reputación de camarero a que dentro de media hora está otra vez abierta; sí, señor, ¡abierta de par en par!

Examiné la tuerca y el pasador que la atravesaba.

—No es posible, Roberto; pero si la encuentro abierta esta noche, le doy a usted una libra esterlina. Vaya usted con Dios.

—¿Una libra esterlina ha dicho, señor? Muy bien, muchas gracias. Buenas noches. Que usted descanse.

No hice caso alguno de lo dicho por Roberto, pensando que había inventado una historia tonta para asustarme y con objeto de disculpar su descuido. El resultado fué que él se ganó la libra esterlina y que yo pasé una noche en extremo desagradable. Me recogí, y cinco minutos después de haberme envuelto en las mantas, el inexorable Roberto apagó la luz que con la regularidad lucía dentro de un fanal deslustrado, cerca de la puerta. Permanecí en la obscuridad procurando conciliar el sueño aunque sin conseguirlo, pues, a pesar de que la reprimenda que había echado al camarero sirvió para apartar de mi imaginación al ahogado que fué mi compañero, no lograba dormirme, e involuntariamente dirigía la vista hacia el ventanillo que estaba situado precisamente en frente de la litera, y que percibía en medio de la obscuridad como un disco débilmente luminoso. Me parece que llevaría cerca de una hora en esta situación y comenzaba a adormecerme cuando sentí una impresión de aire frío y la sensación en la cara de la espuma del mar. Me puse de pie en seguida, y, como la obscuridad no me permitió asegurarme para contrarrestar el movimiento del buque, fuí lanzado sobre el canapé que estaba bajo la ventanilla. Me repuse inmediatamente, y quedé de rodillas. ¡El ventanillo estaba de nuevo abierto y descorrido!

Lo que sucedía no era ilusión. Yo estaba completamente despierto, y si no lo hubiera estado, la caída hubiera bastado para desvanecer mi soñolencia. Además, me lastimé los codos y las rodillas, y los cardenales atestiguaban al día siguiente los hechos, caso de que los hubiese puesto en duda. El pasador estaba completamente descorrido y la ventanilla abierta del todo — cosa tan inexplicable, que me produjo, y lo recuerdo perfectamente, más asombro que temor. — En seguida cerré la ventanilla otra vez y púseme a atornillar la tuerca con todas mis fuerzas. Me persuadí de que la habían descorrido durante la hora transcurrida desde que Roberto la cerró en mi presencia, y resolví vigilar y ver si la abrían de nuevo. El pasador con tuerca de cobre, que servía para asegurar el cristal, era muy pesado, y no hubiera podido abrirse por sí solo, con la vibración comunicada por la marcha del barco. Permanecí durante un cuarto de hora mirando a través del cristal la estela blanca gris que dejaba el barco tras sí, y de repente, cuando estaba embebecido en esta contemplación oí perfectamente que algo se movía a mis espaldas en una de las literas, y enseguida, al volverme instintivamente para mirar, aunque nada podía ver pues la obscuridad era completa, oí un débil gemido. Crucé rápidamente al camarote y descorrí las cortinas de la litera de arriba, buscando a tientas para descubrir si había alguien. Alguien había, en efecto.

(Continuará en el número siguiente)

MODAS

PARA LAS NOCHES DE TEATRO
MODAS

Acercándose ya la temporada de teatro, en la que se exterioriza plenamente, en las salas resplandecientes de luces y pletóricas de distinguida concurrencia, tanto la belleza como la elegancia de nuestras damas — debemos dar la preferencia para nuestra charla de hoy, a la toilette de gala, la más favorecedora y la más vaporosa a un mismo tiempo...

Para ello hemos elegido tres modelos, a cual más elegante y atrayente, que harán las delicias de nuestras lec-

Modernísimo resulta este tercer mo-

tiempo , de Worth. Es él, una armoniosa combinación de satín negro y encaje crudo. Nótese la distinción que encierra la blusa de forma chaqueta, que lleva sus largas mangas transparentes, de gasa choffón negra. Esta vá sujeta al talle con pequeños pliegues, de donde salen las faldetas en forma de pronunciadas puntas, sobre una túnica de encaje crudo, malinas, punto a la aguja, a "gros filet". Esta vaporosa túnica, siguiendo la línea del corsage cae también en punta, algo más abajo que la pollera, que debe ser muy angosta y también de satín negro.

No es necesario hacer notar que esta toilette, de suprema elegancia, requiere



toras y con los cuales lucirán algunas sus siluetas, provocando esa muda admiración que causa siempre la prolija e inteligente interpretación de la moda, en sus más ínfimos detalles.

Es el primero un elegantísimo ejemplar salido de los talleres parisinos de Martial et Armand, confeccionado sobre un fourreau de satin negro, com-

pletamente liso y desprovisto de mangas. Consta de una graciosa túnica, de gasa chiffón azul, algo más larga que el forro, cuya blusa caída sobre la cintura, va bordada con seda negra y lleva a los costados redondeles de lana bronceada. Estos redondeles ván a su vez bordados con motivos azules y negros.

En la falda de la túnica se reproducen los mismos bordados de seda negra, y, a cierta distancia del borde inferior, los graciosos redondeles que tanto her-

mosean el traje. En el costado derecho de la pollera, lleva varias elegantes caídas de raso negro y de raso azul, combinadas con sumo acierto.

No menos novedoso y dotado de "chic" es este segundo modelo, que muestra en todos sus detalles, la elegancia severa y graciosa a un mismo

una silueta esbelta, porque su conjunto resultaría ridículo (quizás por aquello de que: de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso), sobre un talle espeso y una figura algo baja, que tuviera las caderas bien pronunciadas.

delo, de Vandelle, cuya pollera de tul color rosa pálido, cae exageradamente plegada sobre un fourreau de lama de plata, sostenida por un arco de ballenas muy fino, y, por supuesto, invisible... El corsage de satín rosa, todo bordado de perlas, cae graciosamente en la espalda sobre las tres cintas de terciopelo azul saxe y las franjas de tul terminadas en grandes borlas, también de perlas, las que harán las veces de *traine*, en este precioso vestido.

La originalidad de este traje lo hará destacar entre todos los demás, y proporcionará a su dueña, las más gratas emociones del triunfo...

Nexilb.

Para contener la caída del cabello, en un cuarto de litro de petróleo, se pone un limón partido en rajas y una pastilla de sublimado, y con un algodón hidrófilo empapado en este petróleo, deben darse fricciones, diarias en la primera semana, en la segunda un día sí y otro nó, y luego tan sólo un día en la semana.

Los cubrebandejas se ponen cubriendo los dulces o pasteles que van en la bandeja.



D' allure jeune et pimpante, cette robe de taffetas noir s'élargit de côté par de larges coques d'un effet trés nouveau; la jupe, découpée en dents arrondies est garnie d'amusants pompons bleu Roy, les mêmes pompons bordent les petites manches.

Doce partes de alcohol y uno de yodo constituyen la mezcla farmacéutica que se vende bajo el nombre comercial de tintura de yodo.

Morse fué el que llevó a la práctica el invento del telégrafo eléctrico debido al sabio francés Arago.

Se avalúan en 1500 millones el valor de los autos que saldrán al mercado norteamericano durante el corriente año.

Los vampiros son enormes murciélagos muy comunes desde la América Central hasta las Antillas y el Brasil

HOGAR

LABORES FEMENINAS

Sendero de mesa en estilo gótico. — Como los senderos de mesa suplen tantas veces a los tapetes; bueno es tener varios modelos donde elegir, y por eso no hemos titubeado en presentar este en estilo gótico que tanto agrada en la época actual.

Consiste su decoración en dos quimeras, una en cada extremo, destacándose sobre un fondo de bridas; después dos hileras de flores de lis en



forma de cenefa y reunidas entre sí por líneas caladas. El bordado de las quimeras y el de las flores de lis es el Richelieu con las bridas de los fondos a festón; las líneas interiores se cubren a punto de cordoncillo y las líneas caladas en bordado inglés con bridas.

Una vez terminado este trabajo, miden 1 metro y 16 centímetros de largo, por 35 centímetros de ancho. su borde se remata con un encaje de 5 a 6 centímetros de ancho.

La ropa blanca — La ropa blanca es hoy en día la preocupación de toda mujer de buen gusto. En tiempos pasados, aún en las casas relativamente modestas, había abundancia de mantelería y juegos de cama guarnecidos con encajes que iban pasando de unos a otros a medida que el lienzo se estropeaba. En cuanto a la ropa personal, el lujo consistía en la cantidad de prendas y en la calidad de telas, pero el adorno era casi siempre uniforme.

Hoy el lujo se extiende a todo cuanto nos rodea, y en la ropa blanca es quiza donde se externiza más. Y puede muy bien ser empleado este último verbo, puesto que en los meses del verano, es al través de muchos vestidos que pueden verse hasta los menores detalles de la ropa interior.

En materia de manteleria y ropa de cama se hacen en la actualidad verdaderos primores. Ya las personas encargadas de dirigir los talleres no son simples obreras; ese cargo lo desempeñan hoy verdaderas artistas, y sólo así se comprende que sus modelos sean superiores a muchos encajes valosísisimos.

Hay juegos de cama que a primera vista parecen guarnecidos de Malinas y que vistos de cerca, resultan una verdadera maravilla, hecha a fuerza de sacar hilos para formar el fondo exacto al tul de encaje y los dibujos bordados encima, o representando la tela, cosa que ofrece grandes dificultades.

Por este mismo procedimiento se reproducen los dibujos de las orlas que tienen algunos pergaminos antiguos.

El bordado japonés se hace con algodones finos, siguiendo el mismo procedimiento que para matizar con sedas de colores.

En la ropa personal se emplean como adorno vainillas inverosímiles de puro finas, motas como cabezas de alfiler y aplicaciones de batista pegadas a punto de encajera. Estas últimas son de una elegancia extraordinaria por su excesiva sencillez, aunque representan un trabajo improbo. La forma Imperio ya no se discute, porque se ha hecho obligatoria o bien porque realmente es práctica o porque la moda lo quiere, pero, desde luego no hay que pensar en otra clase de corte.

Las cintas no se usan más que en los hombros, como tirantes, porque habiendo presindido de los *trou — trou* no tienen otra aplicación. Como se trabaja la ropa blanca de hilo se hacen prendas interiores de *crepe georgette* quizá en seda luzca menos el trabajo de aguja, aunque el sacar hilos y calar sobre un tejido tan flexible sea más dificil.

Otro detalle de suprema elegancia es el modo de marcar la ropa.

Se hace un sello muy chiquito, con una inicial en el centro, y ese sello se repite en todas las prendas, incluso en los pañuelos.

En los "trousseaux" de importancia, se encuentra hoy día una cosa nueva a la que a primera vista suele dársele aplicación.

Se trata de una colcha pequeña, de mucho abrigo, que se hace del mismo color de la seda que tapice la "chaiselonge, pero no de igual género. color de la seda que tapice la "chise-Por su tamaño y forma se parece a la manta del coche y en la parte superior tiene un bolsillo grande, interior o exterior.



ALGO DE COCINA

Ternera con limón — Se corta 1 kilo de ternera en trazos redondos, de centímetro y medio de alto, y se colocan en una tortera de hierro esmaltado cubiertos con hierbas finas, cáscara de limón picada y hojas de laurel; agréguense tres cucharadas de manteca y sal.

La cacerola se sumerge en un recipiente de agua hirviendo, y bien tapada, se deja dentro del horno, que no esté muy fuerte, por espacio de dos horas.

Al cabo de este tiempo se cuela la grasa que haya soltado, agregando el zumo de medio limón, un poquito de mostaza francesa un polvo de pimienta y una cucharada de vino de Jerez bueno.

Los trozos de ternera se limpian de hierbas se colocan en una fuente caliente, se rocían con la salsa y se sirven solos o adornados con patatas.

Torteletas de queso. — Son realmente deliciosas para servirlas a la hora del té, y se pueden hacer sin la menor dificultad.

Se rallan dos onzas de queso de Parma y una de Chester puro, agregando una pizca de pimienta en polvo.

En seguida se derriten dos onzas de mantequilla muy fresca y, fuera del fuego, se mezcla con igual cantidad de harina de hojaldre, un huevo batido y el queso rallado. Todo se trabaja durante cinco minutos, y acto seguido se pone sobre una tabla que no se use más que para cosas de repostería, y se afina con el palo, cortando la masa en la forma que se quiera del tamaño de una galletita María, y se colocan sobre una lata dejándolas que se cocinen a fuego lento dentro del horno.

La suscripción de
"Mundo Uruguayo"
Solo cuesta $ 2,50 por año

De todo un poco.—Las tiras de mesa y los centros para las comidas, se colocan sobre el mantel, y cuando se ha terminado y se quita la mesa, quedan sobre la tabla.

***

Los almohadones largos para la cama se marcan en los estremos, y los cuadrantes en el centro.

***

Las teclas del piano quedan como nuevas, limpiándolas con un paño humedecido en agua oxigenada, muy concentrada, si puede ser a 50 volúmenes, y el 8 por 100 de éter, todo bien mezclado.

***

Los abrigos se llevan de varias formas, pero los más aceptados son los kimonos y las capas, que son largos. Los más elegantes son los de seda, muy bien forrados. Los vestidos siguen siendo estrechos.

***

Para las manchas encarnadas de la cara, un remedio casero muy bueno consiste en lavarse con agua de salvado, poniéndola unas gotas de tintura de benjuí.

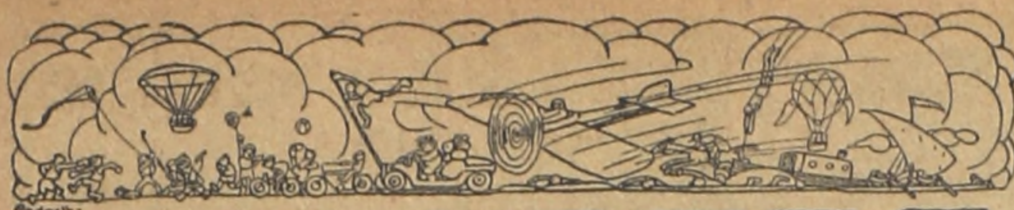
Para blanquear las manos, hacer una pasta de patatas cocidas en leche y después de darse con esta pasta en las manos, de mañana y de noche, se deben cubrir éstas con unos guantes.

La estatua más grande del mundo es una de Buda que existe en el Afghanistan. Le sigue la de la Libertad, en Nueva York.

El tonelaje mercante mayor del mundo lo posee la Gran Bretaña con cerca de 20 millones de toneladas. Le sigue Estados Unidos con cerca de 10 millones.

El envidioso es siempre cobarde. — Horacio.





DEPORTES

MISCELANEA SPORTIVA

Football

A Chumbo. — El día que Vd. esto lea, ya se habrán efectuado varias prácticas entre combinados, para seleccionar el team que ha de representarnos en Chile.

Lo probable, salvo contingencias de último momento, es que vayan Beloutas, Foglino, Urdinarán, Zibechi o Delgado. Vanzini, Pendibeni, H. Scarone, Romano, etc., etc. es decir, todos los consagrados.

Son más cancheros, tienen más pescante, y no se amilanan a dos tirones ante las ofensivas "vocales" chumbísti-



cas" y "ladrilleras" de los hinchas extranjeros, sin duda tan vehementes e impulsivos como los nuestros.

Crea, no es cuestión de más juego ni mejor entrenamiento, sino de mayor o menor resistencia contra el insulto, los chumbos y los ladrillos.

El vasquito Urdinarán para esas cosas no tiene sustituto.

Una ocasión que jugaba en el Brasil, — el cuerpo ya como espumadera a causa de los dos mil "pateros" con



que lo habían obsequiado. — fué a atajar a un forward contrario que se corría por la línea exterior. Lograba su objeto, cuando uno del público, pelando enorme farinera, gritole:

— ¡Va imbora o porco! — Si move a pelota en vo pinsharle un neumático. ¡Deisce a bola, vamo!

¿Que hizo el vasco? Le acomodó un shoot en la trompa, dejandósela igual que un riñón.

Ríase del juego. — Coraje, coraje y coraje es lo que se necesita para triunfar...

Turf

Mister Bob Spikiflon, propietario de ecurie, no jugaba a sus pupilos sino cuando perdían.

Sin embargo, al cabo de varios años. Mister Spitiflon redondeó una muy regular fortuna.

Es que cuando perdían, él les sacaba personalmente 5 y 5, y cuando ganaban se hacía comprar por un amigo 100 y 100.

—

El jockey Pichulo, jamás puso los pies en un despacho de bebidas.

No obstante, siempre andaba tamba-



leándose sobre los caballos y en una ocasión en que quedóse dormido dió seis vueltas y media a la pista.

Bueno, hay que advertir que el muchacho chupaba en casa.

—

Diálogo entre dos clandestinos:

— Ché. ¿vas a aguantar esa jugada?

— Si, me compro al jockey.

— ¿Y si se pone por medio el entraineur?

— Me compro al entraineur.

— Pero... puede intervenir el propietario.

— ¡No hay cuidado!



— ¿Como...?

— Natural: ¡si el propietario soy yo!

—

— Aquí está el telegrama con clave: "Antonio lleva *nueces* para esa.

Yo opino que se trata en suma de *algo más. Confirmaré luego*".

— ¿Y mandó la confirmación?

—Todavía nó, pero por las dudas hay que jugarle a Nuez. — Lo demás lo mandará luego, según dice.

— Bueno, entonces comprále doscientos boletos.

Resultado de la carrera: 1.° "Ruido: 2.° Felipe; 3.° Sardina; 4.° Nuez:

Nuevo telegrama: 'Figúrome habrán aprovechado dato. Bien claro decía que *crá más* el Ruido, que *las Nueces*. Felicitaciones".

— Ha visto, señor López?

— Si, hombre, sí.

— ¿Y que le contesto?

— Este... nada. Mandále las cáscaras.

COSAS DE LA EPOCA

Ella. — Ya van tres cocineras con quienes te encuentro abrazado.

El.— Pues, la culpa no es mía. Porqué las cambias tan a menudo?

EXAMEN DE MEDICINA

Examinador. — ¿Cuál es el remedio más enérgico para restablecer la circulación?

—Discípulo. — ... Llamar a la policía.

IMPOSIBLE

Doctor. — Vd. está muy fatigado. Es preciso que deje todo trabajo de cabeza.

Enfermo. — Eso sería la ruina para mí, pues soy peluquero.

LOS NIÑOS INDISCRETOS

Una señora que está de visita se dirije al niño de casa:

— A qué hora almuerzan aquí, mi hijito?

—Mamá, ha dicho que se comería tan pronto como Vd. se vaya.

NOTAS DEL CUIE

Jeraldule Farrar y Charlie Chaplin son los artistas cinematográficos que más ganan en el mundo. Sus sueldos oscilan alrededor de un millón de pesos anualmente, cada uno.

El incomparable actor William Desmond ha realizado una de sus mejores creaciones artísticas interpretando el protagonista de la notable película: "Minas infernales' o "La sed del oro".

El Dios Pagano que es un resumen de miserables aventuras en el Asia, ha dado margen para que se destaque en la pantalla la colosal figura del joven actor B. H. Warner, mereciendo los mayores elogios de los críticos americanos, que no han titubeado en considerarle como uno de los más eminentes y elegantes entre los ases que llevan el centro de la cinematografía moderna.

El mundo y sus mujeres que tanto éxito acaba de obtener en le vecina orilla, admirando por el lujo y arte que en ella derrocha la eximia actriz Geraldine Farrer, será exhibida próximamente en uno de nuestros principales teatros. Es una de las pocas películas que merecen verse, tanto por su interés dramático como por la grandiosidad de su presentación.

DE MAL EN PEOR

Una señora que se distingue por el desagradable perfume que exhala, tiene la prudencia de no abrir los labios.

Una mala lengua dice con tal motivo:

—En boca cerrada no entran moscas.

Y otra añade:

—Y si entraran, morirían de repente.

COSAS DE LA ÉPOCA



Ella.—Ya van tres cocinera; con quienes te encuentro abrazado
El—Pues, la culpa no es mía. Porqué las cambias tan a menudo?

EL BANQUETE

Por Eusebio Blasco



Música a la puerta de la casa del tío Zarrias. El pueblo en masa acude a vitorearle. Sale mi hombre con un saco lleno de duros y empieza a repartir a derecha e izquierda.

Mil voces. — ¡Viva el tío Zarrias!

—Gracias, ceudadanos, pa esto sirve el dinero, pa dale gusto y dáselo a los demás.

El cestero. — Pero ¿es veras de que llevaba usté medio billete?

Medio billete llevaba, porque naide quiso juar conmigo. Lo compré en Zaragoza, vine al pueblo, le ofrecí parto a too el que quiso; m'acuerdo que en un corrinche que había en la plaza se rieron del número, ¡porque era el treinta pelao! Pues, ahí lo tenéis, en el treinta pelao ha caído el promio gordo; los que no lo quisieron juar se tirarán de los pelos, pues amolase. Ala, ¿quién quié dineros?

—¡Viva el tío Zarrias!

—¡Vaya, no hay más, no vaya a ser cosa de que lo dé todo y me quede yo sin nada. No diréis que no mi acordao de vosotros.

—¿A todo el pueblo le ha dao usted?

—Veris lo que hi hecho. l'hi dao cuarenta duros al cura pa que le haga una fiesta a la Virgen en ación de gracias y veinte pa que dija misas por mi mujer, ya que medió tan mala vida que, si no se muere, la estozuelo; ahura que tenga sus misas. ¿Está bien hecho u qué?

—¡Muy bien, muy bien!

—Después l'hi dao a cada pobre que ha llamao una peseta y un doblero, y a los viejecitos dos pesetas y un ocho.

—¡Viva el tío Zarrias!

—Vaya, vaya, a callar, que a mí no me gustan las huevaciones. Por óltimo, les hi perdonao los dineros a todos los vecinos del pueblo que me debían.

—Es osté más gueno que el pan.

—Too el que da es güeno. No dicías eso hace ocho días.

—¿Y al ayuntamiento no l'a dao osté nada?

— ¿Al ayuntamiento? ¡Oscurantismo porretero le daría yo! ¡Un ayuntamiento que no tiene riñones pa quitar los consumos, que te hace pagar dos riales por un conejo! ¡Que les dé su padre!

—¡Tiene razón!

— Conque señores, me voy, que el tren pa Zaragoza está ya chuflando.

—¿Y a qué va usté allí?

—Pues al banquete

—Ah, es verdá, que tiene usté encargao un banquete

—De viente cubiertos, en la fonda e Europa, aquí tengo el parte, miálo, dise: Banquete veinte cubiertos estará preparado para ocho noche Llego a las siete y a las ocho estoy sentado a la mesa

—¿Y a quién va usted a convidar? ¿Es cosa de política?

—A los políticos... oscurantismo porratero les daría yo, anda y que coman *pólvora*.

—¿Pues pa quién es?

—Eso a vusotros no se os importa. Vaya, hasta la vuelta, el viernes estaré aquí si no mi muerto

—¡No lo premita Dios!

—Todo el mundo da banquetes y no se pué coger un papel sin leer banquetes. ¡Pues yo tamién, qué moño! ¡Adios! ¡Adios!

—Hasta la vuelta.

—¡Viva el tío Zarrias!

El afortunado mortal llega a Zaragoza a las siete y minutos.

Va a rezar a la Virgen del Pilar y se encamina poco a poco a la fonda de Zopetti.

La mesa está preparada. En el centro un gran ramo de flores. Veinte cubiertos anchamente colocados. Espléndido aspecto.

El tío Zarrias llega, se frota las manos de gusto y le dice al amo :

—A mí me gusta pagar mis cosas antes con antes. ¿Cuánto vale esto?

—Como usted no me pidió precio y usted tiene fama de hacer las cosas en grande, le he preparado á usted una gran comida, con vinos superiores, todo de lo mejor.

—Bueno, bueno ¿cuánto hay que dar?

—A seis duros cubierto.

—Ahí va, el gobierno paga. (*Da un billete de mil pesetas*). ¿Ha avisado usted a la orquesta?

—Sí señor, ya llegan los músicos; abajo en la plaza están.

—Bueno. Págales también, y que beban.

—Está muy bien.

El tío Zarrias se sienta a la cabecera de la mesa. Los criados encienden todas las luces.

—Ala, ya podís sirvir.

El amo de la fonda. — ¿No espera usted a sus convidados? No son más que las ocho.

¿Qué convidaos!

—Pues... los diecinueve. ¿Para quién son los veinte cubiertos?

—¿Pa quién, moño, han de ser? ¡Pa mí!

—¡Aaah!

—Pa eso sirven los dineros, pa dase uno gusto. ¡Yo convidaos! ¿Dar de comer a hambrones? Oscurantismo porratero les daría yo! ¡Ala, ala, venga comida, y a los músicos que me toquen la marcha rial, que yo me la pago! ¡Y venga vino!

Inventos notables

El célebre ingeniero uruguayo Belistaca acaba de solicitar patente para los siguientes inventos:

Una tela de juicio, para alfombrar el salón en que sesionan las asambleas departacentales

Un globo cautivo, para elevar el sueldo a los maestros y guardia civiles.

Una escala de salvamento para salvar todos los pedidos de jubilaciones y pensiones que le aquí en adelante se presenten.

Un agua disolvente, para disolver los congresos y convenciones nacionalistas.

Una vaselina especial, para suavizar los diálogos entre diputados. No contiene "Sosa" ni ningún estracto "Secco".

Un zótano con trampa, para evitar la fuga de los afiliados al Partido Colorado Radical.

Un molinillo eléctrico para pulverizar la burguesía y el sectarismo religioso.



(Lo tienen a prueba los compañeros Frugoni y Mibelli).

Un fusil de gran alcance, para que en estos tiempos de crisis vayan tirando "de largo" las familias de escasos recursos

Una silla, para sentar el criterio de los miembros de la Directiva del Jockey Club.

Un armario de cierre hermético, donde se puede guardar silencio, guardar compostura y guardar las formas. (Será de gran utilidad en los partidos de football).

Una "cotelera", para batir el record de los atropellos. (Ya adquirieron íntegra la primera partida los chauffeurs y motormen montevideanos.)

Una esponja, para borrar la impresión desastrosa que produce la lectura de ciertas poesías modernistas.

Una grúa; para levantar el ánimo decaído de los partidarios del "over all".

Una cucharilla de hierro imantado, para "probar" fortuna en la ruleta.

Una escala de cuerda, para descender a discutir simplezas. (Puesta, a prueba, dió no ha mucho excelente resultado, cuando tratóse en Cámara el asunto de los menores en Don Bosco).

Una marmita metálica, donde se cuecen los



alimentos con el fuego de la inspiración o con el calor de la discusión

(La cacerola integral de "La Mañana", ni más ni menos).

Un filtro de amianto, para aclarar el concepto que del liberalismo tienen los diputados batllistas.

Una máquina sembradora, para sembrar la discordia dentro de las agrupaciones políticas. (Se nutre, por mitades con leña radical y carbón conservador).

Y por ahora nada más. Es decir, Belistaca [illegible] se ocupa actualmente en darle forma a un proyecto, que presentará a las Cámaras, fundando una escuela de mujeres adúlteras para emplearlas luego en la pesquisa de los alimentos adulterados.

Martín Chico.

LA PAGINA DE VDS.

TODA
colaboración para ser publicada en Página de Vds. deberá venir acompañada de **CUATRO** timbres de correo, sin inutilizar, de cinco centésimos cada uno, hasta tanto no normalicemos la publicación de las que ya hemos recibido.



Vestida de luto, acompañada de una señora y de otra joven, subieron en Central y bajaron en Las Piedras dirigiéndose al cementerio de la localidad. Enlutada, me has herido con tus ojos, y deseoso estoy de preguntarles a ellos mi destino. ¿Contestará? — **Tren 13.40.**

Simpática morocha de luto. Viajaba tranvía 38 a la Unión; regresó en el mismo. Acompañábala precioso botija de 5 a 6 años. —**Amor romántico.**

Es la simpática y bella morochita empleada, V. Cía veo al mediodía y a la tardecita: desea saber mismo modo si seré correspondido. Contestar colega — **N. I. ..**

Simpática rubia, del Paso Molino futura maestra me dicen está comprometida. No lo creo, son sus miradas exijentes. ¿ Si hubiese compromiso venceré? Contestará a — **Juan** Pedro.

Mi ideal? simpática joven, de rubia y ondulada cabellera. Elegante, y muy amable, usa lentes. Es instruída y posee un corazón, albergue de todos los buenos sentimientos La amo y me corresponde. Su nombre es el de la reina de las flores. — **Nelsen.**

Estoy, locamente enamorado, morocha 15 abriles, ojos negros, lleva dos nombres de princesa J. E. apellido T. vive una cuadra distancia de Castro ¿Contestará al que sufre en silencio? — **Estudiante Medicina.**

Enamorado, de una viuda del Parque Urbano, que me há robado la calma y mi tranquilidad. ¿Estará comprometida que no contesta. Deme datos para poder desengañarme. Con espezanzas. — **B. E.**

Estoy locamente enamorado de una bellísima morocha que trabaja en casa de modas de 18 y Río Negro. Yó la veó todos los dias y en mis miradas le doy a entender cuanto la amo. — **Italiano uruguayanizado.**

La divina, la encantadora rubia de la florería de Andes, que es más bella que todos los jardines de San Francisco de California. ¡Cuanto la amo, con que desesperación pienso que este amor es imposible.. — **Misterioso.**

Amo con delirio a una chica morocha hermosísima empleada en lo de Santini, un pariente tiene fábrica de embutidos. Me amará, conteste a — **Metido.**

Es una divina rubia que vive en Colón de apodo Marujita, no sé si está comprometida. — **Jeorge.**

Es la divina morocha, corredora de avisos, y colaboradora en un diario de la tarde. Daría 20 años de mi vida por ser su esposo un año. — **Usurero.**

Deliciosa y géntil personita que estuvo en concierto Friedman palco núm. 12. ¿Le habré interesado? — **El morocho del palco 13.**

Morocha de saco gris que viajaba el lunes de Propios para el Centro. Se llama Delia me encantó su mirada, conteste a — **Caballero-rico.**

Linda morochita que veo a menudo en trenes Agraciada. Iniciales A. H. vive Barrio San Martín ¿Estará comprometida? — **Morocho estanciero.**

Mi ideal, mi ensueño, mi todo; lo constituye físicamente y no dudo que moralmente, aquella rubia que ví y me vió en Capurro el domingo 4. ¡Tantas rubias había! pero... sola ella sabe quien soy. Conteste o cíteme por el mismo y único medio. — **Rubio alma poeta.**

Estoy inmensamente enamorado de preciosa rubiecita que el lunes 5 viajaba tranvía núm. 13, pedile una violeta y diómela, yó bajé Andes y Paysandú ella siguió. ¿Podré verla y hablarla? Conteste — **Ower-All.**



Sueño con un bravo y gallardo oficial. Que mi alma soñadora mucho anhela sin poderlo encontrar. Le ofresco corazón tierno y sencillo, que lo sabrá adorar. Bello y bravo oficial de mis ensueños contesta a una que te ha de amar.—**Una Minuana.**

Enamoradísima de estudiante, rubio, 16 años, iniciales O. G. viste de gris obscuro, elegante tiene un porte aristocrático que me tiene loquita. Tiene novia pero ¿me mira? encendiendo cada vez mas mi pasión.—**¿Si o no mi amor?**

Simpático morocho Chofer de la A. P. N. cuyas iniciales son M. A. V. si no está comprometido porque tiene tanta ingratitud con.— **Flor del Uruguay.**

Antonio mi ideal eres tú, hace ya dos años que eres el dueño de mi corazón pero comprendo que tú no puedes llegar amarme. Amas a otra ¿verdad? Contesta a — **Huerfanita.**

Mi ideal es un joven morocho, pálido, bajito, que viste de gris. En el Biógrafo Rodó, el 4 de Julio lo vi y me enamoró. Vivo en Brandzen entre Patria y Victoria. Conteste por esta sección — **Morocha de traje azul.**

Me siento atraída por los ojos de un morocho alto, del Club Atenas. Soy la rubia que él tanto dragoneó sin resultado, y que ahora veo lo amo. — **Asunta Sfrina.**

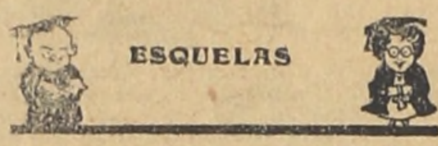
M. N. E. G. R. A. — M. E. P. ¿Quién te autorizó para contestarme? ¿Quieres que hablemos? dame tu dirección. No se enojara A. A. B.? ¿O no te importa...? Contesta a — **Negrito S. O. G.**

Médico de campaña. — ¿Encontro su ideal? Y yo que esperaba serlo ¡Todavía espero, que la esperanza es la vida. El campo es mi felicidad, y la música mi arte favorito. ¡Que alegres y encantadoras veladas, cuando escuchará a los maestros clásicos interpretados por mi ¡Doctorcito, yó soy su ideal! — **Rubia de ojos verdes.**

Trinitaria. — Acortemos a la mayor brevedad, disponga donde poder entrevistarnos y llegaremos a un acuerdo. — **Valeroso.**

Corysende. — ¿En mudecido? A mi regreso, advierto no da señales de vida. Yo vuelvo resucito después de aventuras sin fin, y en todo momento me acordé de N. ¿Cuando permitirá ponga a sus pies mi corazón? — **Rocambole**

Carbo. — Sé corresponderte como lo mereces. ¿Por qué no vernos y hablarnos? contesta con franqueza. — **Lina.**



Morocha divorciada — Cuando en mi camino de sufrimientos, de lucha y sin amor, apareciste, creí en la dicha, al ver tus ojos que abrasaron con fuego de intensa pasión todo mi ser. ¿Sabes lo que es el infierno?.. Para mi, el no verte... ¡Alma mía, bendita séas — **Españolito**

I. C. A. — Cuando se ama con sinceridad las contrariedades se sobrellevan con fuerza de voluntad. Yo sufro en silencio. — **A.**

Andrés. — Nunca olvide; guardo recuerdos; creí enferma corazón moriría busqué pretexto alejarte por no hacerte desgraciada, cuando convencí engaño creí era tarde, eres J... contesta dirección mi última carta ¡perdonarás?— P **Carreta. Enero.**

Al de sobretodo. — Negro: Creo ser quien dices. Domingo después salir esta en el Cine Sol a la 3.a fila núm. 12 lleva diario en la mano. — **Anelo.**

Alma Blanca. — Oh, tengo sed! Si eres el "hada o ninfa" que duerme al susurro de las fuentes sagradas, dame a beber ese hálito; quiero que una misma savia sea el sostén de nuestras vidas. — **Niragub.**

Traje marrón — Morocha escribió con nombre, Nenita, a tí llamábate. Negrito en esquela de ésta Revista; así elige y por ésta Revista contéstame cual te agrada más. — **Morochita de lentes**

Para ella. — ¿Por que, esa eterna indecisión? ¿Por que sufrir y hacer sufrir? ¿Acaso no está convencido de mi cariño? ¡Piedad! Una flor... Hora. — **Misterio. San José.**

Nauta. — Por tu esquela veo que eres la mujercita ideal que yo he soñado, así espero que en la próxima me digas (sin falta) dónde y cuando podremos vernos. — **Tuyo Héctor.**

Para un suscriptor. — Serás tu el dueño de la encantadora Marujita? No me importa de nadie ni de sus burlas, pues aunque tenga dueño su corazón no perderé por eso las esperanzas. — **Morocho Enamorado.**

A Morocho. — Sincero. Dudo sea Vd. la persona que yo pienso. Envíe sus iniciales. — **Esperanza.**

Venus.—Contentísimo iniciar correspondencia. Escribe a esta sección. Gracia — **H. P.**

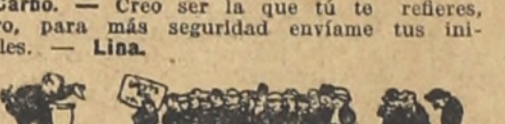
Napoleón. — Vivo interés despertó en mi su esquela. No sería mejor conocer algo nuestras almas antes de vernos? ¿Como podríamos correspondernos para eso? — **A**

A Heliotropo. — ¡Qué símbolo encierra vuestro lema! Pensad: dulzura, humildad, atracción, encanto... Me habéis embriagado con vuestra aroma insinuante. ¿Qué haré? Ya contesté a Hiedra, más como busco comunidad de almas y afinidad de corazones, allí donde las halle, me inclinaré — **Corazón Triste.**

Morocha divorciada. — Si es verdad, que me amas, ¿Como puedes pasar tanto tiempo sin verme?... ¡No seas cruel! En 8 de Julio y Andes, siempre espero, como el preso la libertad, verte; que eres para mi la única dicha, que en la vida existe. Te adora. — **El Españolito.**

A Morocha. — De mi Pueblo: Sin duda alguna eres tu divina morocha, para más datos tus iniciales son C... P. Contésta indicando mis iniciales para saber si soy el afortunado a quien tu corazón ama, y lugar para nuestra primera cita — **Morocho tímido.**

Carbo. — Creo ser la que tú te refieres, pero, para más seguridad envíame tus iniciales. — **Lina.**



Tu negro. — 16 abriles. Querida J. Temo la amenaza de alejamiento 18 de Julio fecha, anillo. El 17 y el 18 a las 24 horas estaré en la esquina. — **Verte.**

Morocha — Vehementes son mis deseos de ser con Vd. amable. Que dicha si Vd. sintiese un amor tan sincero como el mio! ¿No podrá indicarme dirección para escribirla más extensamente? — **Edneson.**

Niagara. — No puedes ser más de lo fué me figuré. Te creí Diosa del ingenio y de la gracia. Guarde su ametralladora para mejor ocasión, que yo, solo me defiendo con los claveles y nardos andaluces. Niagara, en tus cataratas me quiero sepultar. — **Jarana.**

Interesante. — Esquela de Vds. publicóse con demora. Ruégoles día siguiente salir esta pasen por San José y Cuareim a las 18. Lleven MUNDO URUGUAYO. Gracias anticipadas. — **Hope.**

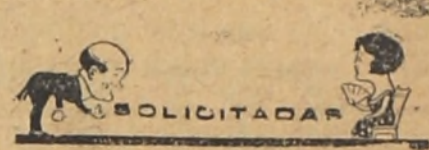
Estancierito del Yí. — Yo desearía que me amaran mucho, mucho en realidad Porque mis 18 primaveras son muy triste tendría mucho que escribirte para que comprendieras. Pero no soy tu ideal, no me creo linda. Por eso. — **Schnsarzen Augen.**

Tota y Tita — No podemos saber sus exigencias por las condiciones, somos jóvenes comerciantes y de porvenir para más datos es necesario que nos conozcamos cuando tengamos ese placer. — **Toto y Tito.**

Diciembre — 16-1919. Recuerda? Apesar de tanta crueldad, siempre... Que piensa? Que siénte? Me lo dirá? La que creyó hacer una obra de arte... — **¿Me conoce?**

Morocho sincero. — Gracias joven por su sincero afecto hacia mí. Yo no puedo corresponderle en igual forma porque amo y amaré a "El" a quien no supe apreciar la intensidad de su amor. — **Dios**

Alma Noble. — Soy señor respetable y con dinero como Vd desea. Muy afecto viajes a Europa, anhelo, encontra compañera que me haga feliz mis últimos años. Indique forma de entrevistarnos. — **Saravista.**



Siempre como siempre, futuro "Abogado" y futuro "Dentista" insistiendo en recibir de las sublimes María Del Carmen y Elía (Maragatas) una sola palabra que mitiguen nuestras almas Carmencita y Nena esperamos contestación. — **F. S. C. - R. M. M.**

Orebi. — Escriba por esta simpática revista dándome referencias suyas y forma como podría yo contestarle. — **"Extra".**

Vecinita de la vuelta. — Exprese, si contestó a mi carta y donde la dirigió: usted me manifestó le escribiese, le he escrito; pero no he recibido carta suya; y si me escribió se extravió. — **Morocho apasionado.**

Alma Blanca. — Halo matutino, serás tu quien disipará con su arrebol las densas nubes que sombrean mi senda?. Si lo eres, no huyas! Escríbeme por esta revista. — **Niragub.**

A. C. W. — Comprendo que es Vd. el dueño de mi corazón, si aún le soy simpática vuelva; un corazón lo espera. — **Morocha esperanzada.**

Una interview

(Por *Mark Tuvain*)

Entró, saludó y se sentó en una silla que le ofrecí. Después, con una voz bajita y algo asustado, me comunicó que pertenecía a la redacción del "Trueno Cotidiano", periódico local.

—Creo no ser importuno, — dijo. — He venido a hacerle una interview.

—¿Una qué?...

—Una interview.

— Ah! muy bien. Perfectamente. Hum!... muy bien.

A pesar de mi seguridad, no entendía nada. Realmente mis facultades me parecían estar ese día un poco embrolladas. Sin embargo fuí hasta la biblioteca. Después de estar buscando allí durante siete u ocho minutos, tuve que recurrir al joven en cuestión.

—¿Cómo la deletrea?... dije.

— Deletrear qué.

—Interview.

—Dios santo! ¿Y para que necesita deletrearla?

—No tengo necesidad de deletrearla pero quiero saber lo que significa.

—Francamente, es extraño, debo confesarlo. Me es muy fácil explicarle el significado de esa palabra, si...

—Oh! Perfectamente. Es todo lo que necesito. Le estaré ciertamente muy agradecido.

—I-n, in, t-er, inter...

—Vaya, vaya, ¿así es que empieza con una "I"?

—Es claro!

—¿Y para eso busqué tanto?

—Pero, estimado señor, ¿por qué letra quería usted que empezara?

—No podría decirlo, ¿sabe? Como mi



diccionario es bastante completo, estuve buscando entre los grabados del fin por si encontraba alguno que representara una interview y no pude encontrar ninguno. Es de una vieja edición.

—¡Pero, señor, no puede usted encontrar una figura que represente una interview ni en el último diccionario editado!... A fe mía, excúseme no tengo la menor intención de ofenderle, pero... no me parece usted tan inteligente como lo había supuesto... Le juro que no tengo la menor intención de enfadarle.

—Eso no tiene importancia. Ya muchas veces, personas que no tenían por qué adularme, me lo han dicho. He de advertirle que soy una notabilidad desde ese punto de vista. Se lo aseguro. Todos quedan estupefactos al oir hablar de esta particularidad mía.

—Ya lo creo. Pero volvamos al grano. Usted sabe que es ahora costumbre realizar una interview a las personas conocidas.

—¿Sí? No lo sabía. Eso debe ser muy interesante. ¿Y cómo hacen eso?

—Es usted desconcertante. En ciertos casos deberían hacerse las interviews con un garrote. Pero por lo corriente son preguntas que hace el interviewr al interviewado. Es una moda que hace furor. ¿Quiere usted permitirme hacerle algunas preguntas calculadas para esclarecer algunos puntos sobresalientes de su vida pública y privada?

—Cómo no, tengo muy mala memoria, pero espero que no habrá reparo en ello Es decir, tengo una memoria muy irregular, extrañamente irregular. A veces parte al trote, otras permanecerá estacionada en un sitio durante quince días. Eso es muy molesto para mí.

—No importa. Hará usted como...

—Entendido. Haré lo posible.

—Gracias. ¿Está usted listo? Comienzo.

—Estoy listo.

—¿Qué edad tiene usted?

—Diecinueve años, en Junio...

—Cómo! Yo le suponía a usted 35 a 36 años lo menos. ¿Dónde nació?

—En Missurí.

—¿En qué fecha comenzó a escribir?

—En 1836.

—¿Cómo puede ser posible, siendo que no tiene más que diez y nueve años?

—No sé... Parece raro, en efecto

—Sí, muy raro. ¿Qué hombre le parece a usted más notable entre los que haya conocido?

—Aaarón Burr.

—Pero, teniendo diez y nueve años, usted no ha podido conocer a Aarón Burr.

—Voto a...! Si sabe usted mejor que yo lo que a mí se refiere, ¿por qué demonio me interroga usted?

—Oh! no era más que una sugestión. ¿En qué circunstancias trabó relaciones con Aarón Burr?

—He aquí. Me hallaba por casualidad presente a sus funerales y me rogó que no hiciese tanto ruido, y...

—Pero si estaba usted en sus funerales, quiere decir que estaba muerto.

PASATIEMPOS

CHARADA

Dos tres dos con devoción,
La plegaria a Magdalena,
Para librarnos la pena
De haber pecado en misión,
Dos tercia de corazón
Querida *tercia tercera*
Implorando a Santa Elena
que nos conceda el perdón.
Pon en ello *solución*.
¡Mucha *prima dos tercera!*

Ensueño.

CHARADA

Se dice que es un *total*
que ama la lucha y *tres dos*
la provoca en forma tal
sin aprecio de ninguno,
que más que lucha formal
Es lucha de *dos* con uno.

Set-Tifon.

ANAGRAMA

De luz, Ego, obra un fin genial

La obra y el nombre de un escritor genial, guerrero y poeta de fama inmortal.

Belkis.

CHARADA

A Violeta de los Alpes,
en un baile de disfraz,
me encontré con *solución*
Con una *primera segunda*
que llamaba la atención,
con traje de *prima tres*
toda la noche cantó,
demostrando con maestría
desempeñar bien su rol.
También ví a su amiguita
disfrazada de *dos fin*,
bailando con tanta gracia
que a todos hizo reir.

Gatita Blanca.

CHARADA

La mamá de *prima cuarta*
al ver que se porta bien
La deja algunos domingos
ir a pasearse en el tren.
Otros domingos también
va con varias amiguitas
acompañada de *todo*
a divertirse al *dos tres*.

Laurita.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

$\frac{1}{3}$ **CANA**

Cardo de los Alpes.

CHARADA

Muy *todo* tiene que ser,
el que pretenda negar
que la tres dos no es ligera;
y que en un *prima postrera*
no se puede navegar.
Que la *cuarta* con *segunda*,
No le sustentó en la infancia,
y diga con arrogancia
que no es cosa *tres tercera*,
encontrar algún cuadrúpedo
sin *tercia* con la *primera*,
o se obstine en afirmar
que ha visto soldado Alpino
sin *primera* con *segunda*;
y que el *postrera* no abunda
en la despensa del Chino.

Violeta de los Alpes.

ANAGRAMA

Con dos mil metros ganen su helada

Autor y novela alemanes.

Veva

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Charada (con premio). — Filosofía.
Geroglífico comprimido. — Delinear sendas.
Anagrama. — Alejandro Dumas.

Remitieron la solución exacta del juego con Premio de Ettore 1.o los colaboradores: Pedro de Aragón, Re-fa-si, Huaincá, Mimosa, Amateur, Calixto, Ignorante, Ivan, El Bebe, Cocó, Campechana, Admiradora de Ego, Bolívar, Kina, Bertha, Mirto, Norte, Belkis, Pepito, Dolores, Solita, Chicha y María Esther, Loreley, Angelito, Emita, Vera Antoñita, Gatita Blanca, Lulú Pedregullo.

Verificado el sorteo resultó favorecida con el premio la colaboradora *Emita*.

MARCONIGRAFIA

María Virginia Vallejos Máspero. Mándelas con cincuenta centavos dentro.
Lohengrin. Siempre el mismo estribillo. Insuperables!
Emita. Muy buenos. Gracias mil.
Angelito. En mi poder. Siga mandando.

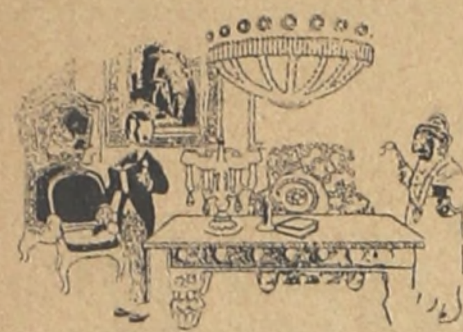
A REIR TOCAN

EN EL CIELO



San Pedro — (asombrado) Dios mío! Quién eres?
El que llega—(Después de atravesado todas las nubes imaginables) Soy la *"Carestía le la vida"!*
San Pedro—Pues sigue subiendo, que aquí no cuelas.

MATRIMONIOS DE CONVENIENCIA



Ella — Si no fuera por mi dinero, no habría en la casa ninguna de estas cosas.
El — Ya lo creo! Y tampoco estarías tú si no fuera por tu dinero!

DIALOGO CONYUGAL EN EL PRADO



Ella. — Mira, ya tienen botones estos rosales.
El—Los felicito! Tienen más suerte que mis camisas.

Pelele.

URBANIDAD

El padre — Por qué se debe siempre respetar a los mayores?
El Pibe — Porque son los que tienen más fuerza.

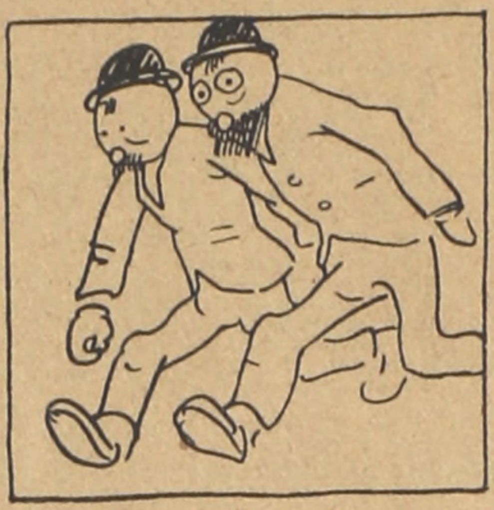
Carlitos.

EN UN RESTAURANT

—Mozo, cómo puede distinguirse si este pollo es viejo o tierno?
—Por los dientes? Los pollos no tienen dientes!
—Pero nosotros los tenemos.

Mimosa.

DIALOGO NARANCISTA



—¿Yo cría que habías abandonado la bebida?
—Lo intenté, pero no pude.
—No habrás tenido fuerza de voluntad.
—Demasiada. Me propuse cansar el vicio y por más de un mes tomé el triple.
—¿Y...?
—¡Ya lo ves, sigo tomando y el vicio como si tal cosa!

Güisquito.

DE SOBRE MESA



—De modo que tu novio el banquero resolvió declararse?
— Sí, querido... en quiebra. Se ha quedado en la calle!

Ranún.

EXAMEN DE MEDICINA

Examinador — Hemos hablado del cloroformo y del éter. Podría Vd. Decirme cualquier otra cosa que haga perder el sentido?
Examinando — ... las mujeres, sobre todo cuando son hermosas.

TENIA RAZON



EL sastre—Cuándo me va Vd. a pagar su cuenta?
El cliente—Acaso soy adivino?

El Bebé...

EL SERVICIO DOMESTICO

La Patrona — Porqué cantas mientras estás trabajando?
La Sirvienta — La señora se equivoca, no hago más que cantar.

Cocó.

PREGUNTA SIN RESPUESTA



—Una vieja muy coqueta, que empléa para rejuvenecerse todos los recursos del arte, decía a una de sus amigas:
—La gente se burla de mí sin motivo. Pero qué quiere usted! yo soy una mujer del siglo.
—De cuál?

ENTRE BOHEMIOS



—Esta noche he visto en sueños a todos mis acreedores.
—A todos en una noche? Imposible! No hay tiempo para tanto.

Ranita.

DIAGNOSTICO CIENTIFICO



El médico pulsa al enfermo y dice:
—Esto puede ser grave.
—Grave — exclama la mujer. Pues que tiene?
—¡Escarlatina!
—Escarlatina a los cincuenta años!
—Vea Vd., las manos están rojas.
—De la tintura, señor!
—¿Como de la tintura?
Sí, mi marido es tintorero.
—¿Por qué no me lo dijo antes Casi equivoco el diagnóstico!

Dotorcito.

EN UN RESTAURANT ECONOMICO



El Mozo—Cómo encontró el pollo, señor?
Cliente — Todavía lo estoy buscando.

Ranún.

TAL PARA CUAL

Una dama muy habladora confía un secreto a una de sus amigas, joven tan poco prudente como ella.
—No se lo digas a nadie.
—Pierde cuidado. Seré tan reservada como tú.

ENTRE PATRONA Y SIRVIENTA

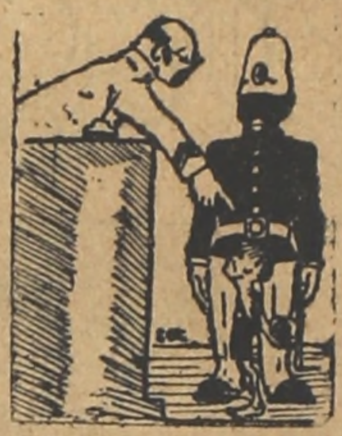
—Siento mucho que te vayas de casa; pero en fin, si es para *mejorar...*

MURMURACION

En un baile se murmura de una señora ausente.
—Oh! — exclama uno — Hace veinte años era una mujer muy hermosa.
—No lo sé — dice otro — Solo la conozco desde hace diez y nueve años.

Mimosa.

EN UN JUZGADO



Juez—Cómo se ha unido Vd. a esos malhechores para robar?
Delincuente—Porque no he encontrado ninguna persona decente que quisiera ayudarme.

Pibe.

HA GANADO



—Ya sabe que Cornelini estaba entregado al juego y que siempre perdía... Pues, por fin ha ganado...
—¿Qué? La grande quizás?
—No, hombre, ha ganado... la frontera huyendo de sus acreedores.

Pegaso.



HELENE CHADWICK

Lionel Barrymore

Edith Johnson

Aguas de Colonia
Destiladas sobre flores



Uno de los talleres de etiquetamiento y preparación de los frascos.

LE SANCY · Nora · Kendal · Phryne



"LE SANCY" Simple
Ideal para el baño
Frasco verde de
900 centímetros cúbicos $ 2.40
450 centímetros cúbicos " 1.40
225 centímetros cúbicos " 0.95
100 centímetros cúbicos " 0.40

LE SANCY - AMBREE
Delicioso para el tocador
Frasco blanco de
900 centímetros cúbicos $ 3.60
450 centímetras cúbicos " 2.00
225 centímetros cúbicos " 1.20



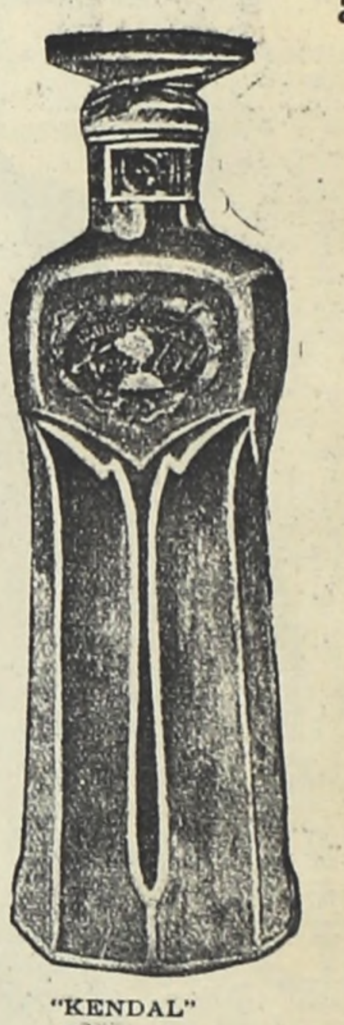
"NORA"
Extra fina
Frasco de
900 centímetros cúbicos $ 3.80
450 centímetros cúbicos " 2.60



"PHRYNE"
Unica por su delicado aroma
600 centímetros cúbicos $ 3.20



Loción "LE SANCY"
Frasco de
250 centímetros cúbicos $ 1.60



"KENDAL"
Frasco de
500 centímetros cúbicos $ 3.20
Loción
225 centímetros cúbicos " 1.90



Polvo de Nieve "LE SANCY"

De perfecta adherencia y rico perfume.
Basta por si solo para dar a la tez el mayor encanto
Se elabora con los tonos "Morochó", "Rachel", "Rosado" y "Piel Natural".

La caja 100 gramos . . $ 0.80



Polvo "NORA"

Preparado con los ingredientes más finos y costosos, expresamente para las damas que desean dar a su cutis el tono perlado de la belleza natural.

La caja 80 gramos $ 2.10

BLAS L. DUBARRY

Buenos Aires — Calle Medrano, 453-478.

MONTEVIDEO — 1575-DEFENSA-1585

Teléf. URUGUAYA, 3271-Colonia

IMPRESA EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE UCAR BLANCO HNOS. — IMPRENTA LATINA. — CALLE FLORIDA 1528
PARA LA AGENCIA PUBLICIDAD. — CAPURRO & C.o